
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

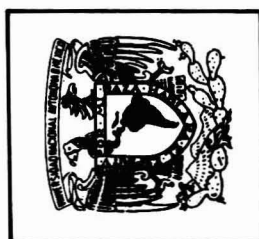
OCTAVIO PAZ
RAYMOND ARON
CARLOS FUENTES
CLAUDE ROY
CARLOS BARRAL
SEVERO SARDUY
NÉLIDA PIÑÓN
GONZALO ROJAS
ROBERTO JUARROZ
JOSÉ MIGUEL OVIEDO
FRANCISCO RIVERA
RAMÓN XIRAU
ENRIQUE PEZZONI
VERÓNICA VOLKOW
JULIO ORTEGA
IDA VITALE

Nueva época / abril de 1982

GACETA RADIO UNAM

850 KHZ
96.1 MHz
9600 KHZ

XEUN AM
XEUN FM
XEYU OC



NOTICIEROS
8:00 A.M.
15:00 P.M.
22:00 P.M.

AMERICA: 1970-1980
UNA EMISION
DISTINTA

TEMPORADA 1981
OFUNAM

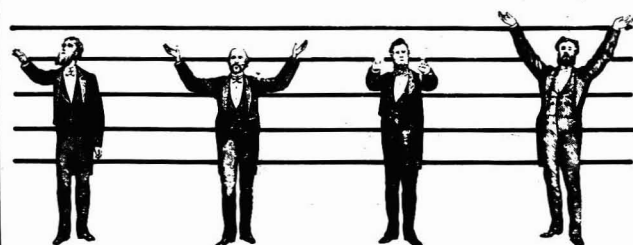
LA OPINION
DE LOS SUCESOS
SABADOS 20:00 HORAS

7 1/2 A LAS 8:30
LA MUSICA A TRAVES
DE SUS GENEROS
SABADOS 20:30

ESTE DIA...
CON ROLANDO DE CASTRO
LUNES A VIERNES
7:05 A.M.

CURSOS MONOGRAFICOS
MARTES Y JUEVES
8:45 HORAS

CONCIERTO MATUTINO
LUNES A VIERNES
9:30 HORAS



lo mejor
de las artes

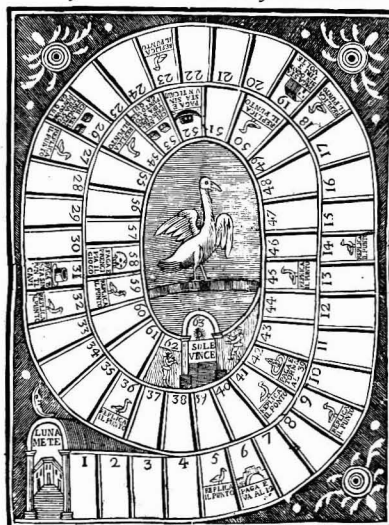


SABADOS Y DOMINGOS A LAS 17:00 HORAS EN
TVONCE

Vuelta

REVISTA MENSUAL / NUMERO 65 / ABRIL 1982 / 35 PESOS

Bioy Casares: Diario y Fantasía



Gabriel Zaid: Adivinos o libreros • Guillermo Sucre: La cifra de Borges
Enrique Krauze: Un sexenio en la Alameda

Raymond Aron, Claude Roy, Octavio Paz:
Homenaje a Papaioannou

Severo Sarduy: Cabeza Olmeca

SUMARIO

Volumen XXXVIII, Nueva Época, número 12, Abril de 1982

- Contrapuntos: 2
Octavio Paz: El primer poema: 3
Santiago Real de Azúa: El espectador comprometido (entrevista a Raymond Aron): 4
Gonzalo Rojas: Almohada de Quevedo: 9
Carlos Fuentes: Europa y Latinoamérica: 10
Guillermo O'Donnell: El estado autoritario en el Cono Sur de América: 14
Julio Ortega: Nuevo orden de unos hechos: 28
José Miguel Oviedo: Lienzos del sueño: 29
Roberto Juarroz: Poesía vertical: 33
Carlos Barral: Entre líneas: 34
Francisco Rivera: El cuaderno de Blas Coll: 36
Severo Sarduy: Barroco furioso: 39
Verónica Volkow: Poema: 41
Nélida Piñón: I love my husband: 42

RESEÑAS

LIBROS

- Enrique Pezzoni: Borges: la revuelta sigilosa (*La cifra*, de Jorge Luis Borges): 45
Claude Roy: Fragmentos de vida, fragmentos de muerte (*Journal d'un condamné à mort*, de Kouznetsov, *Kolyma, récits de la vie des camps*, de Varlam Chalamov, y *Sans fleur ni fusil*, de Jean Cathala): 47
Ida Vitale: El Apocalipsis de Aridjis (*Espectáculo del año 2000*, de Homero Aridjis): 49
Ramón Xirau: Dentro y fuera de la Utopía (*La cuerda floja*, de Enrique González Pedrero): 50
Jaime G. Velázquez: "De lo alto a lo hondo", Gonzalo Rojas (*Del relámpago*, de Gonzalo Rojas): 52
Alberto Paredes: Las palabras de Cintio Vitier (*La fecha al pie*, de Cintio Vitier): 53

MUSICA

- Juan Arturo Brennan: Concierto en la catedral: 54

ARTES PLÁSTICAS

- Lelia Driben: Andrew Wyeth y el realismo de la inacción: 56

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Octavio Rivero Serrano / Secretario General: Lic. Raúl Béjar Navarro /
Coordinador de Extensión Universitaria: Lic. Alfonso de María y Campos

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México

Directora: Julieta Campos

Jefe de Redacción: Danubio Torres Fierro

Diseño: Bernardo Recamier

Corrección: Lilia Barbachano / Edna Rivera

Administración: Carlos Angeles Medina

Oficinas: Avenida Universidad 3002, México 20.

Teléfono 550 52 15 ext 3044

El pago a los colaboradores se realiza en Avenida Universidad 3002, México 20, de lunes a viernes entre las 10 y las 14 horas.
Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el *Diario Oficial* del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar sencillo: \$ 30.00 / Precio del ejemplar doble: \$ 60.00
Suscripción anual: \$ 300.00 (30.00 Dlls. en el extranjero).

CONTRAPUNTO

Doce números alcanza, con este de abril de 1982, la *Revista de la Universidad de México* en su Nueva Época. Ha ido creciendo con ella, un mes tras otro, la suma de los lectores que la anticipan y la buscan con interés cada vez más asiduo. A ellos va nuestro reconocimiento por su disposición a responder, con su entusiasmo, al nuestro.

Al término de un año empiezan a ser abundantes los testimonios de la viabilidad práctica de aquella lucidez apasionada que proponíamos como tono y talento de un esfuerzo que al emprenderse aspiraba a rescatar los más jóvenes alientos de una publicación ya para entonces cincuentenaria. Abierta a las desazones del tiempo, la revista no ha aludido el contrapunto o la divergencia. Ha mantenido atenta la mirada sobre Polonia y Argentina, Francia y Afganistán, Nicaragua y las dictaduras del cono sur, sabiendo que lo que es hoy actualidad política mañana será historia y que en ella estamos inmersos aun a pesar nuestro y aunque sólo sea, tan a menudo, en la triste condición de víctimas de una joyceana pesadilla. Poemas y ficciones de calidad han frecuentado estas páginas, al lado de ensayos que transitan entre el pasado y el presente de la historia, la cultura o el arte de México, las reflexiones sobre el ejercicio de la crítica, el papel de la Universidad y los fantasmas de Eros. El prestigio de nombres de sobra reconocidos no ha desdeñado la proximidad de otros valores que están en vías de llegar a ser. Junto al testimonio de quienes hacen, en América y en España, la cultura en español, la presencia de Günter Grass, de Doctorow, de Laplanche, de Raymond Aron. Al pulso viviente de la creación que sabe transmitir la entrevista hemos aunado el acercamiento a nuestros lectores de uno que otro texto aparecido en publicaciones poco accesibles en nuestro ámbito. A los que han colaborado con nosotros y a los que se proponen hacerlo en el futuro el agradecimiento de la *Revista de la Universidad* por su contribución a propiciar el espacio civilizado de un discurso excepcionalmente estimulante.

Octavio Paz
EL PRIMER POEMA

Octavio Paz inicia su ejemplar actividad literaria en 1931; tenía entonces 17 años. Su primer poema, no obstante, continúa siendo rigurosamente desconocido. Se trata de "Cabellera", poema publicado en el "Suplemento Dominical" de *El Nacional*, el 2 de agosto de 1931, y que se reproduce a

continuación. Esos son los años en que el poeta firmaba Octavio Paz Lozano, para distinguir sus publicaciones de las de su padre, Octavio Paz, fallecido en 1935.

Hugo G. Verani

LOS NUEVOS

OCTAVIO PAZ LOZANO

(Y, mi pensamiento no es ahora
extraño al del marinero.)

St. J. PERSE

CABELLERA

- 1 Cabellera de oleaje marino.
Cabellera—salobre cabellera—
de frangancias salinas
y sabores verdosos y amargos.
- 2 Cabellera, revuelta,
impregnada del viento
que resbala por los senderos líquidos,
mientras conduce sus enormes manadas de nubes.
- 3 Cabellera:
sugerencias y sueños
de puertos extraños y azules.
- 4 Cabellera de veloces marinas intuiciones,
como los vuelos ágiles de las gaviotas,
—pasajeras de última hora—.
- 5 Cabellera de brisas tropicales,
que sacuden y mecen las faldas azules
de las mañanas clásicas,
—jugadoras de tennis
con raquetas de nubes
y pelotas de estrellas caídas—.
- 6 Cabellera—salobre cabellera—
con la ilusión fresca de la playa
en donde todas las mañanas nada' la Aurora.
- 7 Cabellera—cambiante de olas—
apenas presentida; irreal;
como deseo de viaje,
como la sombra del rumor del viento
en el corredor del mar.

Santiago Real de Azúa

EL ESPECTADOR COMPROMETIDO

ENTREVISTA A RAYMOND ARON

En las últimas fechas, y especialmente a partir de la desaparición de Jean-Paul Sartre, mucho se ha escrito, y revisado, sobre Raymond Aron (París, 1905, doctor en filosofía, sociólogo y comentarista político en las páginas de *Le Figaro* primero y de *L'Express* después, autor de una serie de libros entre los que destacan *L'homme contre les tyrans*, *Introducción a la filosofía de la historia*, *El gran cisma*, *El opio de los intelectuales*, *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, *La lucha de clases*, *Democracia y totalitarismo*). Esa notoriedad creciente no se debe tan sólo —es seguro— a que Aron sea uno de los escasos sobrevivientes de una generación que incluyó al propio Sartre, a Paul Nizan, a Daniel Lagache. No. Hay algo más que la estimula y pronuncia: el hecho de que el tiempo, y lo que es encarnación de ese tiempo: la historia, ha dado la razón a la mayor parte de sus opiniones y pareceres. En efecto, y desde fechas muy lejanas, Aron se pronunció por la independencia de Argelia, postuló la urgencia y la necesidad de una Europa unida, denunció el carácter totalitario y expansionista del sistema soviético, defendió la Alianza Atlántica, se adhirió a Tocqueville (quien definió a la sociedad moderna por la igualdad de condiciones, es decir, por la democracia) y no a Marx (quien profetizó una revolución contra la miseria que la elevación del nivel de vida en Occidente ha evitado). ¿Por qué Aron, que nadó casi siempre a contracorriente, acertó en sus pronósticos? La razón la ofrece él mismo en un pasaje del reciente libro-entrevista titulado *Le Spectateur engagé*: porque desde muy joven entendió que debía pensar los problemas nacionales e internacionales políticamente y no ideológicamente (o, podría añadirse, mágicamente). Esa actitud le viene, sin duda, de su profesión de fe liberal: es sabido que uno de los rasgos fundamentales de las democracias liberales es que su ideología ha sido, hasta cierto punto, una antiideología. La *Revista de la Universidad* publica ahora la versión completa de la conferencia de prensa que Aron ofreció en la Asociación de la Prensa Extranjera en París, a comienzos de diciembre pasado. Allí abordó los temas que más le preocupan, y si alguno de ellos pudiera parecer alejado de los problemas latinoamericanos más acuciantes se trata, de seguro, de una ilusión óptica: lo que Aron dice puede aplicarse con mínimas variantes al examen de nuestras virtudes y nuestras miserias.

D.T.F.

—¿Cómo surgió *Le spectateur engagé*?

—No había idea ni programa ni conocía a los dos entrevistadores, Dominique Wolton y Jean-Louis Missika. Ellos me propusieron realizar tres programas para la televisión y les respondí que hicieran como quisieran, con una sola condición: que no me dijeran de antemano las preguntas que me

iban a formular. Las entrevistas duraron casi veintidós horas durante nueve tardes, ellos eligieron los temas más pertinentes, más “telegénicos”, y luego montaron los programas. Cuando leyeron los textos los juzgaron interesantes y propusieron su publicación, a la que en principio me opuse, pues no estaba prevista. Luego el editor, un viejo amigo, me decidió a publicar un texto que fue corregido por un ex alumno del Liceo de Le Havre en 1934, el año en que Sartre se fue a Berlín y me dejó su cátedra. Yo me limité a corregir dos o tres pasajes, pero salvo esos pasajes es un verdadero libro de entrevistas, a diferencia de otros, empezando por mi propio libro *La révolution introuvable* en el que hay un pseudo-diálogo, compuesto por mí, aunque elaborado en un diálogo con un periodista (Alain Duhamel). En cambio, *Le spectateur engagé* no es un libro escrito sino hablado. Wolton y Missika trabajaron durante casi un año, leyeron casi todas mis obras y artículos, se hicieron una idea de lo que había hecho en la vida y prepararon las preguntas, algunas molestas —de manera que el diálogo fue auténtico. No teníamos las mismas opiniones —por ejemplo, en 1968 ellos eran contestatarios y yo no— pero a lo largo de las entrevistas nos hicimos amigos, y aun si no estuvimos de acuerdo en todo, nunca hubo conflicto o querrela entre nosotros. Así surgió este libro, al que yo no otorgaba ninguna importancia, pero al que algunos amigos, aun los más serios, le conceden cierto valor.

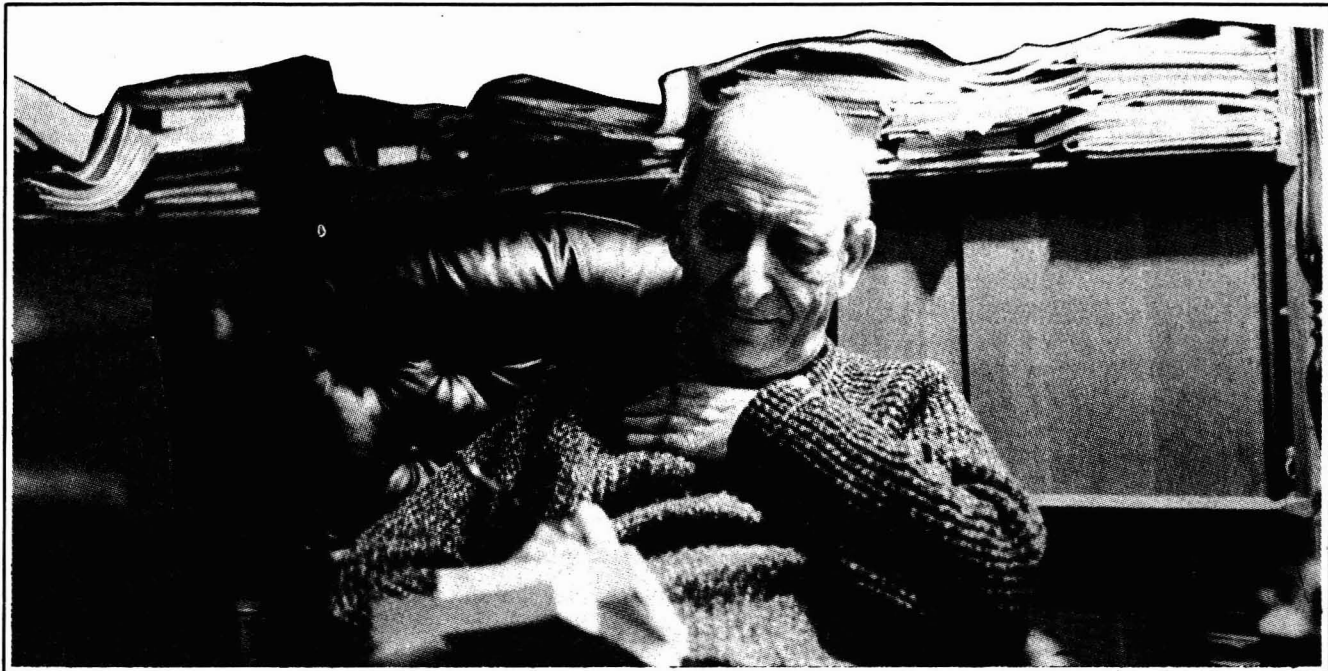
—¿Cómo se sitúa usted en el panorama político francés actual y cómo ve la actitud, sorprendente a primera vista, de la mayoría de los intelectuales?

—Estoy fuera de todos los partidos, e incluso cuando Giscard d'Estaing estaba en el poder mi situación no era muy diferente: no tenía demasiadas relaciones con él. Evidentemente, la prensa soviética decía que yo era el intérprete oficial del gobierno, pero como lo criticaba por lo menos dos veces de cada tres, era “un intérprete libre”... Actualmente atravesamos un periodo interesante: no hay un movimiento popular ni intelectual comparable al de 1936, época en la que hubo un movimiento popular sin parangón posible con el que llevó a Mitterrand al poder. El pueblo francés mira con curiosidad lo que va a hacer el gobierno y espera que lo haga bien, pero no hace nada especial para apoyarlo. Por lo demás, el propio Partido Socialista lamenta que haya tan poca participación. Por otra parte, los intelectuales franceses no dicen nada, ni a favor ni en contra. La inteligencia francesa no está especialmente excitada. Compruebo que no hay entusiasmo ni participación popular, y eso en medio de una gran tranquilidad. Pero —insisto— ninguno de los grandes intelectuales se ha manifestado para decir que estamos en la aurora de tiempos gloriosos.

—¿Quiénes son, a su juicio, esos “grandes intelectuales”?

—Foucault, Lévi-Strauss, los llamados “nuevos filósofos”... Es difícil responder a esta pregunta después de la muerte de Sartre, porque no hay ninguna figura equivalente a la suya. Cuando la misma pregunta fue formulada a 450 intelectuales hace algún tiempo, ninguno de los votados obtuvo un cuarto de los sufragios, pero en todo caso puede decirse que los escritores más dotados no toman partido con la misma claridad con que lo hicieron en el pasado. Pienso en los años treinta, cuando todos los intelectuales de la *Nouvelle Revue Française* (NRF) estaban comprometidos de un modo u otro. Hoy en día, los intelectuales se quedan quietos, no di-

dial y su principal característica es que practican a diferentes grados la redistribución de la renta, en particular a través de un sistema de seguridad social extraordinariamente desarrollado. Por eso consideré que Giscard d'Estaing, a su modo, practicó la socialdemocracia, ya que el total del producto interno bruto consagrado a la seguridad social al principio de su mandato, en 1974, era de un 36% y al final ese porcentaje se elevaba a un 43%. Quiero decir que si lo esencial de la socialdemocracia es la redistribución de ingresos combinada con una economía de mercado y con una participación en la economía mundial y en la construcción europea, el movimiento socialdemócrata continuó desarrollándose bajo Giscard. El porcentaje consagrado a la seguridad social fue tan considerable que Mitterrand se comprometió



Fotografía de Michèle Bancelhon

cen nada; eso no quiere decir que lo lamente —me limito a comprobar un hecho que me parece interesante. Así, en el momento en que los socialistas llegan al poder se observa una despolitización, un menor interés por la política. Ese silencio resulta comprensible en la medida en que los intelectuales siempre prefieren estar en contra, y si ahora vacilan en adoptar esa actitud es porque la izquierda está en el poder. También ocurre que no pasa nada que despierte entusiasmo: todo transcurre en calma.

—¿En qué medida estima que el proceso político que vive Francia desde mayo pasado es innovador?

—Pienso que Francia ya ha practicado la socialdemocracia. Mi argumentación al respecto es muy simple. Todas las sociedades llamadas socialdemocracias —Alemania Federal, Dinamarca— tienen aproximadamente las siguientes características: la mayoría de las empresas son privadas y hay un sector público más o menos vasto, pero añadamos de inmediato que la extensión de ese sector no es el criterio de definición de la socialdemocracia, porque en ese caso podría decirse que Gran Bretaña es más socialdemócrata que la RFA. En cambio, una sociedad socialdemócrata actual, en Europa en todo caso, pertenece a una economía internacional que se llama Comunidad Europea o bien mercado mundial. Así, las socialdemocracias no escapan al mercado mun-

a no superarlo —y, no obstante, ya lo superó y lo seguirá superando. Aquí hay que destacar que la seguridad social francesa es una de las más desarrolladas de Europa —lo que es diferente es su financiación, ya que aquí el impuesto a la renta es más bajo que en los demás países. Pero si se considera que la seguridad social es el criterio rector de la socialdemocracia, Giscard era socialdemócrata y Mitterrand también lo es. En cambio, si ese criterio es la extensión del sector público, la RFA no es una socialdemocracia pues los alemanes consideran que las nacionalizaciones son contrarias a la eficacia económica.

—¿La tendencia hacia la socialdemocracia es irreversible?

—Es un problema que me interesa mucho y que me lo he planteado varias veces. Incluso pronuncié una conferencia en la London School of Economics sobre este tema y expliqué que una de las razones por las cuales nuestras sociedades occidentales se dirigen casi necesariamente hacia la socialdemocracia radica en que cuando los conservadores o la derecha están en el poder el movimiento se reduce, o se detiene completamente cuando se trata de la extrema derecha, como ocurre hoy en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher. Pero en la mayoría de los casos, se practica un poco de socialdemocracia, aunque en dosis cuidadas y medidas. Des-

pués llega la izquierda y va mucho más allá y lo que hace es irreversible. La explicación es un poco simple, pero lo cierto es que hay una tendencia a que se cumpla este ciclo.

—¿Cuáles son las transformaciones más difícilmente reversibles?

—Las nacionalizaciones. La dificultad en devolver al sector privado lo que ha sido nacionalizado estriba en que hay que encontrar en el sector privado el capital necesario para volver a comprar. Y como el sector privado ha sido reducido, y como por otra parte esas grandes empresas son el resultado de una larga historia de alianzas y fusiones, es muy difícil volver a hacer lo que se ha hecho. La privatización es posible, pero buena parte de las nacionalizaciones me parece irreversible. En cuanto a los derechos sociales, todavía es más difícil poder dar marcha atrás. Todos los derechos otorgados al ciudadano se convierten en todos los países, y en particular en Francia, en lo que se suele llamar derechos adquiridos; y resulta muy difícil privar a tal o cual categoría de los derechos que se le han concedido. En este punto tampoco hay que ser dogmático, ya que el proceso no es totalmente irreversible. Hay que esperar y ver lo que hace el gobierno en lo que concierne a la seguridad social.

—¿El Estado-Providencia tiene entonces un largo futuro todavía?

—El movimiento hacia el Estado-Providencia va a continuar en la mayoría de las democracias occidentales hasta el momento en que sea imposible practicarlo, es decir: sólo habrá marcha atrás cuando el sistema no funcione más, y ese momento —digámoslo— no es tan lejano. En todos los países, el aumento del porcentaje del producto nacional redistribuido es tal que a partir de cierto momento habrá dificultades crecientes. No afirmo que el movimiento socialdemocrático vaya a continuar indefinidamente, pero sí digo que es tan difícil detenerlo que las fuerzas capaces de frenarlo sólo estarán en condiciones de hacerlo cuando llegue la instancia en que sea imposible proseguir. Por el momento va a continuar, pero cada vez con mayores problemas por la sencilla razón de que es más difícil redistribuir ahora que cuando había una tasa de crecimiento del 4 o 5 por ciento anual. Mientras contábamos con esa tasa de crecimiento, el Estado-Providencia podía funcionar, pero ahora, con sólo un 2 o 3 por ciento anual, y mientras el costo de la Seguridad Social aumenta en valor real el 5 o 6 por ciento, es más arduo financiarlo. Día llegará en que esas dificultades serán insuperables.

—¿Cómo establecer la línea conceptual que separa a la socialdemocracia del socialismo, dos regímenes que encarnan también dos tradiciones, dos familias políticas?

—Socialdemocracia y socialismo son dos términos equívocos y nadie sabe con certeza cuáles son las características que definen a uno u otro. Los regímenes que llamamos socialdemócratas son, en términos generales, los que aceptan los mecanismos del mercado y están integrados a la economía mundial. Todas las sociedades europeas aceptan las reglas del mercado internacional, están obligadas a exportar para comprar materias primas y deben limitar la planificación en la medida en que las exportaciones dependen del mercado mundial. Todas esas socialdemocracias comportan la redistribución del ingreso y un sector público, pero es-

te no es un factor decisivo, ya que Suecia es el país que más redistribuye y que menos empresas nacionalizadas tiene. Así, Mitterrand ha dicho siempre el ex-primer ministro sueco Olaf Palme que su obra es muy buena, pero que cometió un error capital al no nacionalizar las grandes empresas. Por su parte, los suecos contestan que para redistribuir hay que obtener beneficios y que para conseguirlos se necesitan grandes empresas que exporten. Las socialdemocracias, me parece, se definen de manera aproximativa por las características que acabo de enumerar; sin olvidar que todas las libertades clásicas —personales, civiles y políticas— son respetadas, lo que la diferencia radicalmente del régimen soviético.

—¿Cómo reconocer al menos el pasaje de un régimen socialdemócrata a otro socialista?

—La dificultad para saber a partir de qué momento estamos no en un régimen socialdemócrata sino socialista radica en que, como admite Mitterrand en privado, la belleza del socialismo estriba en que no se le conoce. También dice que no hay que definirlo de manera muy precisa, pues es una aventura, una creación. Y cuando se deja llevar por sus impulsos líricos, Mitterrand también afirma que el socialismo representa “la revancha de Blum sobre Lenin”. De ahí esa idea que tiene de que él representa otra cosa que la socialdemocracia: algo más aventurero, más rico, mucho más socialista entre comillas, y que no sería tan sólo la economía de mercado con justa redistribución. De ahí, también, la dificultad de saber cuándo Francia dejará de ser socialdemócrata para pasar a ser socialista. Antes de la experiencia actual, yo sostenía siempre que el *test* o las características estaban constituidos por las libertades cívicas, políticas y personales, primero, y, segundo, por la integración o no al mercado mundial —porque si uno se integra al mercado mundial está obligado en gran medida a respetar los mecanismos de ese mercado.

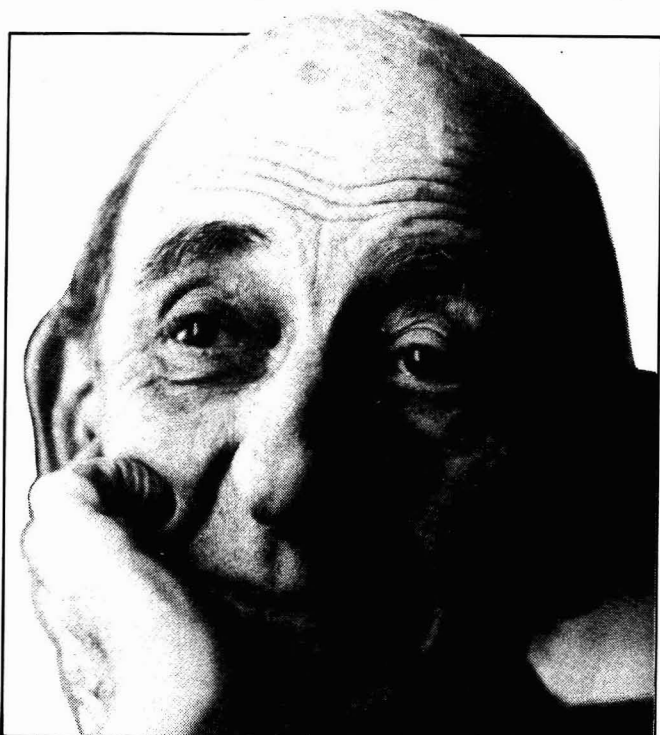
—Concretamente ¿cuál sería ese criterio en el caso francés?

—¿Francia ya ha abandonado la socialdemocracia para entrar en un régimen socialista? Mi respuesta es que no, porque hasta ahora Francia quiere permanecer en la Comunidad Económica Europea y en la economía mundial, y por lo tanto, acepta las reglas del mercado mundial y hasta trabaja con Satán, es decir con los multinacionales (ya que para el sentimentalismo de Mitterrand las multinacionales son Satán). Claro que pueden buscarse otros criterios de demarcación y afirmar que a partir del momento en que los bancos han sido nacionalizados el mundo ha cambiado. En realidad, todo dependerá de la manera en que esos bancos sean dirigidos. Si el sector estatal es usado para imponer la planificación, si usa y abusa de los bancos, en ese caso podrá hablarse de ruptura con la economía de mercado. En todo caso, la importancia del sector estatal da al Estado la posibilidad de conducir la economía de manera diferente a las socialdemocracias.

—Actitud por lo menos reticente...

—La segunda reserva que formularía a mi respuesta concierne a las instituciones: hay en los programas socialistas desde 1972 hasta 1981 el proyecto de crear un gran servicio de estado de la educación (lo que implica un cambio de es-

tatuto de la escuela privada), un servicio nacional de salud (lo que significa cualquier cosa), y también un servicio nacional de la información. Por lo tanto, yo de eso no extraigo ninguna conclusión rápida pero señalo que hay cierto número de transformaciones institucionales que pueden producirse bajo el gobierno socialista. Una última reserva, un último punto que me parece interesante destacar y sobre el que no me pronunciaré pues todavía es prematuro: por primera vez tenemos simultáneamente un presidente electo por sufragio universal, lo que le confiere una autoridad considerable, y en la Asamblea General un partido que dispone sólo de la mayoría absoluta, y ni ese presidente ni ese partido son combatidos por los sindicatos. Este es el primer gobierno en los últimos veintidós años que cuenta con el favor de los sindicatos, de los sindicatos procomunistas provisoriamente y de



los otros sinceramente. Por lo tanto, hay actualmente un partido que dispone de un poder y de una capacidad de acción mucho mayores que los del propio general de Gaulle. En efecto, una de las particularidades de nuestra constitución —ahora lo observamos— es que permite actuar al gobierno —pero también crear situaciones donde no hay contrapoderes. Cuando gobernaba la derecha o los conservadores, existían contrapoderes: los sindicatos, la hostilidad de los intelectuales, etc...

—¿En qué medida la victoria de François Mitterrand en mayo pasado, y la del PS en las legislativas de junio, modifican el sistema político francés?

—El partido socialista es un partido predominante que comparte el poder con el Presidente, lo que no ocurría desde comienzos de la V República, lo que permite afirmar que aunque eso supone un cambio de mayoría dentro de la V República, se trata de una República con un rostro diferente. El general de Gaulle gobernó durante cinco años (1962-1967) con un partido predominante —el gaullista—, y que fue un partido de circunstancias asociado a una persona, un accidente histórico que no tenía ni una estructura ni una

ideología comparables a las del PS. Por primera vez, entonces, hoy tenemos un partido predominante que tiende a confundirse con la República, lo que a mi juicio constituye un aspecto original que justifica la expresión “nuevo régimen”, ya que el cambio de mayoría fue brutal. A menudo escribí que el inconveniente del régimen establecido en la V República es que ofrece la posibilidad de gobernar aun si no se tiene la mayoría, pero da también al presidente la posibilidad de hacer todo o, en cualquier caso, muchas cosas. En Francia está, de cualquier manera, limitado por la propia realidad francesa, por el hecho de que no se puede hacer cierto número de cosas que implicarían salirse de la República liberal. Por último, se trata de una República original, con el mismo presidente, la misma mayoría decisiva, la misma capacidad de pronunciar la última palabra, pero también con un Presidente de la República que está obligado a discutir permanentemente con su partido. Un partido que, por lo demás, es un animal muy particular, con una estructura histórica original, hecha en la controversia permanente, institucionalizada, bajo la forma de conflictos de tendencias.

—¿Qué partido no tiene sus líneas, sus grupos, sus sensibilidades?

—En todos los partidos hay conflictos de tendencias, pero nunca están institucionalizados como en el PS, que es el partido francés que mayor predilección tiene por la discusión permanente entre las tendencias. El PS, después del congreso de Epinay de 1972, acunó siempre una batalla interna, y Mitterrand para conservar su posición se vio obligado a cambiar de mayoría varias veces. Que haya una izquierda y un ala derecha en un partido es natural, pero el juego interno tal como se desarrolla en el PS es un rasgo original y propio de un partido terriblemente ideológico o, si se prefiere, el PS es un partido de profesores a los que les gusta hablar.

—¿Qué futuro le asigna al buen entendimiento, al menos aparente, entre el Partido Socialista y el Partido Comunista?

—El PS quiere conservar la alianza con el PCF hasta las elecciones municipales de 1983 y eventualmente reducir más aún el porcentaje electoral de este último, quizás a través de una modificación del modo de escrutinio. No sé cuál será el modo de escrutinio que se elija, pero estoy convencido de que será modificado en beneficio de la mayoría. De ahí que el PS quiera conservar la alianza con el Partido comunista, necesaria para llevar a cabo la fase brutal de transformaciones bruscas. Así, tiene interés en contar con la semi-neutralidad de los sindicatos comunistas, y está decidido a conservar esa neutralidad hasta tanto juzgue que lo positivo supera a lo negativo, es decir, que el aspecto negativo de las posiciones del PCF quedan más que compensadas por las ventajas del semiapoyo obtenido. Además, el PS tiene la posibilidad de expulsar a los comunistas en el momento en que lo juzgue necesario. Por el momento logra —por ejemplo— que el diario comunista *L'Humanité* no ataque la política exterior, y que sea muy moderado en la crítica de las posiciones atlantistas de Mitterrand.

—¿Qué valor le atribuye a la nueva política francesa hacia la URSS?

—La posición de Mitterrand ante la Unión Soviética es la

misma que la de Giscard, con la diferencia de que este último reservaba sus opiniones a los consejos de ministros y no decía nada en público, apoyándose en el argumento de que Francia no pertenece al comando integrado de la OTAN y que, por lo tanto, el problema soviético no le concernía. Mitterrand, por su parte, le hizo un favor a Helmut Schmidt diciendo claramente que es partidario de los euromisiles, con lo que respaldó al canciller federal alemán e impidió que la Internacional Socialista hiciera presión sobre Schmidt. Por lo demás, la Internacional Socialista se convirtió en una fuerza en la escena diplomática, cosa que Leonid Brezhnev comprendió perfectamente. El hecho de que Mitterrand haya impedido que la Internacional tomara posición contra los Pershing fue un elemento positivo en el juego diplomático.

—¿Dónde está la supremacía en ese juego?

—Nunca se conoce el valor real de un ejército antes de la guerra, aunque existen elementos de comparación. Anatole France recordaba una broma que sostenía que se sabe de antemano cuál es la primera marina del mundo y que por eso no hay guerras navales; en cambio, todos los ejércitos son los mejores del mundo y por eso hay guerras en tierra.

—Usted hablaba de elementos de comparación...

—Si consideramos a los tanques y cañones, el arsenal soviético es muy superior al de EEUU, y lo mismo ocurre con los carros de asalto. En cuanto a las armas clásicas, la superioridad soviética es indiscutible. Las marinas son difícilmente comparables pues una tiene, al parecer, como objetivo la defensa de la libertad de los mares mientras que la función de la otra es impedirsele. Así, la estructura de las respectivas marinas es muy diferente y no pueden compararse. Todo lo que sabemos es que, en los últimos quince años, la URSS se dotó de una marina con mayor número de navíos que la de EEUU, lo que en sí mismo no significa nada, pues —insisto— no puede compararse navío contra navío. En cuanto a las armas nucleares estratégicas, se sabe con certeza lo que posee cada superpotencia (con certeza en cuanto a las armas norteamericanas y con cierto margen de inseguridad en cuanto a las soviéticas) ya que la verificación se efectúa a partir de satélites, lo que deja pendiente apenas un mínimo margen de incertidumbre. Tomemos, por ejemplo, el número de misiles soviéticos: lo que se cuenta realmente es la cantidad de rampas de lanzamiento, pero las rampas soviéticas pueden lanzar varios misiles, mientras que las norteamericanas sólo pueden ser utilizadas una vez. Por lo tanto, no sabemos si cada abertura de misil que ven los satélites implica un misil soviético o varios. Pero aun admitiendo las cifras oficiales, la superioridad soviética es indiscutible.

—¿En todos los planos?

—Simplificando un poco, podemos decir que en materia nuclear estratégica las fuerzas son aproximadamente iguales; en armamento clásico, la superioridad soviética es indementible. En cuanto a los misiles de mediano alcance, los norteamericanos no tienen ninguno y los soviéticos por lo menos unos 200 ya desplegados —los famosos SS-20. Los misiles de alcance mediano son los que cubren una distancia de 4 o 5 mil kilómetros, es decir que no pueden viajar de un continente a otro, pero sí pueden hacerlo lo suficientemente

lejos como para atacar cualquier punto en Europa occidental desde los Urales. Los norteamericanos tendrán los Pershing en 1983, si todo evoluciona de acuerdo a las previsiones, pero éstos son menos potentes que los SS-20. Cuando se sostiene que la URSS es la mayor potencia nuclear actual, la afirmación se basa en las cifras, pero las cifras no son todo: hay que tomar en cuenta la población, la calidad de sus dirigentes, etc... Es posible que la Unión Soviética sea una superpotencia ficticia —cada uno puede tener al respecto su opinión o, mejor dicho, su impresión. Pero en cuanto a las cifras, la URSS es la primer potencia militar del mundo, con todas las incertidumbres que se derivan del hecho de sacar conclusiones a partir de datos tan precarios.

—A primera vista, y tomando en cuenta su razonamiento, la ola pacifista que sacude a Europa Occidental —pero que en Francia ha sido muy débil— aparece como un fenómeno inexplicable.

—La ola neutralista es especialmente importante en Alemania Federal, y se explica a mi juicio por diversos factores: el horror comprensible y legítimo a la guerra en primer lugar, y, segundo, el deseo de hablar de los jóvenes, ya que esas grandes manifestaciones son un modo de expresión contra un mundo sobre el cual esos jóvenes tienen una influencia limitada. En tercer término, esos movimientos son financiados y están manipulados de un modo u otro a partir del Este, lo que no significa que los que participan en las manifestaciones estén vinculados a ese bloque. La URSS considera que los movimientos neutralistas le son muy útiles, ya que protestan contra los futuros Pershing, pero no contra los SS-20, que están ahí desde hace años. El único sentido de la acción pacifista, y puesto que rechazan totalmente la guerra, es privarse de la capacidad de defensa: la sola manera de estar completamente seguro de que no haya guerra es no tener los medios de defendernos. Por supuesto: en ese caso queda excluido el riesgo de guerra, pero no el riesgo de la servidumbre. Entonces seguramente no habrá libertades, pero tampoco riesgo de guerra. Si los pacifistas quieren ir hasta el fondo de su lógica, debieran colocarse bajo la protección de la URSS y de los EEUU: la protección norteamericana comporta el riesgo de guerra y la soviética no después del retiro de EEUU de Europa.

—Sus adversarios lo han presentado a menudo un poco como el defensor de causas perdidas. ¿Ha tenido alguna vez esa sensación?

—No tengo la impresión de haber estado siempre en el campo perdedor, pero sí de haber defendido causas impopulares que en gran medida el futuro justificó posteriormente. Por ejemplo, fui partidario de la independencia de Argelia y en 1957 publiqué *La tragédie algérienne*, libro que fue criticado por la izquierda porque sostenía que había que reconocer a Argelia el derecho a la independencia. Después publiqué, cuando el general de Gaulle volvió al poder, *L'Algérie et la République*, cuya última frase sostenía que “la vuelta del general de Gaulle puede ser un renovamiento de la República a condición de que la Revolución sepa devorar a sus hijos” —es decir, exactamente lo que ocurrió. Siempre estuve a favor de la Alianza Atlántica, incluso en la época en que todos los intelectuales se oponían. Hoy todo el mundo es partidario de ella, incluido Mitterrand.

París, febrero de 1982

Gonzalo Rojas

ALMOHADA DE QUEVEDO

Para Gonzalo Sobejano

Cerca que véote la mi muerte, cerca que te oigo
por entre las tablas urgentes, que te palpo
y olfatéote con los gallos, cuaternas
y sogas para la embarcación, cerca
nerviosa mía que me aleteas y me andas
desnuda por el seso y
yo ácido
en el ejercicio del reino
que no reiné, feo
como es todo el espectáculo
éste del alambre
al sentido,
la composición
pendular.

Feo que el cuerpo tenga que envejecer
para volar de amanecida con esos trémolos
pavorosos, vaca
la hueca bóveda de zafiro, ¿qué haremos mi
perdedora tan alto
por allá?, ¿otra casa
de palo precioso para morar alerce, mármol
morar, aluminio; o no habrá
ocasión comparable a esta máquina
de dormir y velar limpias las
sábanas, lúcido el
portento?

Tórtola occipital, costumbre de ti, no me duele
que respires de mí, ni me hurtes
el aire: amo tu arrullo;
ni exíjote número ni hora exíjote, tan cerca
como vas y vienes viniendo a mí desde
que nos nacimos obstinados los dos en nuestras dos
niñeces cuya trama es una sola filmación, un
mismo cauterio: tú el vidrio,
la persona yo del espejo.

Parca,
mudanza de marfil.

Carlos Fuentes

EUROPA Y LATINOAMERICA

A Günter Grass,
celebración de un encuentro

Si estamos de acuerdo con Edmundo O'Gorman en su idea de que América fue inventada más que descubierta, habremos de afirmar también que fue inventada porque fue deseada. O'Gorman, en su libro clásico de historiografía americana,* nos habla de un hombre europeo prisionero de su mundo, un prisionero que ni siquiera podía llamar suya su cárcel. El geocentrismo y la escolástica: visiones centripetas y jerárquicas de un universo arquetípico, perfecto, inalterable aunque finito porque era la sede de la caída.

La naturaleza del Nuevo Mundo confirma el hambre de espacio del Viejo Mundo pero también lo empuja: todos los dramas de la Europa renaciente van a representarse y a resquebrajarse de inmediato en la América Europea y no es el menor de ellos el de una naturaleza humana que se creía al cabo dominada, a la medida del hombre, pero que en el Nuevo Mundo se revela desproporcionada, excesiva, inconmensurable, hiperbólica: tal y como aparece en las más grandes novelas latinoamericanas, de *Los Sertoes* de Eulclides de Cunha y *Canaima* de Rómulo Gallegos a *Los pasos perdidos* de Carpentier y *Cien años de soledad* de García Márquez. Pero como aparece ya, también, en el páramo del Rey, Lear.

El Nuevo Mundo es descubierto en un momento de crisis europea; la confirma y la refleja. Para el cristianismo, la naturaleza es testimonio del poder divino; también —y sobre todo— es la tentación que quisiera desviarnos de nuestro destino ultraterreno: es el pecado, es la caída. Para el Renacimiento rebelde, la naturaleza es la causa eficiente y final, la totalidad viva y necesaria de cuanto existe: el aquí y ahora de Petrarca, Ficino, y Leonardo.

Gonzalo Fernández de Oviedo, el conquistador español, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo y autor de la maravillosa *Historia natural de las Indias*, confronta desde 1535 este problema que es el centro de la relación entre Europa y la América indolatina. La actitud de Oviedo ante las tierras descubiertas, conquistadas y colonizadas es tanto cristiana como renacentista, precisa su biógrafo el historiador italiano Antonello Gerbi.* Cristiana porque Oviedo se muestra pesimista hacia la historia. Renacentista porque se muestra optimista hacia la naturaleza. Por lo tanto, si el mundo de los hombres es absurdo y pecaminoso, la naturaleza es la razón

misma de Dios y Oviedo puede exaltar la grandeza de las tierras nuevas porque son tierras sin historia: es decir, son tierras sin tiempo, utopías intemporales.

América será la Utopía de Europa: Utopía inventada, como dice O'Gorman, por Europa; pero también Utopía deseada y, por ello, necesitada. La ruptura de la unidad medieval se manifiesta primero en el espacio: la *civitas* amurallada pierde sus linderos, sus paredes crujen, sus puentes levadizos caen para siempre y entran corriendo a las ciudades nuevas —ciudades de Hamlet y Don Quijote, ciudades de Don Juan y Fausto— las epidemias del escepticismo, el orgullo individual, la ciencia empírica y el crimen contra el Espíritu Santo: las finanzas. La imaginación y el amor sin Dios. Antes de ser tiempo, la historia moderna fue espacio porque nada, como el espacio, distinguía tan claramente lo nuevo de lo antiguo. Colón y Copérnico desatan un hambre de lugar, que culmina en la reversión irónica del cuento de Borges, *El Aleph*. No es fortuito que este relato se inicie con una cita de Hamlet: "Oh Dios, podría estar encerrado en una nuez y considerarme Rey del espacio infinito."

Pero semejante hambre de espacio, manifestada no sólo en los viajes de exploración y en las hazañas del telescopio, sino también en la extensión de los frescos de Luca Signorelli o en la mirada fuera de la constricción del marco convencional en la pintura de Piero della Francesca, debe saciar asimismo una sed histórica. Para el europeo del Siglo XVI, el Nuevo Mundo representa la posibilidad de una regeneración del Viejo Mundo. Erasmo y Montaigne, Vives y Moro anuncian el siglo de las guerras de religión, uno de los más sangrientos de la historia europea, y le responden con una Utopía que finalmente, contradictoriamente, tiene un lugar: América. Allí vive el Buen Salvaje. Allí pervive la Edad de Oro. Allí será regenerada la vieja Europa. Tal es la Utopía fundadora.

Decía que todos los dramas del humanismo se juegan, de manera a la vez estruendosa y sorda, en el Nuevo Mundo americano. Detrás de los barcos de Colón, Cortés, y Pizarro, llega al Nuevo Mundo la *Navis Stultorum*, la Nave de los Locos del famoso grabado de Brandt. Tomás Moro es el vigía, Nicolás Maquiavelo el timonel y Erasmo de Rotterdam el cartógrafo. La Utopía del primero va a ser actualizada y vencida en el Nuevo Mundo por la respuesta del poder maquiavélico; la América Latina se quedará con dos armas: las de una locura irónica capaz de resistir a las locuras de la Utopía y del poder; y la de un desesperado afán barroco por llenar los vacíos de las derrotas históricas, las promesas vacías, la Utopía perdida.

El período colonial transformó la Utopía en lazareto: las ciudades del sol perecieron entre llamaradas de robusta fe cristiana, el buen salvaje fue herrado y encadenado, la edad

* Edmundo O'Gorman, *La Invención de América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

* Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.



dorada fue derretida y enviada en lingotes a España, por cuyas manos de mendicante hidalguía el oro y la plata pasaron como agua, para irse a alimentar el desarrollo capitalista de Londres, Amberes y Hamburgo. Pero quizás el drama de la relación entre Europa y su Nuevo Mundo fue el de todos estos *hombres novis* de la clase media española, los conquistadores que esperaban ser en el Nuevo Mundo el Príncipe en vez de servirlo, y se vieron aplastados por las jerarquías de la Iglesia Católica y de la Monarquía Austríaca.

La América española y portuguesa fue privada de todo lo que la modernidad europea representaba; en cambio, debió soportar durante tres siglos lo que la modernidad europea juzgaba intolerable: el privilegio como norma, la iglesia militante, el oropel insolente y el uso privado de los recursos y poderes públicos: nos convertimos en, somos aún, las tierras de elección del patrimonialismo descrito por Max Weber.

Entre 1492 y 1550, la población en México y el Caribe descendió de 25 millones a un millón y en las regiones andinas, entre 1530 y 1750, de seis millones a medio millón. En medio de este desastre demográfico, la columna central de la colonia, la mina, potenció la catástrofe y la prolongó mediante una forma de trabajo forzado, la mita, acaso la forma más brutal de una colonización que primero destruyó la agricultura indígena y luego mandó a los desposeídos a los campos de concentración mineros porque no podían pagar

sus deudas.*

Valiente mundo nuevo: ¿qué podía quedar, después de esto, del sueño utópico del Nuevo Mundo regenerador de la corrupción europea, habitado por el Buen Salvaje, destinado a restaurar la Edad de Oro? Erasmo, Moro, Vittoria y Montaigne se van por la coladera oscura de una mina en Potosí o Guanajuato. Tristísima Edad de Oro: debajo de su losa de siglos saldrán las revoluciones de la América Latina, víctimas de todos los sueños y todas las pesadillas del Nuevo Mundo. ¿Hemos de sorprendernos de que, al salir de debajo de la lápida de la colonia, los protagonistas de esas revoluciones se asemejen a veces a insectos, alacranes ciegos, deslumbrados por el mundo, girando en redondo, perdido el sentido de la orientación por siglos y siglos de oscuridad y opresión, hambrientos de afianzarse al dogma, la construcción filosófica, el techo ideológico que les de un sentido de seguridad y destino?

Entre Colón y Rousseau, el occidente es dominado por la idea del espacio: la Edad de Oro y el Buen Salvaje están *en otra parte*, en el Nuevo Mundo. Hay que viajar, ganar espacio, para encontrar la Utopía. Y si el Nuevo Mundo es una quimera, entonces la Utopía estará en otro lugar, más cercano o más lejano, pero siempre *un lugar*, así sea un lugar de lugares, el Aleph político que Rousseau llama "la voluntad general". El filósofo español Eugenio Imaz hace notar que la Revolución Francesa hace presente el mundo de la historia, que es el mundo del tiempo. Y al pasar el pensamiento del espacio al tiempo, la lógica se convierte en dialéctica: la dialéctica es la lógica aplicada al devenir temporal. Los conceptos ya no se yuxtaponen, sino que germinan unos en otros contradictoriamente.*

La América Latina nació dos veces: del espacio en el Siglo XVI, del tiempo en el Siglo XIX. Las revoluciones de independencia que nos separaron de España entre 1810 y 1821 propusieron sistemas legales que habrían de acercarnos apresuradamente a nuestros modelos de progreso y bienestar: Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Pero si Europa fracasó al convertir a la América Latina en su Utopía, América Latina también fracasó al convertir a Europa en la suya. La calca legal del *Due Process* británico o del Código Napoleón al Paraguay o Guatemala no aseguró su vigencia. Lejos de ello: la caricatura del país legal sólo acentuó su divorcio del país real, empecinadamente colonialista, despótico, patrimonialista.

La América Latina abrazó las ideas del Siglo de las Luces



* Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America*, Oxford University Press, New York, 1977.

* Eugenio Imaz, *Topía y Utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.



sin percatarse de que estas ideas eran una Utopía disfrazada de universalismo pero sólo concebible particularmente para los europeos de su época y ciertamente no para todos: para los personajes de Jane Austen sí; no para los de Charles Dickens. Sólo este juego reflejo de utopías deformadas explica que la excentricidad india, mestiza y criolla de la América Ibérica se haya sentido atraída por el desprecio de Voltaire hacia el pasado irracional y bárbaro —nosotros que no teníamos más presente que nuestro pasado; por la glorificación por Locke de la propiedad privada como propósito primordial de contrato social— nosotros que carecíamos de capitales y de sociedad civiles; por la creencia de Hume en una naturaleza humana universal e idéntica —nosotros que éramos los detentadores de policulturas diversificadas, marcadas por la heterogeneidad.

La América Latina, Utopía de Europa, al convertir a Europa en la Utopía latinoamericana, pasó por alto la pregunta del personaje de Montesquieu —“¿Cómo es posible ser persa?”— para decir que no era posible ser mexicano, argentino o peruano a menos que nos integrásemos a la universalidad burguesa de Europa; nuestro ser era efecto de nuestra dependencia. Concurrimos secretamente al altar de Herder: sólo en Europa puede la vida ser realmente histórica. Pasamos por alto la contradicción flagrante del iluminismo europeo: puesto que el pasado es abolido como algo irracional, la naturaleza humana invariable sólo puede ser la que poseen los europeos ilustrados del siglo XVIII. Dado que esta naturaleza es siempre la misma, no puede ser histórica. Pero porque es siempre la misma, debe ser universal. De esta manera se otorgaron a sí mismas las emergentes clases industriales y mercantiles de Europa el papel de protagonistas universales de la historia. Los políticos e ideólogos de la América Latina no se quedaron a la zaga; pero detrás de su mimesis ideológica de Condorcet o Marx, de Rousseau o Comte, de Locke o Bergson, existían sociedades coloniales, dependientes, casi siempre primitivamente agrarias, rara vez y periféricamente capitalizadas y dependientes. El Buen Salvaje del siglo XVI se convirtió en el Gunga Din del siglo XIX; Robinson encontró a un Viernes tercermundista y le pidió que se vistiera con las pelucas del Barón de Montesquieu y con las gafas de Benjamin Franklin. Pero Robinson, una vez más, se reservó para sí los derechos de libertad, igualdad y justicia que proclamaba. En las tierras de Viernes, Robinson dejó de ser moderno: volvió a caer en la práctica de la esclavitud, el vicio más antiguo del género humano. Fuera de sí, Robinson no compartió sus valores: colonizó, es decir, sometió concretamente al *otro* a medida que propuso y abstrajo los valores de la modernidad europea.

Ronald Reagan —no se llora por la opresión en Polonia mientras se apoya la opresión en El Salvador, Argentina y

Chile. Ni a los EE.UU. ni a la URSS les interesa que cambie el *statu quo* europeo; esto sólo les interesa a los europeos, del este o del oeste. Y sólo a los latinoamericanos nos incumbe que cambie nuestra situación.

Hablé de tres modelos de imitación extralógica en la América Latina: Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Las incursiones imperiales francobritánicas en México, Venezuela o el Río de la Plata han sido olvidadas. En cambio, los Estados Unidos han aparecido, potenciándolas monstruosamente, como los portadores de todas las promesas de la modernidad en América Latina. La contradicción y el desengaño han sido, así, magnificados. Los Estados Unidos han proclamado los valores del progreso moderno para la América Latina; pero cada vez que la América Latina se ha movido para actualizar esos valores dentro de nuestro contexto histórico y cultural, los Estados Unidos han intervenido brutalmente para impedirlo: México entre 1910 y 1930, Cuba de 1959 a la fecha, Guatemala en 1954, Chile en 1973, El Salvador y Nicaragua hoy. Esta penosa relación ha deformado atrozmente nuestras relaciones con las nociones de “progreso” y “modernidad”. También ha abierto un nuevo camino a nuestra relación con Europa.

El desplazamiento en nuestro siglo de los centros de poder a dos naciones continentales y excéntricas, Rusia y los Estados Unidos, no sólo confirmó las profecías de Alexis de Tocqueville. También nos asimiló a europeos y latinoamericanos en una serie de cuestionamientos ardientes.

En primer término, dejamos de ser, unos, la Utopía de los otros. ¿Qué clase de Utopía puede mantenerse sobre las cenizas de Auschwitz o San Salvador? ¿coexistir con las figuras de Hitler y Laval, Pinochet y Somoza? ¿admitir que pueden ser parte concebible de una herencia civilizada o de un proyecto racional la “solución final” de los nazis o la “ley de desaparecidos” de los militares argentinos?

Salimos de la Utopía para caer en el Crimen. Europa perdió (la América Latina nunca la tuvo) esa dimensión de la libertad civilizada que es el sentido trágico. Europa sustituyó la tragedia antigua por el crimen moderno. La América Latina perpetuó los crímenes de la conquista y la colonia sin renunciar a la fascinación utópica. No sé si unos y otros, europeos y latinoamericanos, podremos restaurar la validez de lo trágico en un mundo ahito de sangre, y decir de nuevo, con la voz más pura y antigua de la humanidad, que es la del Prometeo de Esquilo, que “cuanto existe es justo e injusto, e igualmente justificado en ambos”. Pero esta visión requiere trascender el maniqueísmo brutal de la historia moderna para comprender la existencia como conflicto de valores. Esto, y no la oposición entre el bien y el mal, es lo propio de la esfera trágica.

América Latina tarda en deshacerse de su carga utópica;



continente fundado por la Utopía europea, tememos tanto no merecer nuestra fundación que nos negamos a abandonar su quimera, aun a costa de la ceguera errabunda. Europa tarda en deshacerse de su carga maniquea. ¿Podremos entre ambos recrear una conciencia trágica de la vida-inseparable, dicho sea de paso, de una vida con sentido del humor? Nuestros grandes escritores nos dicen, si los apreciamos en su comunidad profunda, que sí: la revolución de la novela moderna en Europa ha consistido en crear un tiempo distinto al de la historia lineal y positivista de los hechos políticos, militares y económicos europeos. Virginia Woolf y James Joyce, Marcel Proust y Franz Kafka recuerdan y olvidan, le dan otra oportunidad al pasado y radican en el instante presente la realidad verdadera del tiempo y la historia. En el Nuevo Mundo, coinciden con el redescubrimiento del tiempo por Faulkner y Carpentier, Borges y García Márquez, Donoso y Cortázar, quienes proponen nuestras ficciones como hechos que no sólo fundan, sino que agotan saludablemente nuestra cultura y la abren a una universalidad que consiste en saber que no estamos solos. Allí encontramos nuestra nueva comunidad, con Goytisolo y Grass, con Kundera y Conrad.

Dejar de ser Utopía; ser, en cambio, comunidad, haz de encuentros, apoyos, informaciones, lecciones asimiladas, aspiraciones comparadas y acaso compartidas. Porque, en segundo término — ¡qué lejos estoy de la Utopía donde he nacido! — los latinoamericanos y los europeos occidentales corremos todos los peligros de no ser, en el futuro, sino apéndices del megapoder norteamericano. La Europa al oriente del Elba ya es un vasto campo cercado del poder soviético. Los dolorosos hechos de Polonia nos demuestran que a ninguna

de las dos grandes potencias les interesa el socialismo democrático. La democracia naciente de Polonia sucumbió ante dos *ultimata*: la de la Unión Soviética y la de los banqueros occidentales. *Solidaridad* no fue demasiado lejos: *Solidaridad fue* y la acción protagonista de la sociedad a cargo de un movimiento obrero independiente es intolerable para Moscú y para Washington, a pesar de las lágrimas de cocodrilo de Ronald Reagan —no se llora por la opresión en Polonia mientras se apoya la opresión en El Salvador, Argentina y Chile. Ni a los EE.UU. ni a la URSS les interesa que cambie el *statu quo* europeo; esto sólo les interesa a los europeos, del este o del oeste. Y sólo a los latinoamericanos nos incumbe que cambie nuestra situación.

Pero, ¿no podemos europeos y latinoamericanos reconocernos en el peligro del mundo de la doble hegemonía y unir nuestros esfuerzos para empujar las cosas, poco a poco, lenta pero seguramente, con acciones culturales y políticas, económicas e informativas, hacia un deseable mundo multipolar, en el que nadie sea satélite de nadie, en el que cada cual pueda aportar la semblanza de su genio civilizador, policultural, diversificado?

Quizás sólo estoy ofreciendo una nueva Utopía. Sí, pero esta será una Utopía compartida, elaborada en libertad por europeos y latinoamericanos, no impuesta por la potencia colonizadora a la tribu conquistada. China y Japón, Islam y el Africa Negra, la América Latina y la Europa dividida poseen los elementos de civilización y poder para proponer un mundo multipolar que nos salve no sólo de la doble hegemonía actual, sino de la promesa macabra que encierra. “Este mundo podría estar deshabitado”, en las palabras de Beckett.

La acción común de europeos y de latinoamericanos podría ayudar a romper esta fatalidad del siglo XX: ¿por qué somos oprimidos en nombre de la libertad, esclavizados en nombre de la justicia, asesinados en nombre de la vida? Este azoro paradójico proviene de que hemos alcanzado la desgracia con los instrumentos destinados a la felicidad. Hemos teñido al progreso con los colores de la crueldad, el crimen, la fealdad y el terror.

Quizás algunos europeos y latinoamericanos (pienso en individuos más que en gobiernos, en público más que en instituciones) puedan colaborar para diseñar una cooperación que nos salve de esta fatalidad, informe nuestra voluntad y ofrezca una base permanente a los gobiernos y las instituciones. Tenemos muchísimo que darnos unos a otros, fuera de la Utopía, fuera del coloniaje, en el desamparo que hoy nos identifica.

Este texto fue escrito para el libro *Latinoamericanos y europeos*, que será publicado próximamente en Berlín bajo la dirección de Günter Grass.



Guillermo O'Donnell

EL ESTADO AUTORITARIO EN EL CONO SUR DE AMERICA LATINA

Advertencias preliminares

Debo comenzar por algunas advertencias: este ensayo fue escrito a muy poca distancia intelectual y emocional de los hechos en los que las Fuerzas Armadas tuvieron un papel decisivo. No puedo escapar a una valoración fundamentalmente negativa de esos hechos y de las secuelas que provocaron. Esto, aparte de dejar claros ciertos sesgos, también significa que un estudio suficientemente vasto y balanceado deberá esperar algún tiempo, en gran parte porque los procesos que analizo todavía están ocurriendo. La proximidad de esos procesos también limita el ámbito comparativo de este ensayo. En él me refiero al papel político actual de las Fuerzas Armadas en el Cono Sur de América Latina, comparándolo brevemente con otros casos. Sin embargo, éste es un ensayo casi provinciano, dominado por la experiencia actual de los países del Cono Sur. He debido limitarme a manejar los datos sobre las Fuerzas Armadas públicamente disponibles. Hoy es impensable, por lo menos para un intelectual nativo (a menos que asegure que va a escribir una apología) realizar entrevistas con oficiales en actividad y tener acceso a documentos que las autoridades militares no hayan decidido publicar. Conuerdo con la literatura que destaca la necesidad de analizar el papel de las Fuerzas Armadas como el resultado de complejas interacciones producidas a lo largo del tiempo, entre el contexto político en el cual se insertaron y el nivel de organización que les es peculiar. Más aun, si no es posible en ningún caso analizar correctamente el papel político de las Fuerzas Armadas fuera de dicho contexto, el alto grado de militarización del régimen y del aparato estatal, en los casos que tenemos que analizar, hace especialmente necesaria esta contextualización. Caracterizar esas formas de dominación, tanto como analizar su dinámica interna y sus impactos sociales, ha sido el blanco de una gran atención y de un no menor debate, en una literatura que no puedo resumir en este espacio. Haré apenas las referencias más imprescindibles al tema, indicando los trabajos en que presento mis ideas sobre el Estado "burocrático-autoritario".

I. Implantación del Estado autoritario: algunos antecedentes

En Brasil 1964, Argentina 1966, Chile 1973, Uruguay entre 1972 y 1974 y nuevamente en Argentina 1976, las Fuerzas Armadas pusieron su capacidad coactiva al servicio de la in-

terrupción de procesos que numerosos sectores sociales vivían como una profunda crisis. Tanto objetivamente como en la percepción muchas veces exagerada de los actores, esa crisis fue significativamente menos aguda en los golpes militares de la década de los 60 que en los que ocurrieron en los años 70. En los primeros, "la amenaza del comunismo" aparecía como una consecuencia probable, pero no inminente, del "desorden" y de la "demagogia" imperante y del "caldo de cultivo para la subversión" que allí se generaba.

Entre tanto, en Chile en 1973, a su manera, en Argentina en el 76 y en Uruguay entre el 72 y el 74, la sensación fue de que el caos había avanzado hasta tal punto y estaba siendo tan directamente instrumentado (en Chile) por los partidos políticos y (en Argentina y Uruguay) por las organizaciones guerrilleras, que la sobrevivencia de la condición capitalista de la sociedad y de sus conexiones internacionales parecía estar en peligro. En otros trabajos argumenté que esos episodios se vinculaban estrechamente a un alto grado de actividad política del sector popular, que aparecía como portador de una seria amenaza para la preservación del orden social vigente. Por otro lado, en íntima relación con esa amenaza y con los consiguientes temores de la burguesía y de no pocos sectores medios, se desencadenó una crisis económica que puede ser sintetizada mencionando que: en el momento de los golpes de Chile en 1973 y de Argentina en 1976 la inflación superaba las tasas anuales del 500%; parecía inminente la suspensión internacional de los pagos; la inversión extranjera había caído verticalmente y los flujos de capital hacia el exterior, legales o ilegales, daban saldos masivamente negativos.

Ante esto, si en los golpes de la década del 60 las Fuerzas Armadas intervinieron con una intención fundamentalmente preventiva y restauradora, los golpes de los años 70 tuvieron una orientación mucho más radical: detener un proceso que parecía a un paso del colapso final de la sociedad, de la economía y del estado, y que, sin embargo, reclamaba mucho más que la restauración del orden social preexistente.

En otros trabajos he argumentado que en todos los golpes aquí considerados los miembros del gobierno resultante concibieron su tarea en torno a dos ejes principales: implantación del "orden" y "normalización" de la economía. El primero implicaba liquidar, aplicando toda la coerción "necesaria", la amenaza que aquella actividad representaba para la sobrevivencia del orden social. En cuanto a lo segundo: se trataba de restablecer mecanismos más o menos "normales" —según puntos de vista que discutiré más adelante— de funcionamiento y acumulación en una economía capitalista. Para eso, aparecían como indispensables requisitos un alivio urgente en la balanza de pagos, la reducción de la inflación y la recuperación de alguna confianza de los

N. de R. Este ensayo se reproduce con autorización de la revista brasileña *Dados*. El autor es un importante sociólogo argentino.



Viola y Galtieri (Argentina)

inversionistas internos y externos en esas economías.

Cuanto más aguda fue la crisis precedente (mucho más en los golpes de los años 70 que en los de los 60), mayor fue el apoyo dado por numerosos sectores sociales al cumplimiento de ambas tareas, en un primer periodo de los gobiernos surgidos de esos golpes. En cuanto a los centros del capitalismo mundial, la decisión de los nuevos gobernantes de mantener a aquellos países dentro de su órbita fue recibida con entusiasmo (a pesar de algunas reticencias en cuanto a la forma en que habían sido dados los golpes), tanto por lo que ello significaba en sí mismo como porque ahuyentaba el temido "efecto de los dominós". En cuanto al conjunto de la burguesía local y lo que restaba de las filiales de las trasnacionales radicadas en esos mercados, los golpes vinieron a dar garantía a sus más fundamentales intereses: conservación de la propiedad en que se corporizaba su capital, así como del derecho de organizar el trabajo en las empresas y decidir el destino de sus incrementos. Estos intereses, con distintos énfasis y de diferentes maneras, habían sido seriamente desafiados en el periodo precedente a los golpes.

En cuanto a los sectores medios, muchos apoyaron las primeras etapas de la gestión de la Unidad Popular en Chile y del surgimiento del peronismo en Argentina, pero la continua presencia de los sectores populares en la arena política, la permanente agitación en las calles, el deterioro de ciertos servicios públicos y las inseguridades derivadas de una inflación tan alta como errática los llevaron a una férrea oposición a los regímenes que los golpes iban a derrumbar.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, apenas cabe anticipar el alto grado en que sentían amenazados sus intereses primordiales. Antes de los golpes de los años 60, temieron dividirse en torno de líneas político-partidarias, con el agravante, en Brasil, de insinuaciones por parte del gobierno de que se fomentaban rupturas en la línea vertical de autoridad en el plano de los suboficiales, lo que ayuda a entender el carácter más represivo del golpe brasileño, en comparación con el argentino de 1966. En cuanto a la década del 70, en Chile, las tentativas de algunos sectores de producir una ruptura semejante, además de armar a los trabajadores industriales y campesinos, contribuyeron a alimentar la brutalidad del golpe de 1973. En Uruguay y, más acentuadamente, en los años precedentes al golpe argentino de 1976, los militares fueron uno de los blancos de los ataques guerrilleros, en una brutal dialéctica de violencia cuyas consecuencias todavía no se disipan.

II. Los civiles

Sabemos que, ante situaciones complejas en las cuales parece indispensable tomar posiciones presionados por el factor tiempo, individuos y organizaciones suelen aplicar los enfoques, programas y premisas desarticuladas —ideologías— adquiridos en su trato con el contexto en anteriores ocasiones. Las Fuerzas Armadas se enfrentaron con aquello que —no sólo para ellas, sino también para otros actores, inter-



concentraciones urbanas y de sectores medios expuestos a las oscilaciones de la economía y a la tutela del empréstito o del subsidio público. Obreros, sectores medios bajos —y, aunque con variaciones de peso de país a país, las masas subempleadas— fueron apareciendo como “clases peligrosas” surgidas como diferentes variaciones del populismo en estos países. Junto con esas clases, la irrupción de una industria orientada a producir para el mercado local, con gran protección aduanal y cambiaria, dio lugar a nuevas fracciones burguesas. En un primer momento —cuando las políticas populistas parecían capaces de absorber las “clases peligrosas”— esas nuevas fracciones burguesas apoyaron esas experiencias. Más tarde, hacia el 60, con movimientos pendulares, buscaron un lugar dentro de lo que, junto con esos procesos, se iba constituyendo como capa superior de la burguesía —inédita combinación de lo más viejo con lo más nuevo. Lo viejo era los grupos de gran capital nacional, originalmente ligados a la exportación de productos primarios, que se establecieron en sectores industriales y comerciales y, sobre todo, en el sector financiero. Y en cuanto a lo nuevo, la presencia, ya gravitante, de las filiales de empresas trasnacionales dedicadas principalmente al mercado interno. Pero ese acomodamiento no fue fácil. Las fracciones burguesas, nacidas al calor de las políticas proteccionistas, aparecieron frente a las ya existentes como epítome de “ineficiencia” y como promotoras, junto con las masas urbanas, de grandes déficits fiscales, de la expansión del aparato estatal y de diversos subsidios al consumo. Esto, junto con una “demagógica” política de salarios, era visto por las viejas fracciones burguesas como la expresión de una estructura económica “artificial” que sólo podía crear los problemas inflacionarios y de balanza de pagos que tejieron la historia de estas décadas. Las desventuras económicas —reales o exageradas— configuraban una explosiva situación social a medida que iban surgiendo “demagogos” y “subversivos” de diferentes layas, alimentando cada vez más una amenazadora actividad política.

nos o externos, dedicados a reforzar eficientemente esa visión— aparecía como una situación de extrema gravedad. En ese sentido, los esfuerzos de la ultraizquierda y de la guerrilla coincidían con las campañas progolpistas para desatar los instintos más elementalmente coactivos de las Fuerzas Armadas. Esto apareció como una característica que, esbozada en los golpes de los años 60, se consolida plenamente en los de los 70: la idea de las Fuerzas Armadas de que, si la crisis había llegado a ese punto, ya no se trataba de extirpar un “cáncer” localizado, sino someter el conjunto del “cuerpo social” a un severo tratamiento.

Para vencedores y derrotados, los golpes significaron el fin de una época. Para los primeros, incluidas las Fuerzas Armadas, el “desorden social”, la crisis económica y la amenaza al conjunto de la sociedad y a ellas mismas indicaban que no se trataba tan sólo de las responsabilidades atribuidas a los gobiernos que habían derrocado, sino de una larga historia de desintegración de la nación. Frei, “el Kerenski chileno”, la irresponsabilidad y “demagogia” que se imputaban a los gobiernos de los partidos uruguayos y a todo el gobierno argentino de las últimas décadas eran, desde ese punto de vista, el signo de algo más profundo, que coincidía con lo que la derecha venía sosteniendo. Esto es, que los males contemporáneos se originaban en los procesos que la crisis de la década del treinta había inaugurado en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina. Ahí se diluyó la supremacía económica y política de los estamentos agrarios —oligárquicos y señoriales— y se aceleró la expansión de la industria, de las grandes

La velocidad con que se movía el campo político trajo como consecuencia el hecho de que, en el momento de los golpes, todos los partidos que controlaban un porcentaje significativo de los votos ya habían gobernado, aplicando políticas económicas populistas, desarrollistas, cepalianas, keynesianas —complejamente combinadas e instrumentadas a los tropezones. Con diferencias según países y coyunturas, esas políticas tuvieron como denominador común colocar a la industria como sector dinámico de acumulación, seguir extendiendo el aparato estatal y tratar de mantener el nivel de consumo del sector popular, además de fomentar el crecimiento de un mercado interno fuertemente protegido.

Esta digresión era necesaria para mostrar que, para muchos, y desde el punto de vista de las pasiones desatadas por la crisis que precedió a los golpes, toda aquella historia debía ser responsable de la inminencia del desastre. Según esta perspectiva, también debían ser responsabilizados los equipos gubernamentales, los partidos y las ideas que durante esas décadas habían llevado —por ineptia o perfidia, poco importa— un poco más cerca del abismo. ¿Quién se salvaba en la condenación de ese pasado? Por un lado, las Fuerzas Armadas, basándose en un punto de vista que consideraremos más adelante. Por otro, aquellos que no habían tenido la oportunidad de gobernar —o que cuando la tuvieron fueron impedidos por grupos “demagógicos”, de ejecutar sus austeros programas— y protestaban contra el tipo de sociedad que se estaba creando.

Sin embargo, los que no estaban contaminados por la res-



ponsabilidad del pasado reciente eran grupos de derecha que, o bien habían perdido, o bien nunca habían tenido votos suficientes para sentarse en el gobierno. Eran los heraldos de las viejas clases dominantes agrarias y de sus ramificaciones en actividades industriales, financieras y comerciales. Expresaban sus añoranzas del periodo en que fueron dominantes, en un discurso que combinaba algunos componentes tradicionales —oligárquicos, nostálgicos de profundo estilo señorial— con la propuesta de reactualizar el (idealizado) liberalismo económico vigente en la década de los treinta. En esto, esta derecha (que llamaré “tradicional”) coincidía con otra corriente (que llamaré “tecnocrática”) del liberalismo económico. Esta, esbozada en un primer momento como una versión local de enfoques a la Hayek y Erhardt, en la coyuntura internacional de los años 70 se revistió, en sus elementos de orientación más técnica, con el aparato teórico ofrecido por Milton Friedman y sus discípulos. En los postre treinta, la derecha tradicional, aun políticamente a la defensiva, conservó un importante peso ideológico, sobre todo a través de su prestigio social y del control de los medios de comunicación. A su vez, la derecha tecnocrática fue creciendo en institutos de investigación, lobbies y empresas. Cuando se desencadenó la crisis que llevó a los golpes, ambas derechas se volvieron hacia las Fuerzas Armadas, no sólo para recordarles cuántas veces habían previsto esos males, sino también para asegurar que tenían la receta para erradicarlos. No fue “a pesar de”, sino “gracias a que” esa receta significaba mudanzas radicales que se impuso a gobiernos resul-

tantes de la reacción de los instintos más conservadores de una sociedad. Después de tantos años a la defensiva y de estar clamando a los cielos (y a las Fuerzas Armadas, con las cuales por esa y otras vías fueron estableciendo vínculos importantes), esos civiles económicamente liberales dejaron en claro que, con el duro autoritarismo que esos golpes implantaron, había llegado finalmente su turno.

¿Qué ofrecieron esos civiles a los gobiernos militares? Bajo la apariencia de una política económica, nada menos que una ideología política, matriz organizadora de la percepción de la realidad y de los proyectos de aquel gobierno. Esa ideología llega a ser dominante, porque recupera una visión verosímil del pasado, propone un futuro posible y deseable y se enlaza con ideas e intereses fundamentales de las nuevas fracciones dominantes de la burguesía de esos países. Pero vayamos por partes.

Esas corrientes, tanto las tradicionales como las tecnocráticas, coincidieron en su condena del pasado precedente con las concepciones anti-subversivas de las Fuerzas Armadas para demostrar “que hacía mucho tiempo que todo estaba podrido en Dinamarca”. Comienzan por una imagen simple: la salvación consiste en “volver al camino de los antepasados”. Para eso es necesario eliminar las distorsiones que se habían ido acumulando. La idea de volver, a toda costa, a un pasado mitificado es esencial en esta ideología: le da sentido al presente, entronca con una visión del pasado y proporciona criterios para identificar al adversario. Como su visión del presente y del pasado inmediato es tan negativa, a la vez que colorea míticamente un pasado más distante, esa ideología resulta profundamente reaccionaria. Pero por ello mismo no es conservadora. La radicalización de la derecha —cosa poco sorprendente dada la profundidad de la crisis de la que surgió— no puede ser conservadora porque sus significados positivos se estiran como un arco entre el mito de un pasado ya lejano y un futuro postulado como recuperación de aquel, saltéandose casi todo lo que constituye la actualidad. Esta actualidad —y su persistente tendencia a no evaporarse— es el blanco del instinto reaccionario: “reestructurar” la economía y la sociedad para acercarla al espejo de la “eficiencia” neoclásica, aclamada como vigencia pasada y como proyecto para el futuro, lo que presupone una tarea no menos intransigente y prolongada que la de enfrentar las Fuerzas Armadas para erradicar la subversión e imponer la “autoridad” en todos los niveles de la sociedad.

Esta relación empieza a darse en las respectivas visiones del pasado. No mediante el librecambismo y la hostilidad de las viejas clases dominantes a la industrialización —que en el pasado reciente separaran a los aliados de hoy—, sino en la imagen paternalista, desprendida de los mezquinos intereses materiales, autoritaria pero bondadosa, “constructora de la nacionalidad” y “expresión de su verdadera esencia”, que de sí misma tienen tanto las Fuerzas Armadas como aquellas clases, siempre como protagonistas de lo que hay de más puro (de lo único que se puede salvar) de estas historias nacionales. Estas oligarquías no fueron *bunkers*; su melancólico pasado ocurrió (con salvedades que pertenecen a su historiografía pero no a su ideología) bajo el signo de lo que podía ser visto como un periodo de liberalismo económico. Ellas —y los sectores medios que pueden influir— reactualizan hoy esas imágenes, con una visión retrógrada, “intelectualista”, portadora de valores y visiones precapitalistas, y como tal poco simpática para el carácter tecnocrático y capitalista (“materialista”) de la política económica resultante de los golpes. Estos grupos pasan a integrar lo que Juan Linz llama la “semi-oposición” de esos regímenes.

Pero buena parte de los sectores ligados a las viejas clases dominantes o ideológicamente subordinados a ellas, a través de su liberalismo económico y de su adhesión a los aspectos más represivos de estos gobiernos, pasa a apoyar o a admitir sus políticas económicas.

En torno a esas políticas, la corriente liberal tecnocrática se vuelve predominante. Son fundamentalmente personajes de esta línea los que compartieron con los militares los más altos puestos de gobierno, imprimiendo desde allí su dirección ideológica al aparato estatal y a las clases que los sustentan en mayor o menor grado. Esto es el resultado de su capacidad para ofrecer una visión del pasado, una condena del presente y un delineamiento del futuro que hable significativamente a la alta burguesía, a las clases agrarias, a las Fuerzas Armadas y, por un tiempo, a los sectores medios arrepentidos de haber simpatizado con los que se convirtieron en "agentes del caos".

Esto no es poco, pero no es suficiente para diferenciar la derecha tecnocrática de la tradicional. La primera ofrece otras contribuciones básicas. En tiempos de profunda desorientación, donde todo parece haber fracasado, esa corriente se coloca en el centro de las grandes simplificaciones y de las seguridades regresivas que los cuerpos sociales suelen buscar en ocasiones semejantes. Su discurso tiene la simplicidad del manual; como meta, una economía "eficiente", basada en ventajas comparativas, con mercados en equilibrio y sin precios "artificiales". En cuanto a los medios: una política monetaria y cambiaria, dotada "en principio" (claro que en la práctica es otra cosa, pero eso puede ser atribuido a las distorsiones que deben ser eliminadas) de una elegancia que contrasta con los vaivenes y las incongruencias atribuidas al pasado reciente. Esa elegancia tiene el apoyo de la "ciencia": dadas ciertas premisas —simples y transparentes en el teorema— se puede demostrar que la propuesta es racional, como bien lo confirman tantas autoridades internacionales. De aquí resultan fines y medios fácilmente contrastables con el desorden del pasado. Parece que también hay caminos probablemente racionales para lograr tales propósitos, aunque sólo sean conocidos por una "élite" que, como el sabio platónico, dedicó su vida a adquirir ese saber superior —cosa muy atrayente para la mentalidad militar habituada a imaginarse en términos muy parecidos. Además de esto, al entroncarse con una visión tradicional del pasado, esta ideología, típicamente tecnocrática, tiene la ventaja adicional de no aparecer como producto de la imaginación teórica alienada sino como forma de "volver al camino del verdadero destino nacional". Gracias a esa simbiosis (imposible para la otra derecha) entre, por una parte, lo más técnico y moderno y, por otra, su capacidad de evocar un pasado tradicional, la ideología liberal-tecnocrática se convierte en ideología dominante dentro del pacto de dominación consagrado por estos Estados autoritarios, subordinando incluso, como veremos, las ideologías propias de las Fuerzas Armadas.

Otra contribución importante (también imposible de ser realizada por la derecha tradicional) proviene de que esos "técnicos" son los cónsules locales del sistema capitalista mundial —más específicamente del capital financiero transnacional. Este capital (frente a gobiernos que parten de una virtual suspensión de pagos y que luego, ante las agudas recesiones, dependen fundamentalmente del comercio y de créditos internacionales para sostenerse) destila lo que le parece lógico en los acuerdos del Fondo Monetario Internacional que alivian la balanza de pagos y que, sobre todo, certifican junto a la "comunidad financiera internacional"

que el país en cuestión puede constituirse en una buena inversión. Los tecnócratas locales sólo discuten esos acuerdos en los detalles, ya que tanto para ellos como para el FMI y los bancos transnacionales el diagnóstico de la situación y de los instrumentos para corregirla son los mismos: disminución drástica del déficit fiscal; "liberación" de precios (pero no de los salarios) para que encuentren su "equilibrio" cercano a los precios internacionales; "liberación" de las corrientes internacionales de capitales; eliminación de subsidios y, generalmente, toda la batería del monetarismo ortodoxo contemporáneo. Volveremos a esos temas, pero antes tenemos que examinar algunos puntos referidos a las Fuerzas Armadas.

III. Las Fuerzas Armadas

Si hay una imagen de la sociedad incorporada por las Fuerzas Armadas, es una imagen organicista: la sociedad vista como un cuerpo en el que cada parte tiene funciones bien delimitadas y jerárquicamente ordenadas. La cabeza, dotada de la racionalidad que falta a las demás partes, debe orientar el conjunto para el bien común. Cuando el cuerpo se enferma, puede ser necesario aplicar un duro remedio a la parte afectada. Esta, por su inferior racionalidad y por el propio hecho de estar enferma, no sabe, pero la cabeza no sólo tiene el derecho de actuar así: tiene el deber de hacerlo, porque le corresponde cuidar la salud de todo el cuerpo.

Esta imagen autoritaria, hieráticamente estamental y elitista está muy difundida y no casualmente entre las Fuerzas Armadas. En primer lugar, refleja la imagen que sus miembros tienen de su propia organización. Por lo tanto, es también la imagen de la sociedad para diversas vertientes del pensamiento social católico cuyas versiones más tradicionales y derechistas vienen una larga historia de acercamiento a las Fuerzas Armadas. En tiempos de relativa normalidad, esta visión de la sociedad puede funcionar como una autoridad paternal bondadosamente ejercida. Pero, en tiempos de crisis, la imagen del cuerpo lleva a la de enfermedad y ésta, a su vez, implica la de la cirugía efectuada con toda conciencia.

En este campo de ideas podemos entender el alcance que tuvo la llamada "Doctrina de Seguridad Nacional". Si estudiamos lo que decía en sus diversas variantes, es fácil ver que esa "doctrina" se basa en la misma imagen organicista. Pero su importancia proviene de que con su autoridad de "doctrina adoptada y martillada en la socialización militar, refuerza elementos ya implícitos en las imágenes organicistas preexistentes. En este sentido, su primera contribución es la de reafirmar a las Fuerzas Armadas como principales responsables del destino nacional: su misión es la de cuidar de su integración y potenciación y las Fuerzas Armadas deben saber "obviamente" cómo alcanzar esas finalidades. A partir de una concepción hegeliana de la sordidez material de la sociedad civil, esta visión supone una instancia superior por encima de ella y, por esto mismo, la única capaz de asumir el bien del conjunto. Esta instancia podría ser (y de hecho lo es, en las innumerables teorías del estado, militares o no, de izquierda o de derecha, con que hemos sido agraciados) la cúspide del conjunto del aparato estatal. Pero cuando, como en los casos que aquí estudiamos, la crisis llegó a tal profundidad que ese aparato estatal aparece como coimpulsor de la misma, esta instancia superior aparece reducida al elemento coactivo organizado del Estado.

Estos aspectos, destacados por la Doctrina de Seguridad

Nacional, suponen perfilar la identidad política de las Fuerzas Armadas no sólo como principales guardianes de los intereses nacionales sino, mucho más radicalmente, como encarnación o síntesis institucionalizada de estos intereses. Si éste es su carácter positivo, la Doctrina de Seguridad Nacional también tiene el negativo, ante el que se define el sentido operativo del primero: el del enemigo. Observemos que, de nuevo, esta doctrina se sitúa en un campo donde ya está implícito lo que va a decir: la imagen del enemigo y del combate mortal contra él, que da sentido a las prácticas e ideas de cualquier Fuerza Armada. Pero esa doctrina también tiene algunos elementos específicos. Uno de ellos afirma que los males reales o imaginarios que existen en la sociedad son obra de un enemigo persistente e irreconciliable —la subversión en sus infinitas formas y manifestaciones, suprema dolencia del cuerpo nacional. Otro indica que, debido al hecho de que el enemigo es interno y no convencional, el combate se desvía hacia el interior de la nación, donde se declara una guerra de vida o muerte para salvarla, aunque algunas de sus partes no lo quieran —porque ese “no querer” indica el grado en que la enfermedad subversiva se extendió. Un tercer elemento es que la actuación de los partidos y organizaciones “subversivas” es solamente lo epidérmico de la enfermedad. Sin duda hay que extirparla sin vacilaciones, pero no habrá salud si no se curan los tejidos profundos, los que alimentan la subversión —subversión ideológica, subversión cultural, de las costumbres, de la familia. Estas son las imágenes, repetidas hasta el infinito, que señalan la magnitud de la tarea contra un enemigo que, según este enfoque, no dejó ningún segmento de la sociedad a salvo de su influencia letal.

Extirpar, erradicar, estructurar. Estos son los términos que se repiten en un discurso de estas Fuerzas Armadas que

justifican —tal vez para ellas mismas— una tarea tan dura e ingrata. Después del golpe, corroborando el diagnóstico de la crisis precedente, la sociedad parece continuar sumergida en su “egoísmo sectorial” y en la “indiferencia en cuanto a los grandes destinos de la nación”, lo que aparece como campo fértil para reincidencias subversivas. Guerras internas que poco conciben con la gallarda imagen de su pasado, conciencia de la hostilidad que cada intervención quirúrgica puede despertar, un enemigo que parece esconderse hasta en las expresiones más esotéricas de la cultura. Supongo que la guerra, al vincularse al dato de realidad de un enemigo dispuesto a matar, debe ser una fábrica espectacular de paranoia; y esta guerra contra este enemigo y con pocos actos que puedan ser cívicamente santificados algún día, lo que es en mayor escala. Y esa gigantesca paranoia se vuelca en la sociedad, cumpliendo una operación doble. Por un lado, inventa nuevos objetos y genera en la sociedad evocaciones kafiánas de un poder cuyo modo de ser consiste en no darle garantías de que se ha salvado de su ira. La segunda operación trata de implantar, en cada ángulo de la sociedad —aparentemente en una regresión hacia lo más primitivamente seguro—, un “orden” y una “autoridad” copiadas del modelo militar; a consecuencia de eso hay una infinidad de intentos —grotescos, pero a veces eficientes— de imponer patrones de mando altamente autoritarios y represivos en casi todos los contextos de la vida cotidiana. La paranoia antisubversiva petrifica a la sociedad. Con esto se crean condiciones políticas para que los “técnicos” de la economía —que aseguran no tener nada que ver con todo eso, porque se dedican a aplicar una racionalidad económica universal— utilicen su propio bisturí. Así, la pasión de lo antisubversivo asegura al tecnócrata su propia imagen ascética.

La visión organicista del cuerpo enfermo combina armo-

Plaza de Mayo en Buenos Aires: las madres de los desaparecidos



niosamente con la ideología que examinamos en la sección anterior. De hecho, el eje en torno del cual se articula, es la condena radical del pasado reciente. La economía "artificial", la activación de las masas y la subversión aparecen integradas, como el blanco contra el cual deben apuntar tecnócratas y militares.

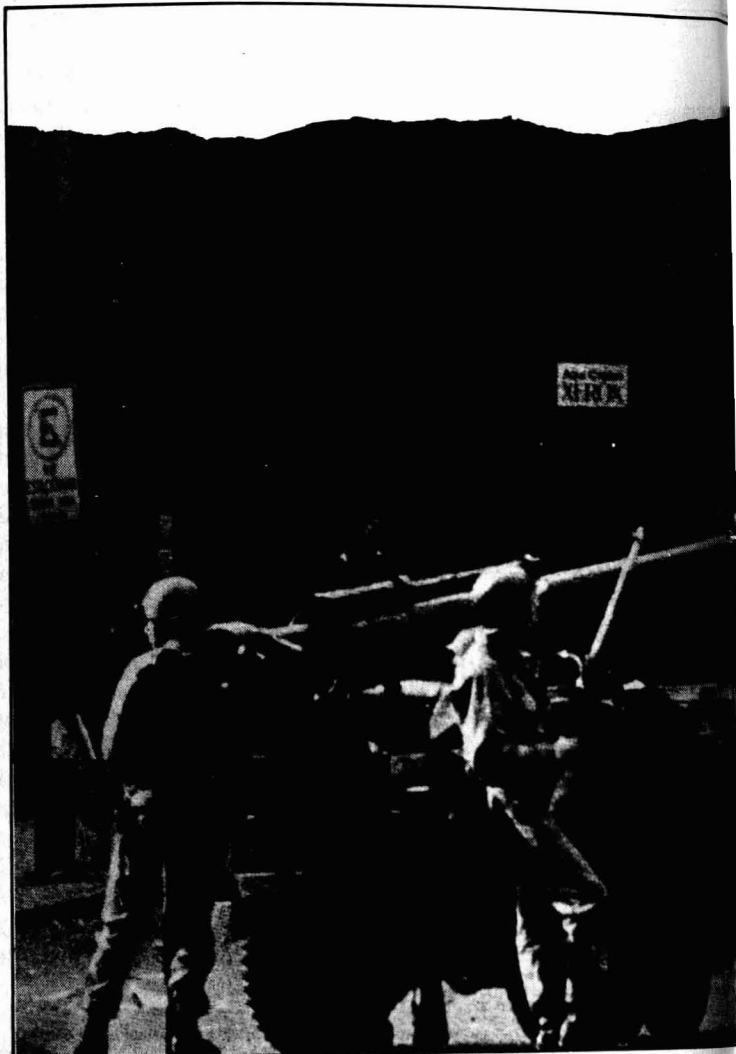
Sin duda, hay divergencias no insignificantes entre la Doctrina de Seguridad Nacional y la ideología de los tecnócratas liberales. La meta de una economía abierta e integrada a la economía internacional castiga a una industria que las concepciones estratégicas concebían como fundamental para la capacidad bélica de la nación. Las políticas económicas adoptadas favorecen a las capas más concentradas y transnacionalizadas de la burguesía, acorralan o lanzan fuera del mercado a numerosas empresas y empobrecen a diversos sectores medios. Esto se aviene poco con el discurso nacionalista de las Fuerzas Armadas, y con los intereses inmediatos de los sectores sociales de origen y de contacto social frecuente, de buena parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas. Obviamente, aquellas políticas favorecen el capital financiero, lo que provoca manifestaciones de los típicos pre-conceptos de las Fuerzas Armadas contra lo que les parece su carácter improductivo, especulativo y a menudo usurario. Fuera de eso, el empeño liberal de reducir drásticamente el peso del aparato estatal en la economía produce numerosas ambigüedades en quienes, como las Fuerzas Armadas, son parte del aparato estatal y estuvieron muy ligadas a ideologías según las cuales estas deberían cumplir un papel impulsor en la economía.

Esa enumeración no pretende ser exhaustiva. Apenas señala puntos de fricción dentro del grupo de civiles y militares que alcanzó la cima del poder estatal con estos golpes. El general Albuquerque Lima, en Brasil, el almirante Leigh, en Chile, y el almirante Massera, en Argentina son, entre otros, ejemplos de oficiales colocados en la cima del régimen y que manifestaron esas resistencias de manera típica: propuesta de sustitución de los "técnicos" liberales por elencos que promoviesen aumentos salariales y la restitución de algunos beneficios sociales al sector popular, además del propósito de movilizarlo a través de un "Movimiento" —no de un partido— de apoyo a la "Revolución"; llamados a franjas nacionales de la burguesía y a sectores medios, basándose en una condena de la "extranjerización de la economía" y en el apogeo del "agiotismo"; llamado a los intereses materiales de esos sectores como: expansión del aparato estatal, aumento de las tarifas aduaneras y cambiarias y subsidio al crédito para la "pequeña y mediana industria"; reafirmación de "su vocación antisubversiva" y de su anticomunismo militante, con la consiguiente necesidad de liquidar la influencia "apátrida" y "socialmente insensible" de los tecnócratas liberales.

En torno de esas discordancias también se manifiestan aspiraciones de estratos burgueses y de sectores medios que, habiendo apoyado el golpe, descubren hasta qué punto la política de los tecnócratas ataca sus intereses. La confluencia de esas objeciones determinó, en gran parte, la dinámica interna de esos regímenes y, más de una vez, puso en duda la continuidad de los equipos gobernantes. Pero en ninguno de los gobiernos resultantes de los golpes de la década del 70 logró ganar. Esto merece ser examinado.

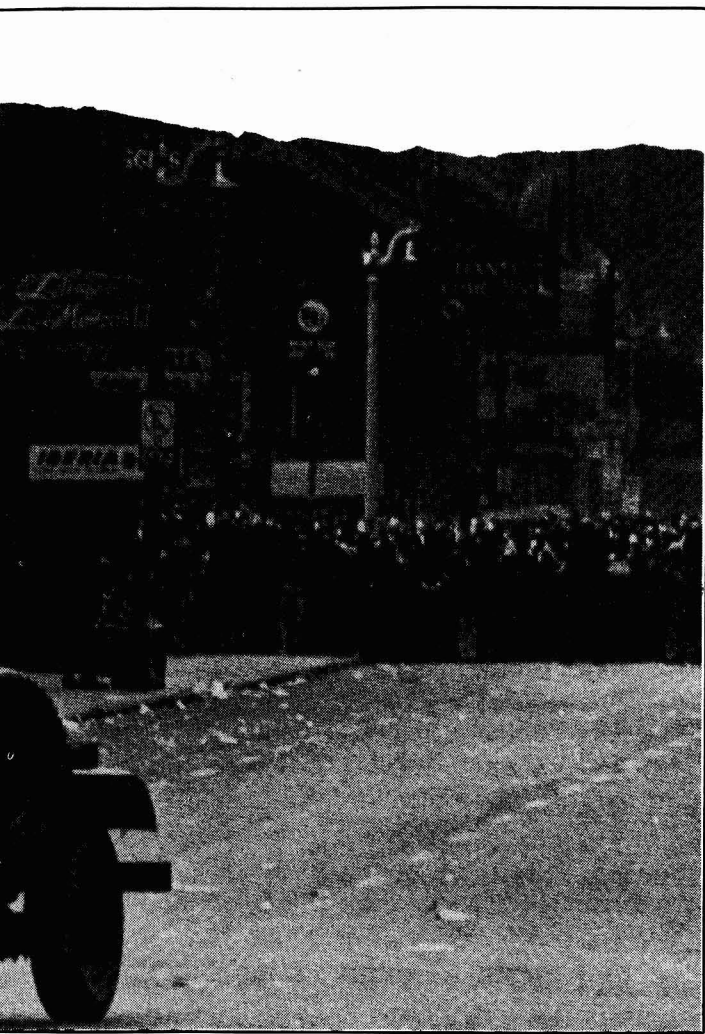
IV. Tecnócratas y militares en el gobierno

No es fácil la tarea de dismantelar una estructura económica y de clases consolidada durante muchas décadas. Tam-



poco es fácil perseguir la "subversión" en todos los escondrijos de la sociedad. Ambas presuponen un ajuste de cuentas, global y radical, con varias décadas del pasado de esos países.

Ya dije que la política económica pretende eliminar lo mucho que considera "artificial" en la estructura heredada y que esto apareja graves consecuencias, no sólo para el sector popular sino también para numerosos sectores medios y capas de la burguesía. De esto surge esta "quinta esencia" de estado capitalista, nacida en el apoyo unánime de la burguesía para salvar el carácter capitalista de la sociedad y que emprende políticas hostiles a buena parte de esa burguesía. Al contrario de lo que se podría esperar, las quejas que esto provoca refuerzan la decisión de los militares y tecnócratas de profundizar sus tareas y su alianza. De hecho, por un lado, los signos de "indiferencia" e "incomprensión" de la sociedad frente a las tareas antisubversivas después que las amenazas más evidentes fueran desmontadas, inducen a las Fuerzas Armadas a perseverar en el "adoctrinamiento" de la población y en una militante "conciencia de Seguridad Nacional". Por parte de los tecnócratas, y como lo han señalado Tomás Moulián y Pilar Vergara, las propias quejas de los sectores medios y de la mayoría de la burguesía los colocan ante ellos mismos y ante las Fuerzas Armadas como agentes de un estado verdaderamente imparcial, motivados no por "intereses sectoriales", sino por una intensa búsqueda del interés general, que surgirá de una economía "moderna, abierta y eficiente". El proceso es obviamente largo y



doloroso, pero aquellas quejas demuestran que, al revés de lo que murmuran atontados opositores —en verdad subversivos— el esfuerzo está siendo repartido equitativamente. Como también señalan los autores citados, esa imagen imparcial que, como la de los militares, se coloca tan por encima de “intereses mezquinos y parciales”, se vincula con la convicción de poseer una racionalidad superior, emanada de una teoría económica que indica que con el esfuerzo necesario esos países llegarán a ser —salvadas las diferencias que se explican por las respectivas ventajas comparativas— el espejo de los modelos ejemplares del centro del capitalismo mundial.

Así, los tecnócratas encargados de la política económica logran aparecer, si no para el conjunto de la sociedad —lo que a corto plazo importa poco, dadas las condiciones duramente autoritarias que prevalecen— sí para las Fuerzas Armadas, como la reencarnación en traje civil de su propia imparcialidad y devoción al bien común.

Aun con las ambigüedades iniciales, el programa económico resultante de tales golpes embarca a esos países en un camino difícil de ser deshecho política y económicamente. Las medidas adoptadas tienen poco éxito en la reducción de la considerable velocidad de la inflación. La liberación de precios castiga los salarios controlados por el gobierno a través de aumentos que son superados por la inflación; la recesión, en especial de la industria y de los sectores más ligados al consumo masivo, no tarda en acentuarse; y la inversión se deteriora (pese a la entrada de capitales a corto plazo del ex-

terior). Algunos éxitos, como la disminución del déficit de la administración central y de las empresas públicas (y/o “privatización” de muchas de ellas) se logran a costa de acentuar las tendencias recesivas y de dejar sin acceso a los servicios básicos a una parte considerable de la población. Sólo aparece claramente como un éxito a corto plazo la mejoría en la balanza de pagos, producto de mejores salarios exportables causados por la caída del consumo interno y por la entrada de capitales del exterior, atraído por los altos rendimientos de las también liberadas tasas de intereses. Por eso, no tardan en manifestarse las quejas de muchos aliados del golpe, así como las primeras “preocupaciones” en las Fuerzas Armadas. En este contexto, en el cual incluso los resultados de la balanza de pagos dependen de la etérea confianza del capital financiero, sólo queda concluir que es necesario insistir en el mismo camino radicalizando algunas medidas y confiando en que con el paso del tiempo comenzará a surgir la buscada economía. Después de un primer periodo, en el que la mente tecnocrática confió con exceso en su propia imagen de racionalidad (anunciando, por ejemplo, que la inflación terminaría pocos meses después de adoptadas las primeras medidas), tiene que ajustarse a una realidad de pocos éxitos y problemas persistentes. Pero esas persistencias son interpretadas como indicadores del arraigamiento de las “distorsiones” y, por lo tanto, de la necesidad de seguir insistiendo —y acentuando— con las mismas políticas. Recesión, inflación, severos *trade-off* entre finalidades que en el origen parecían compatibles e igualmente importantes (por ejemplo, entre medidas antiinflacionarias y de balanza de pagos), quejas y protestas de muchos aliados, señalan el punto en que, contra las dogmáticas ilusiones iniciales, los conductores de la política económica perciben que su tarea no es menos dura, prolongada y compleja que “erradicar la subversión”. Entonces, asumen más que nunca el discurso duro y ascético que habla de los sacrificios que corresponden a “todos”, coincidiendo con el estilo de los que están encargados de consolidar el “orden”.

El parco éxito de los tecnócratas en la obtención de las metas económicas a corto y mediano plazo representa para los gobernantes militares una mayor necesidad de mantenerlos. En primer lugar, porque ya están demasiado comprometidos con esa línea económica para cambiarla sin correr el riesgo de ser derrocados por militares que, como ya vimos, están reclamando este cambio y proponiendo sus propios candidatos para dirigir la economía. En segundo lugar, es probable que, si alarma la frágil confianza financiera, un cambio de orientación en la política económica signifique un periodo de ajuste y de agudización de las desventuras económicas, lo que debilitaría todavía más la posición de estos gobiernos militares. En tercer lugar, sigue siendo ventajoso lo que ofrece la ideología de esos tecnócratas: un camino aparentemente claro en el que se debe insistir, contra el carácter de *ya visto* de las propuestas esbozadas por las semioposiciones internas del régimen.

Este último punto es fundamental. En estas circunstancias, nada les da más pánico a las Fuerzas Armadas que un “salto en el vacío” al abrir inadvertidamente las puertas a la resurrección de la crisis previa al golpe. Por esto también, surge en ellas la conciencia de la necesidad vital de no perder cohesión ante el enemigo. En estas Fuerzas Armadas que todavía se sienten cerca del frente de batalla, este argumento les da muchas ventajas a los jefes militares que, estando en la cúpula del gobierno, tienen autoridad formal para decidir sobre los equipos políticos y económicos y para, en última instancia, reprimir las resistencias.

Es enorme la aversión al riesgo de dividirse "ante el enemigo". Esta aversión, junto con las inseguridades que surgirían de un cambio de política económica, diluyó finalmente los desafíos internos en las Fuerzas Armadas. Así, uno de los principales temas de rumores (y de esperanza de las semi-oposiciones y de las oposiciones incautas) descansa en una suma aritmética de generales y regimientos descontentos con la política económica. Pero olvidan que las ventajas ideológicas de los "técnicos" liberales y el valor supremo que las Fuerzas Armadas contribuyen a mantener sin fractura la cohesión que todavía preservan, y anulan esa aritmética. De este modo la cúpula militar gobernante consigue mantener en sus funciones al equipo tecnócrata. Y de esta manera, el dominio ideológico de aquéllos obtiene el apoyo coactivo necesario para continuar definiendo la dirección general de la economía y de la sociedad. Por añadidura, fue prohibido el discurso opositor, ya que éste no podía dejar de colocar los intereses y aspiraciones de los sectores sociales excluidos. Las quejas de la burguesía castigada por esas políticas son los fragmentos de un discurso que no logra diseñarse como una propuesta alternativa. Estas quejas huelen a "intereses sectoriales" camuflados, contra los cuales tecnócratas y militares pueden exhibir su olímpica dedicación al bienestar general. Además de esto, cuando esas quejas y protestas logran acercarse a un esquema de proyecto alternativo, se parecen demasiado a las políticas populistas o desarrollistas del pasado inmediato, lo que facilita su rechazo con el argumento de que sólo resucitarían los fantasmas del pasado —argumento que refresca los miedos de muchos. De ese modo, la ideología tecnocrática neoliberal reina en un campo de las fuerzas ideológicas cuyo telón de fondo es la exclusión política del sector popular y de sus portavoces.

En una sociedad en la que "la política" está prohibida, es impresionante la cuota de poder efectivo dejada a los tecnócratas. Fuera de su jurisdicción quedan áreas como la imposición y la vigilancia del "orden", o los intentos de imponer una cultura y una educación ferozmente "anticomunista", y laberintos burocráticos en los cuales las rivalidades entre las armas y los grupúsculos de derecha no tardan en establecer fantásticos juegos de vetos, cuotas y clientelas. En otras palabras, las profundas transformaciones que se producen en la economía y en la sociedad, más allá de la coerción puesta a su servicio por las Fuerzas Armadas, derivan fundamentalmente de las orientaciones y decisiones de la derecha tecnocrática y no tanto, a pesar de la imagen que se hace de sí misma, de las Fuerzas Armadas y de sus doctrinas.

V. Sobre el papel político de las Fuerzas Armadas

El golpe por el cual las Fuerzas Armadas implantan el estado autoritario no es la supresión de cualquier "desorden". Es la liquidación de un proceso que abrigó intenciones de algunos y temores de muchos —ambos reales e imaginarios, en distintas proporciones en cada caso— de trasladar los parámetros capitalistas y las filiaciones internacionales de estos países. Estos golpes —sobre todo los de la década del 70— aparecen como la salvación de estas sociedades en su condición de sociedades capitalistas y entroncadas "con el mundo occidental". El motivo de los que dieran el golpe puede no ser éste y sí el de restablecer el orden. Pero este "orden", considerado como el orden natural de toda sociedad, es el fundamento, en condiciones menos agitadas e inciertas de funcionamiento, de la sociedad en la medida en que es capitalista.

Por las razones indicadas —sobre todo la condena radical

del pasado inmediato—, el motivo de la actuación de las Fuerzas Armadas no es salvar "esa" burguesía, históricamente dada, con su historia de "ineficiencias", su incapacidad de trascender con sus demandas sus intereses más elementales, materiales y "sectoriales" y sus capitulaciones frente a la amenaza que el golpe vino a extirpar. Con todo, el resultado objetivo es palpable y la salva en cuanto clase. Pero, por otra parte, la clase que así se salvó quedó profundamente marcada por el periodo de crisis que precede a los golpes. Expropiaciones, pérdida del control del proceso de trabajo, inseguridades económicas y el vaivén de una economía que bailó al compás de la crisis política despertaron los miedos de la burguesía ante lo que parecía ser preanuncio del cataclismo final. Ese miedo la llevó a mostrar su lado más voraz y especulativo. Es verdad que esas burguesías nunca se asemejaron al modelo clásico de una clase "conquistadora" y devotamente acumuladora. Pero la crisis previa exageró caricaturescamente sus características: la imprevisibilidad de la economía y sus temores políticos la llevaron a convertirse en el principal agente de despojo. Sólo importaba sacar el máximo lucro en el menor plazo y reinvertir el mínimo indispensable para participar en el despojo por segunda vez. La inflación y la crisis en la balanza de pagos fomentaron y también reflejaron las consecuencias de este comportamiento. En el límite dentro del cual se colocaron Chile, Uruguay y Argentina en la década del 70, la mayor parte de la burguesía pasó a reproducirse básicamente por especulación financiera. Además de los datos admitidos que muestran la hipertrofia de estas actividades y de los beneficios resultantes, al hablar con empresarios (como hice durante estos procesos) resulta claro que para muchos de ellos, aquello que hasta hacía poco era el ámbito de su acumulación de capital —digamos, la propiedad de una empresa industrial— pasó a ser la oportunidad, la fuente generadora de fondos que permitía una desenfrenada especulación en los circuitos financieros. Tratando de protegerse (con total racionalidad micro-económica) de las inseguridades de la crisis y alimentándola al mismo tiempo (cosa que sus salvadores del estado autoritario no dejaron de recordar), esta burguesía obtuvo inmensos lucros. Pero para ello tuvo que mostrar su cara más voraz y especuladora, confirmando no sólo el antagonismo de la izquierda, sino también la condena moral de muchos (entre los cuales no pocos militares) de los importantes actores del golpe y del gobierno posterior. Por otro lado, aquellos lucros insólitos no impidieron que, sintiéndose amenazada en su interés más profundo —la garantía política de su reproducción como clase—, la burguesía fuera enemiga incondicional del proceso anterior a los golpes y una entusiasta patrocinadora de los mismos. Esos comportamientos anteriores a los golpes —que contrastan con la introspección de las Fuerzas Armadas y con la incondicional oposición de los grupos más politizados de la derecha durante el mismo periodo— sirvieron para ratificar el rechazo de los nuevos gobernantes a toda una sociedad, la forma como se articuló históricamente y la suma de "distorsiones" que culminó con la necesidad de rescatar de su propia abolición a una clase burguesa que parece no menos egoísta y despreocupada respecto al interés general que el resto de la sociedad —lo que, para la mentalidad de salvadores, puritanos y simplificadores, indica hasta qué punto llegó la disolución y la subversión del cuerpo social. Hay ecos fascistas en este estado autoritario y en esta radicalización a la derecha de los salvadores de una clase burguesa, a quienes desprecian por su conducta en el pasado reciente y por el egoísmo de no renunciar a nada, ahora que se siente segura como

clase. Es bastante obvio que ese estado no es representativo de las clases y sectores a los que excluyó duramente. Que no lo sea para el conjunto de la burguesía y para los demás sectores que tanto hicieron para que existiera, sólo lo podemos entender si tenemos en cuenta que los grandes cirujanos —tecnócratas y militares— sienten que deben extirpar también los males de aquellos que fueron sus aliados.

Todo esto dio lugar a una extraordinaria convergencia que permite entender gran parte de las orientaciones y de las desventuras —en este sentido aparentes— de la “normalización económica” emprendida por estos gobiernos. Por un lado, la difícil situación de la balanza de pagos los obligaba a someterse a los criterios del capital financiero internacional (sobre todo del FMI, pero no sólo de él) para mantener, al comienzo de estos gobiernos, una corriente mínima de bienes y de servicios. Por otra parte, los tecnócratas liberales —con su visión de la “artificialidad” de la economía de estas sociedades— son la condensación local de esa misma orientación. Como si esto no bastase, gran parte de esta burguesía se convirtió, por imposición de su racionalidad microeconómica ante la crisis precedente, en su versión más especulativa posible.

Esa imagen voraz de la burguesía facilitó la olímpica sordera de los militares y tecnócratas ante sus quejas, cuando la “normalización económica comenzó a afectarla”. Esa política económica atacó a la industria, fomentó la concentración de capital y propició la rentabilidad de los negocios financieros. Todo esto, que hería los intereses inmediatos de la burguesía —o de lo que de ella quedó— más ligada a los círculos productores, fue congruente con los intereses de las nuevas fracciones dominantes de la burguesía, velozmente colocadas en esa posición por la crisis precedente. Es decir, grupos

financieros locales que supieran y pudieran constituirse antes o después de los golpes; antiguos grupos que ya tenían, o adquirirían en ese momento, un decisivo componente financiero y segmentos del capital internacional que, después de los golpes y gracias a la política económica adoptada, volverían a encontrar razones para arriesgarse a corto plazo en esos mercados, atraídos por la distancia, a veces monumental, entre las tasas de intereses internos y las internacionales.

A partir de eso, bajo las quejas más o menos audibles, según la coyuntura, de casi todas las organizaciones de la burguesía, aquellos grupos —viejos y nuevos, nacionales e internacionales, completamente ligados entre sí —coexistían con fenómenos poco convencionales: ex-industriales que pasan a ser financistas e importadores sin abandonar por completo su actividad industrial; ideólogos ultraliberales que protestan contra los vestigios de “estatismo”, pero que no pueden ignorar que, eliminados los grandes culpables (según ellos) de la pasada inflación —un gran déficit fiscal y salarios “excesivos”—, la inflación que subsiste es la inflación de la burguesía y con ella lucran sus fracciones dominantes; recesiones acompañadas de *booms* de ciertos ramos internos e importados que reflejan la brutal redistribución de la renta; altas tasas reales de intereses, a través de las cuales los que controlan los mecanismos financieros no sólo reciben ganancias enormes, sino que también compran, a precios de liquidación, empresas estatales “privatizadas”, o empresas industriales y comerciales privadas sofocadas por el peso de la recesión y de las tasas de intereses; aparición, por estos y otros mecanismos, de conjuntos de empresas que tienen su vértice en instituciones financieras; anticipos a las empresas con capacidad financiera para sobrevivir a las recesiones que liquidan o acorralan a sus competidores más débiles; en fin,



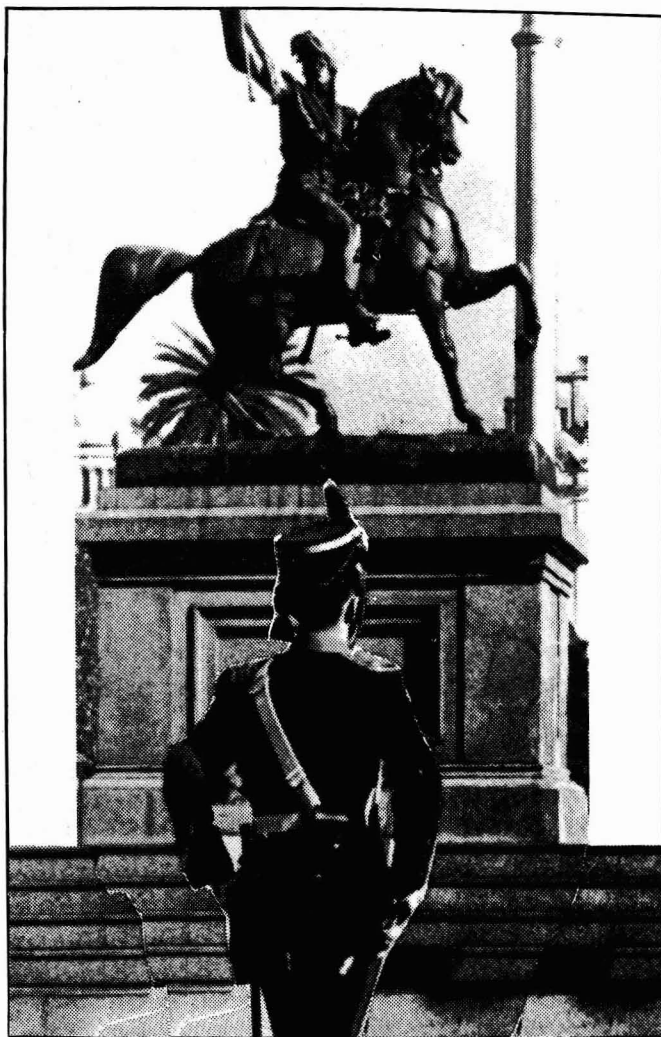
también colapsos espectaculares de algunos, que incluso en ese clima darwiniano, se excedieron en su voracidad. Estos cambios —importantes, rápidos y de prolongadas consecuencias— son poco visibles porque, aparte de la prudencia de no difundirlos en medio de tanta penuria, los niveles de suma de ramos y sectores de la producción de las estadísticas oficiales son mayores que el nivel de desunión en que se producen.

Se crea, entonces, una gran dispersión de intereses. Y sobre ese fondo de voces, desoídas porque la represión cae sobre ellas sin vacilar, de esa dispersión y de las quejas de la burguesía, las Fuerzas Armadas realizan el pase mágico de sentirse (y de sentir a los tecnócratas) por encima de esa cacofonía de la sociedad civil, al mismo tiempo que, de hecho, sirven a los intereses fundamentales de las fracciones dominantes de la burguesía que heredan y tan eficientemente ayudan a consolidar.

Debido a la magnitud de los cambios que se producen bajo las voces silenciadas de los perdedores y de las quejas de muchos que creían haber ganado con el golpe, a largo plazo, los fracasos de la política económica van dejando de serlo. Todavía a costa de reducir la inflación mucho menos de lo que se esperaba y de no cumplir las promesas de crecimiento global de la economía, el éxito sustantivo de esas políticas radica en consolidar las nuevas fracciones dominantes de una burguesía que ya se había transformado a sí misma durante las crisis anteriores a los golpes, primero en relación con sus componentes predominantemente financieros, en segundo lugar comerciales (sobre todo en lo que se refiere a las exportaciones y, en especial, a las exportaciones fomentadas por la “apertura” de la economía) y sólo en tercer lugar productivos.

Así los tecnócratas liberales son, en el sentido gramsciano, los intelectuales de esas fracciones burguesas o, mejor aún, el “partido” de esas fracciones en el seno del aparato de este estado carente de cualquier espacio representativo. Esta dominación no puede legitimarse ante las clases y sectores excluidos —talón de Aquiles de un estado basado en esa exclusión. Pero los intereses materiales de las nuevas fracciones dominantes y sus ideas —las ideas de sus ideólogos y tecnócratas de la economía— definen el rumbo de la política económica y social, subordinando no sólo los intereses e ideas de otras fracciones burguesas, sino también las orientaciones del sostén coactivo de esta dominación. Aparecen también las Fuerzas Armadas en su verdadero papel: no el que aseguran tener sino el apoyo coactivo, formalmente dominante en el aparato estatal, de una particular dominación. Esa dominación, bajo la aséptica racionalidad que los tecnócratas parecen encarnar, es la de las fracciones burguesas, generada por la sinuosa historia de estos capitalismo.

Es notable la distancia entre la imagen que las Fuerzas Armadas tienen de sí mismas y la realidad, en cuanto a quiénes y por qué medios su gobierno favorece. Esta confusión es reforzada por las quejas de la burguesía. Incluso en aquellas que engrosan las estadísticas de las carencias que caracterizan el periodo, es visible el cordón umbilical que los une a este estado: haber salvado la burguesía como clase y haber eliminado, en la calle y en la fábrica, los desafíos planteados a lo que es más elemental en el sentido común de toda burguesía: pensarse como clase que, por encima de las inseguridades e infortunios individuales, es dueña de su futuro. Esa deuda explica el por qué de los límites cuidadosos y de los suaves calificativos que imprime a sus quejas. Incluso sus representantes más críticos retroceden ante la posibilidad de que ese poder, punitivo pero tutelar, se evapore dejándola



cara a cara con sus temidos fantasmas. Por eso, mientras el recuerdo de la crisis previa estuvo fresco, tampoco puede enfrentar a los tecnócratas con un proyecto alternativo. Mucho menos puede pensar en una alianza con los sectores que poco tiempo atrás fueran portadores de esa amenaza. Esta impotencia de la burguesía es paralela a la de la semioposición militar: ambas, aunque se invoquen y busquen mutuamente, producen discursos que no tienen fuerza para enfrentar el discurso dominante; no bien esos murmullos tienden a transformarse en una alternativa de, por lo menos, una política económica, es fácil rechazarlos por sus inevitables semejanzas con algún fragmento del pasado reciente. Como telón de fondo, no olvidemos, opera la exclusión de otros discursos, condenados por la represión porque invocan al gran fantasma: el del sector popular, por ejemplo y sobre todo.

Así, al obedecer a la lógica de la imposición del “orden” contra lo que aparece apenas como un caos; al comenzar a pedir benevolencia a la “comunidad internacional de negocios”; al colocarse, de ese modo, dentro de las premisas de una visión —y de una práctica— económica ortodoxamente liberal; al entregar la gestión de la economía a las encarnaciones locales de esa visión; al unirse a la más reaccionaria condena del pasado reciente; al castigar duramente todo lo que parezca evocar ese pasado; al encerrarse en su cúpula, incluso con relación a los que apoyaran el golpe, al hacer todo esto, estas Fuerzas Armadas, más allá de sus intenciones y convicciones, sólo pueden convertirse en agentes históricos (encargados de las tareas menos gratas) de la domina-

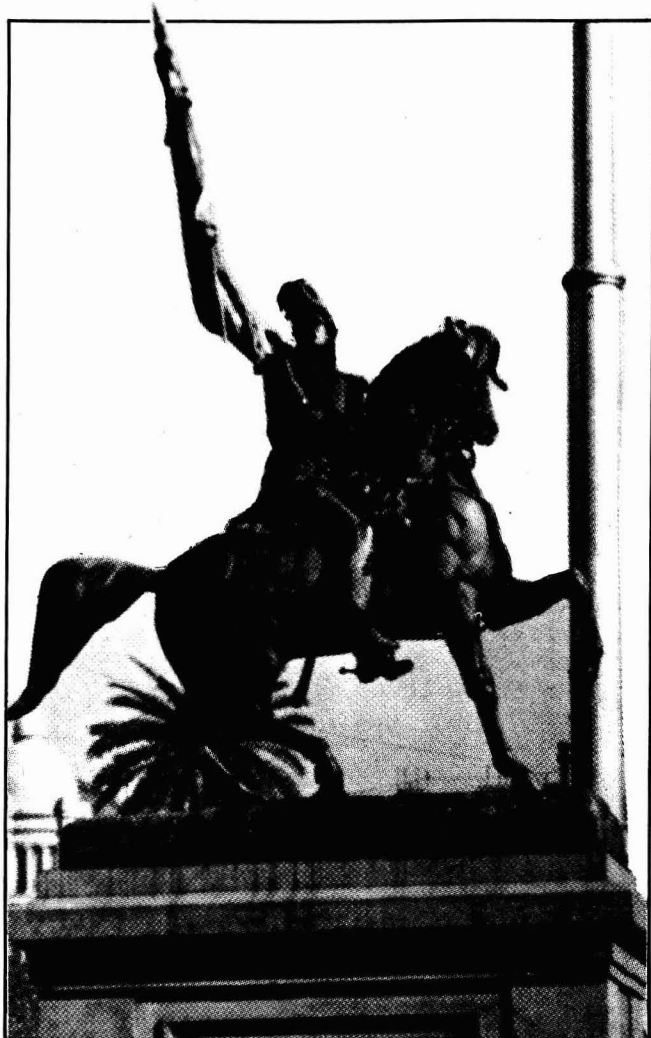
ción de las fracciones burguesas ya mencionadas.

VI. Una rápida comparación con las experiencias burocrático-autoritarias de la década del 60

Las páginas anteriores se concentraron en las situaciones inmediatamente posteriores a los golpes de la década del 70 en el Cono Sur de América Latina. Ahora, aunque brevemente por razones de espacio, debemos examinar otro tipo de situación. Una, la implantación de estados burocrático-autoritarios a partir de un nivel significativamente menor de crisis y de amenaza previa a los ya mencionados golpes de la década del 60. Otra, la implantación de un régimen militar y autoritario ocurrida en un contexto político muy diferente tanto de los golpes de la década del 60 como de los de la del 70 en el Cono Sur: el proceso comenzado en Perú en 1968. En esta sección me ocuparé de los golpes del 60 en el Cono Sur y, en la siguiente, del caso peruano.

Ya señalé que la crisis económica y su amenaza fueron, en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966, sensiblemente menores que las que precedieron a los golpes de los años 70. No por eso la burguesía dejó de asustarse, produciéndose una gran oscilación de los sectores medios, entre los que pretendían acabar con el "desorden" y la actividad política del sector popular. No dejó de existir tampoco la preocupación tanto interna como externa de que aquellos países saliesen de la órbita "occidental". Tampoco dejó de haber, además, una fuerte especulación financiera y dificultades en los pagos externos.

Pero, sin negar esos síntomas y otros similares, la sensación de que el colapso no era tan inminente como parecía en la década del 70 implicó, entre otras cosas, que no se desarticularan los circuitos de acumulación de capital y, como consecuencia, que no se produjeran las transformaciones de la burguesía que señalé en las secciones anteriores. También como consecuencia de esto, la coacción ejercida contra el sector popular y sus intérpretes políticos fue sensiblemente menor que en los golpes del 70. A partir de esto, algunas características que contrastan con aquellas analizadas en las secciones anteriores pueden ser comentadas. En primer lugar, y exactamente porque la crisis y la amenaza fueron relativamente moderadas, no sobrevino la condena radical del pasado inmediato que encontramos en los golpes del 70. Es verdad que se consideraba que había mucho que corregir: moralizar la política, sanear la economía, eliminar la "amenaza del comunismo", pero se tendía mucho más a restaurar y volver a encaminar el pasado reciente que a negarlo radicalmente. Otra característica fue que, a pesar de la mayor o menor ortodoxia con que en estos casos se aplicaron las políticas antiinflacionarias, de balanza de pagos y restauración de la "confianza" del capital trasnacional, la política económica no significó una discontinuidad fundamental con las precedentes, como en la década del 70. Tanto la industria como el aparato estatal conservaron, aunque con pautas y criterios diferentes, su condición de puntas dinámicas de la economía. Esto se debió a que, habiendo conservado, durante la relativamente suave crisis precedente, su identidad como burguesía industrial, esta fracción tuvo una presencia política mucho más activa en los gobiernos resultantes, con el argumento de que la continuidad o incremento de la industrialización seguida hasta entonces era la mejor forma de entender al interés nacional. La verdad es que el sector financiero creció con rapidez, pero no provocó, como en la década del 70, el dislocamiento de la industria y del aparato estatal de sus papeles tradicionales. Todo esto permitió el



surgimiento de una semioposición (burguesa, sobre todo en sus grupos menos ligados al capital trasnacional y también militar) que, basándose en argumentos nacionalistas e industrialistas, impugnó la "extranjerización de la economía" y la especulación financiera que la relativa ortodoxia neoliberal de aquellos gobernantes parecía provocar. Finalmente, el hecho de que la crisis previa hubiera sido más tenue también influyó para que tanto el Brasil posterior al 64 como la Argentina posterior al 66 consiguiesen pronto algunos éxitos importantes, no sólo en cuanto a disminuir la inflación y reconstruir la capacidad de pagos internacionales sino también en alcanzar significativos índices de crecimiento económico.

Pese a eso, no dejó de haber propuestas de una política económica definida en el sentido más próximo al descrito en las secciones anteriores, ni faltaron políticas que produjeran efectos importantes en esa dirección. Pero, en última instancia, no llegó a producirse un corte drástico con los "modelos de desarrollo" seguidos antes de los respectivos golpes. Como se concluye de lo dicho hasta aquí, esto fue en buena parte resultado de un equilibrio de fuerzas políticas e ideológicas en el cual faltó un elemento predominante de condena del pasado reciente. Correlativamente, ese equilibrio fue el resultado de la presencia de fracciones burguesas interesadas en asegurar aquella continuidad y capaces de articular propuestas de "desarrollo" que parecían viables a otros sectores, incluso importantes sectores de las Fuerzas Armadas. No pocas veces éstas vetaron propuestas ortodoxamente li-

berales, ayudando con eso a que se mantuviesen las puntas dinámicas de la economía en la industria y en el aparato estatal.

Fuera de eso, la sensación de encontrarse ante una "amenaza subversiva" menos intensa e inminente contribuyó a que hubiese mayor propensión y menor temor a un fraccionamiento en las Fuerzas Armadas. En Brasil, diversos episodios —sobre todo las sucesiones presidenciales de Castelo Branco y de Costa e Silva, así como la edición de varios "Actos Institucionales"— fueron golpes de palacio que demostraron, poco tiempo después de los respectivos golpes, divisiones militares más profundas que las ocurridas en los primeros años de los casos de la década del 70. En Argentina, sobre todo, las explosiones sociales de 1969 y la deposición de Onganía en 1970, igual que las agitadas oscilaciones posteriores, no pueden comprenderse sin la existencia de una profunda división de las Fuerzas Armadas.

En cuanto a esos aspectos, aparecen algunas diferencias entre el Brasil posterior al 64 y la Argentina posterior al 66 dignas de ser registradas. Surgen, principalmente, por el hecho de que aunque la crisis y la amenaza previas a ambos golpes sean en conjunto menores que las de los años 70, tanto una como otra fueron claramente menores en el periodo anterior al golpe argentino de 1966 que en el del golpe brasileño de 1964.

Sin embargo, en el caso argentino no fue accidental que las propuestas nacionalistas, industrialistas y proteccionistas estuviesen presentes con mayor vigor. Detrás de ellas se perfilaban importantes sectores de las Fuerzas Armadas, que en 1970 dieran por terminada la política económica vigente y el gobierno que habían instaurado. Desde entonces, el cambio hacia políticas económicas que volviesen a privilegiar metas nacionalistas e industrialistas significó la reincorporación del sector popular al escenario político. Esa reincorporación puede ser vista como parte de una alternativa viable para muchos sectores de la burguesía y de las Fuerzas Armadas, precisamente porque aquel sector popular no había aparecido como una amenaza voluntaria y directa de traslación de los parámetros capitalistas de la sociedad.

A su vez, en el Brasil posterior al 64, el derrocamiento del grupo gubernamental que parecía ser la mayor fuente de activación popular junto con una dosis no insignificante de represión (acentuada a partir de 1968, al insinuarse nuevos desafíos) devolvió rápidamente el sector popular —urbano y rural— a su bajo nivel de actividad anterior. De este modo, al revés que en la Argentina posterior a 1966, las oposiciones a la política económica seguida inicialmente (1964-1967) por aquel gobierno quedaron limitadas a un juego interburgués que repercutió en el conjunto del aparato estatal, pero que careció de la posibilidad de invocar o de movilizar apoyos en el sector popular. Así, aunque por un lado —en contraste con los casos de los años 70— la situación que aquí describo haya contribuido para que en Brasil se produzcan las continuidades ya mencionadas, por otro —y en contraste con la Argentina posterior al 66— no ocurrió la explosión de oposiciones que puso rápido fin a la experiencia burocrático-autoritaria. En compensación, y por las razones expuestas en las secciones precedentes, hoy, en Argentina, en Chile y en Uruguay, habiendo partido de una crisis y de una amenaza previas mucho más profundas, esa semioposición burguesa no llega ni a articular una alternativa ni, mucho menos, ella y sus interlocutores de las Fuerzas Armadas se atreven a reinventar una alianza política con el sector popular, hasta que sean exorcizados los fantasmas de un pasado todavía fresco y continuamente recordado por un bom-

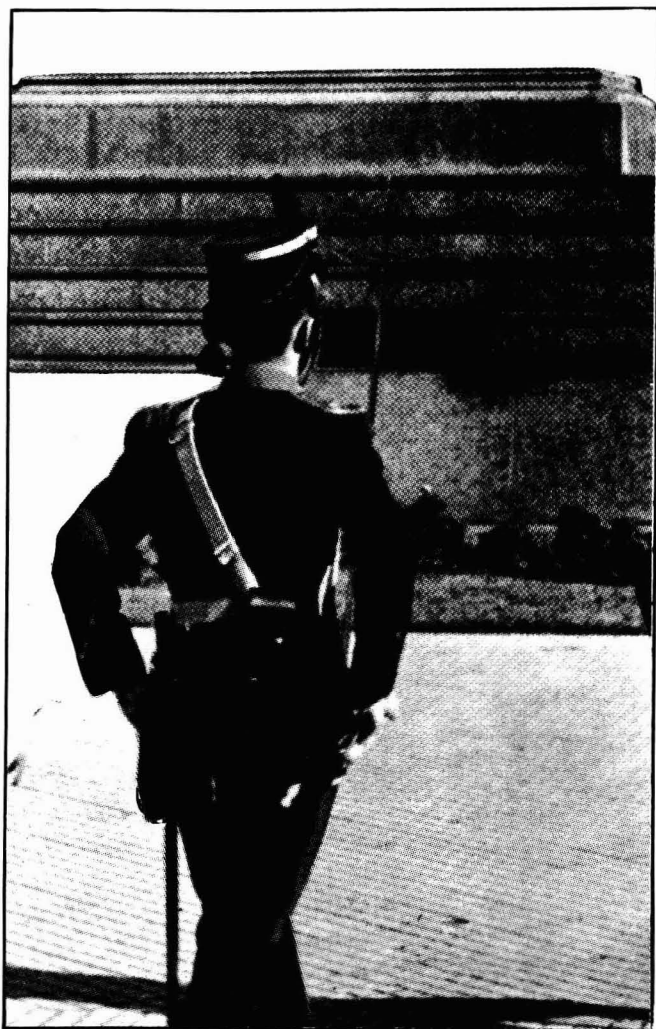
bardeo publicitario. Esa desarticulación de las alianzas alternativas vacía el campo de fuerzas dentro del cual pueden, entonces, establecer su supremacía los tecnócratas liberales y sus bases sociales.

VII. Perú, un caso de populismo militar

En 1968, en ocasión del golpe que terminó con la primera presidencia de Belaúnde Terry, las Fuerzas Armadas peruanas no eran menos anticomunistas y antisubversivas, ni estaban menos imbuidas de las doctrinas de seguridad nacional que sus colegas del Cono Sur. Su grado de profesionalismo tampoco era menor. Con todo, a pesar de esas semejanzas en el plano de la organización, el sentido y las intenciones del gobierno militar peruano tenían diferencias cruciales con los que analizamos hasta ahora. Estas pueden ser entendidas si consideramos las diferencias existentes entre sus respectivos contextos sociales. En primer lugar, la actividad política del sector popular peruano era baja, el gobierno derrocado no hacía esfuerzos para fomentarla y los desafíos guerrilleros (cuyo ámbito de acción era rural, a diferencia de la guerrilla urbana en Argentina y en Uruguay) habían sido liquidados. Hay otra diferencia: en Perú, las oligarquías regionales conservaban un importante peso económico y político y, en muchas regiones, se presentaban bajo formas precapitalistas. Correlativamente, la sustitución de importaciones (y, con ella, la emergencia de una burguesía industrial y de una clase obrera con un importante peso propio en la economía y en la política) había avanzado poco. Además de eso, la presencia del capital trasnacional todavía se daba a través de las plantaciones y de las minas. En otras palabras, alrededor de 1968, el capitalismo y sus clases fundamentales no se habían impuesto en Perú en igual grado que en Brasil, Argentina, Chile y Uruguay de la misma época.

En ese contexto, la doctrina de seguridad nacional y diversas expresiones de "catolicismo social" fueron interpretados —sin perder nada de su organicidad— en un sentido diferente del observado hasta ahora. En el caso peruano, la construcción de una nación, con garantía de seguridad nacional y de armonía del cuerpo social, requería la consecución de metas casi opuestas a las articuladas en el Cono Sur: liquidación de las clases dominantes agrarias, adelantos en la sustitución de importaciones, alianza con el sector popular y distanciamiento del capital trasnacional. Estas diferencias se expresan en los grandes rituales que uno y otro estado cumplen ante el capital extranjero: en el caso peruano, grandes ceremonias de expropiación; en los demás, el reintegro de lo que la radicalización del periodo anterior (más o menos supuestamente) sacó de aquel capital.

Aunque tan sólo fuese por las oposiciones internas e internacionales que provocaría, la tentativa de llegar a tales metas exigía un consistente apoyo popular. Esto fue lo que pensaron los militares y civiles que se agruparon en torno del presidente Velasco Alvarado, sobre todo cuando la reforma agraria, las expropiaciones del capital trasnacional en el área minera y las tentativas de implantar alguna forma de "propiedad social" en el área urbana levantaron la amplia gama de actos que se opondrían a la viabilidad de ese intento. Pero lo que interesa en este trabajo son las formidables ambigüedades de los propios jefes militares (empezando por Velasco Alvarado), que estaban más decididos a llegar a una forma de "comunitarismo" que superaría al "marxismo" y al "capitalismo". Para ello era evidente la necesidad del apoyo popular. Con todo, fluctuaron entre la conciencia



de tal necesidad y su desconfianza de la dinámica que acarrea la actividad popular en que se concretaría el apoyo. El SINAMOS y su triste historia final son la destilación institucional de esa ambigüedad: movilizar y al mismo tiempo querer controlar verticalmente, reclamar el apoyo popular pero desconfiar de los liderazgos surgidos, desear capitalizar políticamente los profundos cambios operados pero pretender anular corporativamente los movimientos sociales resultantes, en instituciones y con líderes impuestos por el gobierno. Estos son síntomas de la aversión de las Fuerzas Armadas —aún de sus sectores más progresistas en un contexto como el peruano— a todo lo que se opone a su visión organicista, elitista y jerárquica de la sociedad y de los patrones “correctos” de autoridad.

En verdad, la actividad popular creció de modo notable —pero en su mayor parte, y cada vez más, se dirigía, a medida que pasaba el tiempo, contra el gobierno militar. Frente a esto, los sectores conservadores de las Fuerzas Armadas y sus apoyos sociales confirmaron su decisión de revertir el proceso. A su vez, los militares y los civiles que tenían como punto de coincidencia a Velasco Alvarado siguieron tratando de crear organizaciones “populares” controladas por el aparato estatal.

Sin duda, hubo varios errores en la conducción de la economía. Pero las incongruencias señaladas me parecen la principal razón por la cual el régimen peruano —obedeciendo a preconceptos que tal vez sean constantes en una organi-

zación militar medianamente profesional— se privó de los requisitos básicos para obtener sus metas y, al fin de cuentas, de su sobrevivencia. Para eso también contribuyeron otras características que quizás sean inherentes a ese nivel de profesionalismo: la pasión por el secreto antes de tomar “grandes decisiones”; la idea de que era suficiente lanzar un decreto para que la nación siguiese sus dictámenes; la incapacidad para discutir con y legislar junto a las bases (los soldados y suboficiales de la sociedad civil) los grandes problemas y decisiones que estaban en juego; las consiguientes dificultades para crear apoyos reales; y la incapacidad de liberarse de una imagen jerárquica, autoritaria y paternalista de la sociedad.

VIII. Especulaciones finales

Una cosa son las Fuerzas Armadas que, uniformadas o no, casi no se distinguen de la población civil. Otra, son las líneas razonablemente claras de comando, especialización funcional, socialización de ciertos valores (más o menos presuntamente) nacionales y universales, reclutamiento regular, superioridad de tecnología y entrenamiento en el uso de las armas en comparación con los posibles contrincantes civiles, carreras no enteramente condicionadas al arbitrio del dictador de turno, determinación del ingreso por salario y *fringe benefits* institucionalmente establecidos. Estos son atributos que distinguen todos los casos examinados hasta ahora de otros como, por ejemplo, el pasado reciente de Nicaragua y el Paraguay contemporáneo.

En este ensayo me referí a las Fuerzas Armadas que no pueden ser confundidas con las guardias pretorianas de las dictaduras personalistas pero que tampoco son las Fuerzas Armadas de los países capitalistas y socialistas centrales. Las que consideramos están en un nivel intermedio de profesionalismo. Pero, aunque no sean guardias pretorianas, sus guerras son los combates internos de la seguridad nacional. Los casos que examinamos sugieren que, a partir de niveles similares de profesionalismo y adoctrinamiento, la determinación de cómo, con qué, en qué sentido y bajo qué formas y grados de subordinación ideológica actuarán cuando un golpe las lance a la cúpula del gobierno, está muy condicionada por el contexto global del que las Fuerzas Armadas forman parte. Pero, por otro lado, como sugiere el caso peruano, aunque ese contexto influya para que la acción de las Fuerzas Armadas sea significativamente diferente, en sus orientaciones y metas tienden a introducir en su actuación peculiaridades derivadas de la propia práctica de su organización. Desgraciadamente, esas peculiaridades parecen más compatibles con una dominación cerradamente autoritaria que con intenciones que, como en Perú, aunque confusa y contradictoriamente, significaban importantes avances de participación popular, en la política y en la economía.

Las Fuerzas Armadas pueden digerir altos grados de actividad política popular, cuando ésta se da en un régimen democrático razonablemente institucionalizado. Pero esta situación es una aspiración a largo plazo en los casos aquí estudiados. Al no poderse esperar que las Fuerzas Armadas transformen su propio régimen en una democracia cabría preguntarse: ¿qué grado de movilización popular y según qué actos políticos ellas podrían tolerar en el incierto y conflictivo tránsito de los autoritarismos del Cono Sur hacia otras formas políticas? No es ésta una pregunta que podamos contestar en un ensayo como éste, que se ha limitado al primer periodo de reactivo establecimiento de los estados autoritarios del Cono Sur en la década del 70.

Julio Ortega

NUEVO ORDEN DE UNOS HECHOS

Un orden para el día se propone
En el recuento de sus hechos, y hay
Testigos que dan fe de la bondad
De este método romántico.
Otro orden emerge en las palabras
Que concurren y convergen, y la
División de las aguas asegura
La identidad de una familia.
También hay quien transfiere el
Orden a la tierra de mañana
Donde construye su tienda
Y esta opción de hoy
Es la imaginación que trabaja
Su venganza. Y no obstante
Es la propiedad del orden
Lo que da fe del acontecimiento.
La abundancia de lo que somos
Y que discurre como el extravío
De una libertad cuyo rigor
Requiere de una ley sin castigo.

En el territorio ganado
La inocencia de estas criaturas
De gracia simple.

José Miguel Oviedo

LIENZOS DEL SUEÑO

En la década del 70, un elemento nuevo apareció en la pintura: Fernando de Szyszlo: la perspectiva del interior, el espacio confinado en el que una extraña ceremonia se celebra, pues se trata de un aposento que tiene algo de privado y de público a la vez, a medias entre el cuarto propio y el cubo

teatral. Su presencia se reconoce fácilmente en la serie "Interiores" (1972) por el muy preciso efecto de perspectiva que subrayan el piso ajedrezado y los ángulos que forman las altas paredes, en medio de los cuales se yerguen los símbolos clásicos del artista: columnas totémicas, formas flotantes ru-

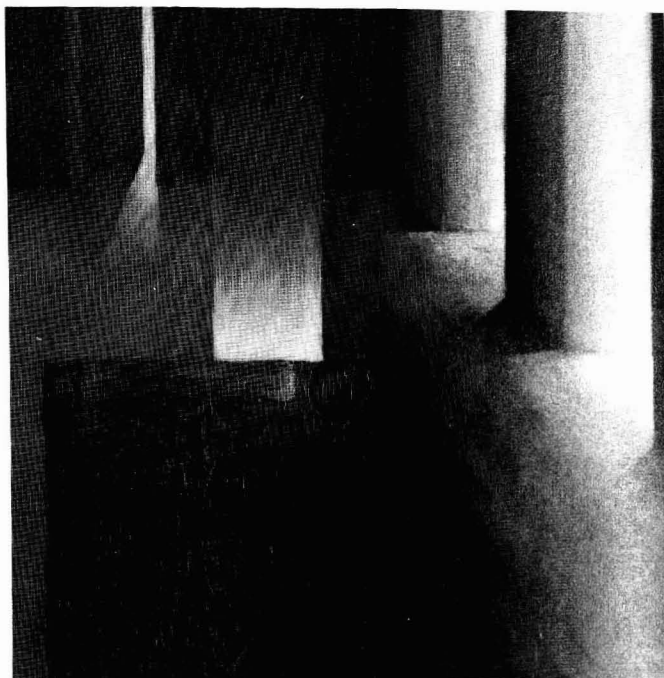


bricando el espacio, planchas escoriadas, discos manando vivos colores de sus llagas. No sólo en esa serie se aprecia ese interés por incorporar a su pintura el misterio de algo cerrado que se asoma al vacío; varios cuadros de esta misma época reiteran esa preocupación (quizá con menos nitidez) y la señalan en sus títulos: algunos de la serie de 1975 "Waman Wasi" (*wasi* significa "casa" en quechua) o de "Casa de Venus" (1978) parecen jugar, de otro modo, con la idea del espacio propio y estable, dándole centro de gravedad a la exploración plástica. Incluso se puede recordar la serie "Casa" de 1964, en la que el pintor parece colocarnos ante el pórtico de ese ámbito clausurado: lo que vemos es un acceso severamente delimitado por jambas y dinteles de vivísimos colores, que se abre a un espacio cuya negrura interior a la vez nos tienta y nos cierra el paso. Pero simultáneamente con estos cuadros y series, Szyszlo pintaba otros, que apuntaban en dirección contraria: el diálogo libre de las formas en un solo plano visual, ilimitado y extenso como un mapa celeste. Por un lado, los cubos y cuadrados secretos de los "interiores"; por otro, los paisajes lunares y las visiones cósmicas, como los que aparecen en las series tituladas "Camino a Mendieta" (1977-78) y "Noche estrellada" (1979).

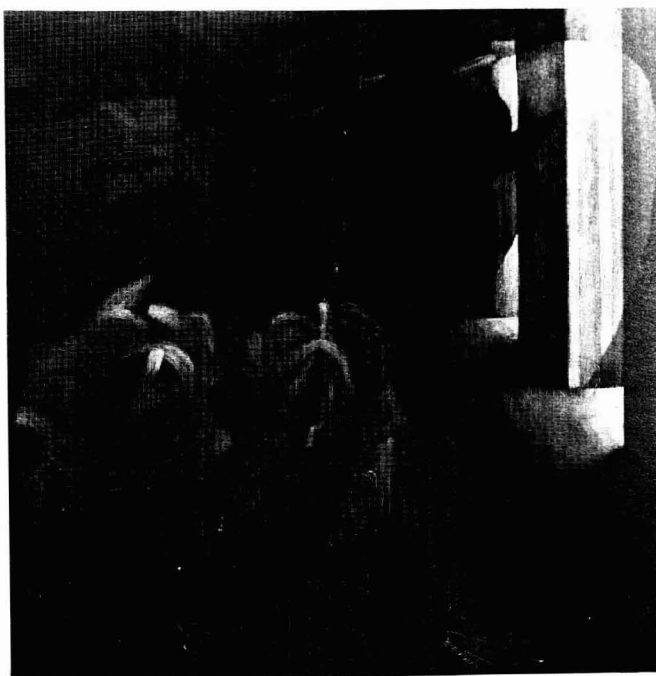
Esta dialéctica entre lo limitado y lo ilimitado, lo íntimo y lo objetivo, es el motivo central de la última serie pintada por Szyszlo: "Cuarto de paso".¹ Hasta el título lo dice: el lugar en el que uno está provisionalmente, ocupado sólo para ser abandonado; un espacio que, como la famosa puerta de Duchamp, está al mismo tiempo cerrado y abierto. Y, sobre todo, un ámbito donde se oficia un rito del que podemos tener inicialmente sólo una sospecha, pero que debe ser riguroso, intenso, cotidiano y siempre distinto. A medias entre el austero cuarto de trabajo y cámara privada de una *maison de rendez-vous*, lo que allí ocurre tiene que ver con la imaginación y con el cuerpo: es un acto mágico y pasional. Contemplar con cierto detenimiento la serie (aunque, cuando lo hice, no estaba del todo terminada y alguno de los cuadros estaba inconcluso), brinda una definida sensación de ritmos y tonalidades que se van modulando y recombinaando en cada tela, en busca siempre del mismo objetivo, como si el conjunto fuese un solo pensamiento visual, un *statement* plástico descompuesto en ensayos y estudios varios. Szyszlo llama a estas variaciones de su tema único, "hipótesis": la una lleva a la otra, y la suma constituye un asedio plural, siempre comenzado y afinado, de la imagen capital que desencadena la serie. El principio básico que rigen esas "hipótesis" es el contraste de ciertos elementos, que generalmente se presentan por pares, examinados bajo la presencia de un factor que los somete a presiones o cambios inesperados: la luz.

Es posible que el elemento de la perspectiva haya estimulado el de la luz, que en esta serie cobra una importancia desusada. Por cierto, no existe aquí un tratamiento "realista" de la luz. Más bien, hay una expresa contradicción de las reglas con las que la luz funciona en la pintura clásica. En "Cuarto de paso", especialmente en los cuadros XIV, XV, XVIII y XIX, la luz se comporta caprichosamente y no oculta su carácter de "efecto". En XIV y XV, el haz luminoso que se filtra por un costado y barre las sombras de la "cámara", se dobla en un arco que desafía las leyes de la física; en XIX, el arco es casi un círculo que se integra con la forma que ocupa la parte superior del cuadro; en XVIII, hay un dramático foco de luz vertical que ignora el efecto de la luz lateral. En realidad, más que un factor entre los objetos, es

un objeto ella misma, aunque indefinible y artificioso: ilumina y muestra, pero sobre todo baña a los cuadros en un aura de irrealidad, que es la atmósfera propia de la serie. La luz es decididamente una "trampa", y esa ambigüedad da a cada composición un carácter de interrogante: estamos ante una "hipótesis" de trabajo, observando cómo funciona y qué nos propone.



Serie Cuarto de paso (XXVII), acrílico, 100 x 100 cm, 1981



Serie Cuarto de paso (XVII), acrílico, 150 x 150 cm, 1981

¹. La exposición se exhibió en la Galería 9, en Miraflores, Lima, en octubre de 1981.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Indice del volumen XXXVII
Nueva época / Mayo de 1981 a Marzo de 1982

	Núm. Rev.	Pág.		Núm. Rev.	Pág.
Agamben, Giorgio <i>Los fantasmas de Eros</i>	11	25	Cabrera Infante, Guillermo <i>Un retrato familiar</i>	6	2
Alatorre, Antonio <i>Crítica literaria tradicional y crítica neoacadémica</i>	8	6	Cabrera, Lydia <i>La medicina popular cubana</i>	9	36
Alsina Thevenet, Homero <i>Los laberintos de Eisenstein</i>	2	43	Campos, Haroldo de <i>Oda (explícita) en defensa de la poesía en el día de San Lukács</i>	1	14
Aridjis, Homero <i>How Poor a thing is a man</i>	6	21	Campos Julieta <i>Azar del cuerpo/ necesidad de la escritura</i>	3	14
Asiain, Aurelio <i>"Ese que cuenta como su fortuna/vanos residuos de sílabas sin peso" (Bisutería, de Tomás Segovia)</i>	4	40	<i>No todos los gatos son pardos</i>	5	48
Balza, José <i>Sobre Guillermo Sucre</i>	5	34	<i>El compromiso silencioso</i>	7	22
Benítez, Fernando <i>La Catedral, suma de la Colonia</i>	1	25	<i>Toque de queda en Caracas</i>	7	45
Bianco, José / Girri, Alberto <i>Palabras a un poeta, y su respuesta</i>	8	30	Capetillo, Manuel <i>Principio del viaje</i>	10	36
Bishop, Elizabeth <i>Poemas</i>	7	20	Castañón, Adolfo <i>Tel qu'en lui- même l'actualité le change (Manual del distraído, de Alejandro Rossi)</i>	2	34
Blanco, Alberto <i>La fiebre del oro</i>	2	24	<i>¡Ay qué buen vasallo, ojalá tuviese buen señor! (Agua quemada, de Carlos Fuentes)</i>	3	36
Bleichmar, Silvia <i>Sobre las crueldades del amor</i>	4	38	<i>Mejores relatos harán de nuestros hijos mejores mexicanos (Accidentes, de María Luisa Puga)</i>	4	45
Boullosa, Carmen <i>Album de familia</i>	1	12	<i>Medirse con el presente (Los pasos de López, de Jorge Ibarguengoitia)</i>	11	41
Bourricaud, François <i>Los intelectuales y la ideología</i>	9	46	Costa, Eduardo <i>Duchamp: la bañadera o un "ready-made" mural</i>	8	25
Brenann, Juan Arturo <i>De todo un poco</i>	1	44	Crespo, Horacio <i>La Francia de Mitterrand: ¿otra vía para los ochentas?</i>	3	2
<i>Mozart, Bruckner y Viena</i>	2	42	<i>Polonia: Nación y democracia en el socialismo real</i>	4	15
<i>Foro de Música nueva</i>	3	49	<i>Moscú contra el Islam: la crisis afgana</i>	9	17
<i>Programas, orquestas y festivales</i>	4	50	<i>Una aproximación al estudio del peronismo (El peronismo, de Peter Waldmann)</i>	11	42
<i>Directores, instrumentos, jazz</i>	5	50	Cunha, Juan <i>Baya pues sí la yegua</i>	10	24
<i>Ópera y óperita</i>	6	48	Chiampi, Irleamar <i>Alejo Carpentier y el surrealismo</i>	5	2
<i>Música y plástica</i>	6	49	D'Aquino, Alfonso <i>Maldición eterna también a quien lea estas páginas</i>	2	33
<i>Karl Böhm (1885-1981)</i>	7	50	<i>(Maldición eterna a quien lea estas páginas, de Manuel Puig)</i>		
<i>La UPIC de Xenakis</i>	8	44	<i>La novela que el cielo nos enviara (El color que el infierno me escondiera, de Carlos Martínez Moreno)</i>	3	43
<i>Música (y otras cosas) por radio</i>	10	50			
<i>Museo musical</i>	11	50			
<i>Música en año nuevo</i>					

de la Fuente, Beatriz <i>El amor a la vida en las ofrendas a la muerte</i>	10	25	González Pedrero, Enrique <i>Don Vasco de Quiroga: obispo de utopía</i> <i>La democracia en el mundo moderno</i>	4	25
de Mello Kujawski, Gilberto <i>Ecología: ¿cuál es el verdadero lugar del hombre?</i>	3	32	Gordon Wasson, R. <i>Xochipilli, príncipe de las flores</i>	11	10
Driben, Lelia <i>Aquí adentro, soy una forma más</i> <i>Vicente Rojo: Señales vueltas sobre sí mismas</i> <i>El discurso del cuerpo</i> <i>El arte actual, esa incertidumbre</i> <i>El acceso a lo real: entrevista a Alberto Gilli</i> <i>La metamorfosis de José Luis Cuevas</i> <i>Alfredo Castañeda: Parodia a la ilustración</i>	3	50	Guzmán, Humberto <i>"Un día es como un puñado de tierra"</i> <i>(Mal de piedra, de Carlos Montemayor)</i>	5	46
Edwards, Jorge <i>El camino del exceso (Frente a un hombre armado, de Mauricio Wacquez)</i> <i>El espacio de la novela: un testimonio personal</i>	7	43	Hervas, Bernat <i>Hacia una fotografía crítica (Exposición de Paulina Lavista en el Museo de Arte Moderno)</i> <i>Pasado y presente de la "nouvelle-vague"</i>	1	41
Elizondo, Salvador <i>La belle Hélène</i>	5	11	Hinojosa, Francisco <i>Salta en mí la bordadora</i>	4	37
Escalante, Evodio <i>Incisión</i>	8	16	Jacobs, Bárbara <i>El lápiz</i>	9	38
Escobar Galindo, David <i>Poemas</i>	9	14	Kamenszain, Tamara <i>Bordado y costura del texto</i>	3	21
Fagundes Telles, Lygia <i>"Escribir es vencer el miedo"</i>	3	16	Kojeve, Alexander <i>Marx es Dios, y Ford su profeta</i>	8	23
Flores, Miguel Angel <i>La pasión de narrar (Nocturno de Bujara, de Sergio Pitó)</i> <i>Trazos</i> <i>Alvaro Mutis:</i> <i>La saga de Maróll (Caravansary, de Alvaro Mutis)</i>	5	40	López Aguilar, Enrique <i>Volvamos a lo de ayer (Las batallas en el desierto, de José Emilio Pacheco)</i>	5	39
Fuentes, Carlos <i>Mario de la Cueva</i>	6	11	Marichal, Juan <i>El pensamiento español transferrado (1939-1979)</i>	10	9
García Bergua, Alicia <i>Trilogía del silencio</i>	10	32	Marimón, Antonio <i>¿Cómo escribir hoy en Argentina, si es imposible? (Respiración artificial, de Ricardo Piglia)</i>	3	46
García Cantú, Gastón <i>Política medieval y política del espíritu</i> <i>Prosa libre -no en libertad</i>	3	24	Martínez, José Luis <i>Una muestra de la elaboración de la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo</i>	7	5
García Ponce, Juan <i>Los simulacros de Pierre Klossowski</i> <i>Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus</i>	1	31	Matute, Alvaro <i>Un personaje en la historia (Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual, de Enrique Krauze)</i> <i>La Revolución Mexicana y la escritura de su historia</i>	3	37
García Terrés, Jaime <i>Elogio de la locura</i>	1	11	Mendoza, María Luisa <i>Las piedeceras</i>	7	36
Gervitz, Gloria <i>Impresiones de una exposición</i>	1	42	Milán, Eduardo <i>Una lectura diferente (Lecturas de Octavio Paz, de Pere Gimferrer)</i> <i>Un fracaso antológico (No son todos los que están (1949-1979), de Jorge Enrique Adoum)</i> <i>Otro libro, el mismo Borges (Siete noches, de Jorge Luis Borges)</i>	1	36
Gilio, María Esther <i>Juan Carlos Onetti: Tiempo de nostalgia</i>	4	2	Mirza, Roger <i>Una contraescritura en busca del canto (Las oscuras versiones, de Enrique Fierro)</i>	2	37
González, Emiliano <i>Casi un manifiesto (Karpus Minthej, de Jordi García Bergua)</i> <i>La muerte de Vicky M. Duddle</i>	4	42		3	40
	6	14		7	44

	Núm. Rev.	Pág.		Núm. Rev.	Pág.
Molina, Enrique <i>La divinidad está en las cosas</i>	9	32	Raymond Aron, actor contemplativo (<i>Le spectateur engagé</i> , de Raymond Aron)	10	41
Monsiváis, Carlos <i>Juan de Dios Peza: "¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres! Amo tus goces, busco tus cariños"</i>	4	5	Rivas Vélez, José Luis <i>La piel de las serpientes</i> (Aprendizajes, de José María Espinoza)	9	45
Montejo, Eugenio <i>Poemas</i>	10	8	Rodríguez, Horacio <i>Sobre la arena</i>	3	10
Montes de Oca, Marco Antonio <i>Historia de un alma despeñada</i> <i>Efraín Huerta (1914-1982)</i>	2 11	6 8	Rodríguez Monegal, Emir <i>La novela como autobiografía total</i> (<i>La Habana para un infante difunto</i> , de Guillermo Cabrera Infante) <i>La escritura del deseo</i> (<i>La materia como ofrenda</i> , de Manuel Ulacia) <i>Saludo a Borges</i>	1 3 5	34 39 47
Montiel, Rocío <i>Las ceremonias del lenguaje</i> (<i>Fin del ritual</i> , de Noé Jitrik)	11	44	<i>El fantasma de la hispanidad</i> (<i>Historia y literatura en Hispanoamérica</i> , de Mario Hernández Sánchez-Barba.) <i>Historia y ficción en Carpentier y Borges</i>	6 8	40 9
Oliva, Carlos <i>Humanismo y antropología</i> (Sartre, la filosofía del hombre, de Jorge Martínez Contreras) <i>La infancia es diestra en el pavor</i> (<i>Enveses y otros reveses</i> , de Juan Cunha) <i>¿Cenizas estoicas?</i> (<i>Hojas de los años</i> , de Marco Antonio Campos)	2 5 8	40 44 39	Rossi, Alejandro <i>Continuidad y cambio</i>	11	46
Orozco, Olga <i>"Hacia el verbo primordial"</i> <i>Rara sustancia</i>	3 9	19 7	Ruiz, Bernardo <i>Vals sin fin</i> <i>El perdido paraíso</i> (<i>Agua quemada</i> , de Carlos Fuentes)	2 5	30 38
Ortega, Julio <i>Una hipótesis de lectura</i>	8	41	Sada, Daniel <i>El pretexto del texto</i> (<i>La otra orilla</i> , de Bernardo Ruiz) <i>El concepto como metáfora</i> (<i>El error</i> , de Francisco Segovia) <i>Sortilegios de juglar</i> (<i>Makbara</i> , de Juan Goytisolo)	4 5 6	46 42 45
Oviedo, José Miguel <i>El escritor en familia</i> <i>A la (mala) hora señalada</i> (<i>Crónica de una muerte anunciada</i> , de Gabriel García Márquez)	2 7	18 38	Sainz, Gustavo <i>Los fantasmas del Templo Mayor</i>	2	25
Paredes, Alberto <i>La poesía se escribe contra la corriente</i> (<i>Contrasuberna</i> , de Miguel Ángel Flores) <i>La historia inventa sus novelas</i> (<i>Ascensión Tum</i> , de Silvia Molina) <i>Sociología del cine: primera lección</i> (<i>Erotismo, política y violencia en el cine</i> , de Gabriel Careaga).	4 6 8	48 44 38	Salmerón, Fernando <i>La filosofía analítica</i>	11	35
Paz, Octavio <i>Escribir y decir</i> (<i>Conversación en la Universidad</i>)	1	2	Sarduy, Severo <i>Sonetos</i>	8	5
Pezzoni, Enrique <i>Truman Capote: el espejo negro</i> (<i>Música para camaleones</i> , de Truman Capote)	11	39	Savater, Fernando <i>Angustia y secreto</i> (<i>El diálogo entre filosofía y poesía en la reflexión de María Zambrano</i>)	5	22
Pinto, Margarita <i>El jardín de Donoso</i> (<i>El jardín de al lado</i> , de José Donoso)	9	42	Sciascia, Leonardo <i>La medicalización de la vida</i>	2	2
Piñon, Nélida <i>"Escribir en estado de alerta"</i>	3	12	Schapiro, Leonard <i>Los orígenes intelectuales del leninismo</i>	11	2
Pitol, Sergio <i>Nocturno de Bujara</i>	1	17	Sedeño, Livia <i>Textos</i>	8	34
Puig, Manuel <i>Síntesis y análisis: cine y literatura</i>	8	2	Segovia, Francisco <i>Una razón enamorada</i> (<i>Fracciones</i> , de Jaime Moreno Virrarreal) <i>Poemas</i>	2 6	35 39
Real de Azúa, Santiago <i>Entrevista a Jorge Semprún: ¿Qué fue del eurocomunismo?</i>	7	2	Segovia, Tomás <i>Poema</i>	3	23
			Seligson, Esther <i>La casa encantada</i> (<i>La casa encantada y otros cuentos</i> , de Virginia Woolf)	1	40

Serrano, Francisco <i>Hexaedros</i>	3	31	<i>La consumición del tiempo (Jardín de sílice de Ida Vitale)</i>	2	38
Simpson, Máximo <i>Viejos</i>	11	23	<i>Indicios del tiempo (Comparecencias, de Marco Antonio Montes de Oca)</i>	3	42
Slavutski, Victoria <i>La resurrección de Abel Gance</i>	1	45	<i>Vida de muertos (El palacio de las blanquísimas mofetas, de Reinaldo Arenas)</i>	4	47
Soberón, Guillermo <i>El sentido de la Universidad</i>	10	15	<i>Situación de aventuras (Lampa vida, de Daniel Sada)</i>	5	45
Solís, Leopoldo <i>Los alimentos en América Latina</i>	7	25	<i>Dos voces (Mapas de Paloma Villegas, y Profsisia, de Alfonso D'Aquino)</i>	6	43
Sucre, Guillermo <i>(Algunas) transparencias</i>	5	37	<i>La abstracción de la ciudad (El abecedario, la ciudad y los días, de Jennie Ostrosky)</i>	8	37
Torres Fierro, Danubio <i>Pla, el patriarca</i>	2	51	<i>Tablada: un modelo de belleza inédito (Obras II Sátira política, de J. J. Tablada)</i>	9	43
<i>Entrevista a Luis Goytisolo</i>	2	14	<i>Sendas de Japón en Tablada (El japonismo de José Juan Tablada, de Atsuko Tanabe)</i>	10	42
<i>Entrevista a Pablo Antonio Cuadra: presente y futuro de Nicaragua</i>	5	18	Verani, Hugo J. <i>La rebelión del cuerpo y el lenguaje (a propósito de Cristina Peri Rossi)</i>	11	19
<i>Entrevista a Günter Grass: por el socialismo, por la democracia</i>	6	35	Villoro, Juan <i>Noticias de Cecilia</i>	4	11
<i>Un poeta en la intemperie (entrevista a Enrique Molina)</i>	9	31	Villoro, Luis <i>Ciencia y sabiduría</i>	2	8
<i>Doctorow: la historia y el mito</i>	9	48	<i>Respuesta a Antonio Alatorre</i>	8	14
<i>Contra el psicoanálisis dogmático (entrevista a Jean Laplanche)</i>	10	20	Volkow, Verónica <i>Crónicas del silencio (Fuerte es el silencio, de Elena Poniatowska)</i>	4	41
<i>Sobre los fanatismos (entrevista a Mario Vargas Llosa)</i>	11	5	<i>Sobre la fotografía (On Photography, de Susan Sontag)</i>	8	36
Turrent, Isabel <i>Entrevista a Tulio Halperin Donghi: pasado y presente de América Latina</i>	7	34	Walzer, Michael <i>Argentina en el callejón</i>	10	2
Ulacia, Manuel <i>Donde se habla de la unidad de las cosas</i>	5	29	Xirau, Ramón <i>Tirano Banderas y algunos asuntos más</i>	5	12
Varela, Blanca <i>"No me asusta envejecer"</i>	3	16	Yankelovich, Daniel/ Kaagan, Larry <i>Norteamérica firme</i>	7	9
Velázquez, Jaime G. <i>El silencio de Julio Torri (Diálogo de los libros, de Julio Torri)</i>	1	38	Yates, Frances A. <i>Una boda real</i>	8	17

INDICE DE AUTORES

A

Agamben, Giorgio. Escritor italiano (n. 1942). Ha publicado, entre otros títulos: *L'uomo senza contento* y *Stanze. La parola e il fantasma*.

Alatorre, Antonio. Escritor mexicano (n. 1922). Es miembro del Colegio Nacional. Ha publicado: *Los 1001 años de la lengua española* (1979). Dirige la nueva *Revista de Filología Hispánica*.

Alsina Thevenet, Homero. Crítico de cine uruguayo. Tuvo una intensa actividad en Montevideo y Buenos Aires. Reside en Barcelona.

Aridjis, Homero. Poeta mexicano (n. 1940). Ha publicado, entre otros, los siguientes títulos: *Perséfone* (1967), *El poeta niño* (1971), *Quemar las naves* (1975) y *Noche de independencia* (1979).

Asiain, Aurelio. Joven poeta mexicano (n. 1960). Ha colaborado en diversas revistas.

B

Balza, José. Narrador y ensayista venezolano (n. 1939). Ha publicado, entre otros, los siguientes títulos: *Marco anterior* (1965), *Largo* (1968) y *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974).

Benítez, Fernando. Escritor mexicano (n. 1912). Ha sido fundador de varios suplementos y revistas de nuestro país. Ha publicado, entre otros, los siguientes títulos: *Viaje a la Tarahumara* (1960), *El agua envenenada* (1961), *Los hongos alucinantes* (1964) y *Los indios de México* (5 tomos, de 1967 a la actualidad). Es director de *Sábado*, suplemento cultural de *Uno más Uno*.

Bianco, José. Escritor argentino. Fue secretario de redacción de la revista *Sur*. Ha publicado, entre otros, los siguientes títulos: *La pequeña Gayros* (1932), *Las ratas* (1943) y *Sombras suele vestir*.

Bishop, Elizabeth. Poeta norteamericana (1911-1979). Fue miembro del Instituto Nacional de Artes y Letras. Algunas de sus obras: *North % South* (1946), *Poems* (premio Pulitzer, 1956) y *Complete poems* (1970).

Blanco, Alberto. Poeta mexicano (n. 1951). Ha publicado: *Pequeñas historias de misterio ilustradas* (1978), *Giros de faros* (1979), *El largo camino hacia ti* (1980) y *Dhammapada* (1981).

Bleichmar, Silvia. Psicoanalista argentina (n. 1944). Ha colaborado en la *Revista Dialéctica* (Puebla), *Revista Imago* (Monterrey) y en *Psicoanalise a la Université*. Dirige la revista *Trabajo del psicoanálisis*. Reside en México.

Boullosa, Carmen. Joven poeta mexicana (n. 1954). Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y del INBA. Ha publicado: *El hilo olvida* (1978), *La memoria vacía* (1978), *Ingobernable* (1980) y *Lealtad* (1981).

Bourricaud, François. Sociólogo francés. Ha dedicado varios estudios a temas latinoamericanos. Algunas de sus obras: *Esbozo de una teoría de la autoridad* (París, 1961), *El sindicalismo en latinoamérica* (Barcelona, 1965), *Power and Society in contemporary Peru* (1967).

Brenann, Juan Arturo. Crítico musical mexicano (n. 1955). Es egresado del Centro de Capacitación Cinematográfica. Escribió junto con Gabriel García Márquez el guión de *El año de la peste*, que obtuvo una Diosa de Plata y un Ariel.

C

Cabrera Infante, Guillermo. Escritor cubano (n. 1929). Algunas de sus obras: *Así en la paz como en la guerra* (1960), *Un oficio del siglo XX* (críticas cinematográficas, 1963) y *Tres tristes tigres* (Premio Biblioteca Breve, 1964). Reside en Londres.

Cabrera, Lydia. Escritora cubana. Ha transcrito narraciones de folclore negro-cubano, y ha publicado numerosos estudios sobre las religiones de origen africano. Algunas de sus obras: *El monte (Igbofinda)* y *Fin de semana*. Reside en Miami.

Campos, Haroldo de. Poeta y ensayista brasileño (n. 1923). Ha publicado, entre otros, *Auto de possesso* (1950), *Teoría de poesía concreta: textos críticos e manifiestos* (en colaboración con Augusto de Campos y Decio Fignatari, 1965), *Metalinguagem: ensaios de teoria e crítica literária* (1967) y *A arte no horizonte do provável* (1969).

Campos, Julieta. Escritora mexicana nacida en La Habana en 1932. Ha publicado, entre otros títulos: *Muerte por agua* (1965), *Función de la novela* (1973), *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina* (Premio Xavier Villaurrutia, 1974) y *El miedo de perder a Eurídice* (1979). Es presidenta del Pen Club de México, miembro del Consejo de Redacción de *Vuelta* e imparte cátedra en la ENEP Acatlán.

Capetillo, Manuel. Escritor mexicano (n. 1937). Es autor de *El cadáver del río* (1971), *Los experimentos* (1972), *Plaza de Santo Domingo* (1977) y *Las tres visitantes* (1975).

Castañón, Adolfo. Joven escritor mexicano (n. 1952). Es autor de *Fuera del aire* (1977) y tradujo *Después de Babel*, de George Steiner. Es investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas.

Costa, Eduardo. Crítico de arte argentino. Fue colaborador de la revista *Sur*. Reside en Nueva York.

Crespo, Horacio. Historiador argentino (n. 1947). Es autor de *Tierra y propiedad en el fin del porfiriato* (3 volúmenes, 1981). Es investigador en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Reside en México.

Cunha, Juan. Poeta uruguayo (n. 1910). Algunas obras: *Sueño y retorno de un campesino* (1951), *Gestión terrestre* (1956-1959), *A eso de la tarde* (1961) y *Enveces y otros reveses* (1981).

Ch

Chiampi, Irleamar. Ensayista brasileña. Enseña letras hispanoamericanas en la Universidad de São Paulo y prepara un libro sobre José Lezama Lima.

D

D'Aquino, Alfonso. Joven escritor mexicano (n. 1959). Fue becario del INBA. Es autor de *Prosfisia* (Premio Carlos Pellicer, 1981).

de la Fuente, Beatriz. Doctora mexicana en Historia del Arte. Ha publicado, entre otros, *La escultura de Palenque* (1965), *Escultura funeraria pre-*

hispánica (1974), *Las cabezas colosales olmecas* (1975), y *Los hombres de piedra* (1978). Es directora del Instituto de Investigaciones Estéticas (UNAM).

De Mello Kujawski, Gilberto. Periodista brasileño. Colabora en el suplemento cultural del periódico *O Estado de São Paulo*.

Driben, Lelia. Crítica de arte argentina (n. 1944). Ha colaborado en varios suplementos y revistas. Reside en México.

E

Edwards, Jorge. Escritor y ex-diplomático chileno (n. 1931). Ha publicado, entre otros títulos: *El patio* (1952), *Persona non grata* (1973), *Los convidados de piedra* (1978) y *El museo de cera* (1981).

Elizondo, Salvador. Escritor mexicano (n. 1932). Ha publicado, entre otros títulos: *Farabeuf* (Premio Xavier Villaurrutia, 1965), *El hipogeo secreto* (1968), *El relato de Zoe* (1969) y *El grafógrafo* (1972).

Escalante, Evodio. Escritor mexicano (n. 1946). Es autor de *José Revueltas: una literatura del "lado moridor"* (1979), *Demonial de días* (1975), que forma parte de un volumen colectivo denominado *Crónicas de viaje, Dominación de Nefertiti* (1977) y *La noche de Sun Ra* (1979).

Escobar Galindo, David. Joven poeta salvadoreño. Es autor de *Extraño mundo del amanecer* (1970), *Corna musa* (1975), *Discurso secreto* (1975) y *Los sobrevivientes* (1977).

F

Fagundes Telles, Lygia. Escritora brasileña (n. 1923). Ha publicado, entre otros títulos: *O cactus vermelho* (Premio Alfonso Arinos de Cademia Brasileira de Letras, 1940), *Ciranda de Pedra* (1955), *Verao no aquíario* (1963), *Antes do baile verde* (1970) y *As Meninas* (1974).

Flores, Miguel Ángel. Poeta mexicano (n. 1948). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. Es autor de *Contrasuberna* (Premio Nacional de Poesía 1980). Reside en París.

Fuentes, Carlos. Escritor mexicano (n. 1928). Es miembro del Colegio Nacional. Ha publicado, entre otros títulos: *La región más transparente* (1959), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Cambio de piel* (Premio Biblioteca Breve, 1967) y *Agua quemada* (1980).

García Bergua, Alicia. Joven poeta mexicana (n. 1954). Es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM).

García Cantú, Gastón. Ensayista mexicano (n. 1917). Algunas de sus obras: *Utopías mexicanas* (1961), *El pensamiento de la reacción mexicana* (1964), *La sociedad en México* (1969) y *Política mexicana* (1975).

García Ponce, Juan. Escritor mexicano (n. 1932). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de la Fundación Rockefeller. Ha publicado, entre otros títulos: *Casa en la playa* (1966), *La vida perdurable* (1970), *La invitación* (1970) y *Unión* (1974).

García Terrés, Jaime. Escritor mexicano (n. 1924). Fue director de la *Revista de la Universidad de México* (1953-1965). Ha publicado, entre otros títulos: *Todo lo más por decir* (1971), *Reloj de Atenas* (1977), *Poesía y Alquimia* (los tres mundos de Gilberto Owen 1980) y *Corre la voz* (1980). Es director de la *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*.

Gervitz, Gloria. Poeta mexicana (n. 1945). Es autora de *Shajarit* (1979).

Gilio, María Esther. Periodista uruguaya que durante varios años colaboró en el semanario *Marcha* (Montevideo). Reside en Buenos Aires.

Girri, Alberto. Escritor argentino (n. 1919). Ha publicado, entre otros títulos: *En la letra, ambigua selva* (1972), *Quien habla no está muerto* (1975), *Bestiario* (1976) y *Obra poética, I y II* (1977). Es autor, además, de numerosas traducciones, reunidas en parte en antologías.

González, Emiliano. Joven escritor mexicano (n. 1955). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y del INBA-FONAPAS. Ha publica-

do: *Miedo en Castellano* (*Antología de la literatura fantástica en Hispanoamérica y en España*, 1973) y *Los sueños de la bella durmiente* (Premio Xavier Villaurrutia, 1979).

González Pedrero, Enrique. Político y ensayista mexicano. Fue director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Algunas de sus obras son: *Filosofía, Política y Humanismo* (1957), *El gran viraje* (1961), *La riqueza de la pobreza* (1980) y *La cuerda floja* (1982).

Guzmán, Humberto. Escritor mexicano (n. 1948). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. Es autor de *El sótano blanco* (Premio Nacional de novela SEP, 1972), *Manuscrito anónimo llamado consigna idiota* (1975), *Los malos sueños* (1978) y *V* (1979).

H

Hervas, Bernat. Joven historiador español (n. 1956). Es profesor en la Universidad Iberoamericana.

Hinojosa, Francisco. Joven escritor mexicano (n. 1954). Es autor de *Tres poemas* (1981). Es jefe de publicaciones de la UAM Ixtapalapa.

J

Jacobs, Bárbara. Escritora mexicana. Publicó *Un justo acuerdo* (1979).

K

Kaagan, Larry. Periodista norteamericano. Trabaja como investigador de la empresa Yankelovich, Skelly and White, especializada en encuestas de opinión pública.

Kamenszain, Tamara. Escritora argentina (n. 1947). Ha publicado: *Los No* (1973) y *De este lado del Mediterráneo* (1977). Reside en México.

Kojeve, Alexander (Rumania, 1902-1976). Después de la revolución, abandonó su país y prosiguió sus estudios en Alemania, instalándose después en Francia, donde fue profesor de la Ecole Practique des Hautes Etudes a partir de 1933.

L

López Aguilar, Enrique. Joven escritor mexicano (n. 1955). Es autor de *Silo de primeras palabras* (1981).

M

Marichal, Juan. Ensayista español. Entre sus títulos: *La voluntad de estilo*. Reside en los Estados Unidos.

Marimón, Antonio. Escritor argentino (n. 1944). Es autor de *La escritura blanca* (1981).

Martínez, José Luis. Escritor mexicano (n. 1918). Fue fundador de la revista *Tierra Nueva*. Ha publicado, entre otros títulos: *Situación de la literatura mexicana contemporánea* (1948), *Literatura mexicana siglo XX* (1949), *La expresión nacional* (1955) y *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana* (1972). Es director del Fondo de Cultura Económica.

Matute, Alvaro. Historiador mexicano (n. 1943). Ha publicado, entre otros títulos: *México en el siglo XIX* (1972), *Teoría de la historia en México* (1974), *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico* (1976) y *La carrera del caudillo* (1980).

Mendoza, María Luisa. Escritora mexicana (n. 1932). Algunas de sus obras: *Crónica de Chile* (Premio Nacional de Periodismo, 1972), *De ausencia* (1973), *Las cosas* (1976) y *El perro de la escribana* (1982).

Milán, Eduardo. Joven escritor uruguayo (n. 1952). Es autor de *Estación estaciones* (1974) y *Esto es* (1977).

Mirza, Roger. Escritor uruguayo. Es autor de *La novela y el realismo de Balzac* (1975).

Molina, Enrique. Escritor argentino (n. 1910). Fue fundador de la revista *A partir de cero*. Ha publicado, entre otros títulos: *Las cosas y el delirio* (Premio Martín Fierro, 1941), *Amantes antípodas* (1961), *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman* (1975) y *Los últimos soles* (1981).

Monsiváis, Carlos. Ensayista mexicano (n. 1938). Ha publicado, entre otros títulos: *Amor perdido* (1977), *A ustedes les consta* (1979) y *La poesía mexicana II* (1914-1979).

Montejo, Eugenio. Escritor venezolano. Entre sus títulos: *El cuaderno de Blas Coll*.

Montes de Oca, Marco Antonio. Poeta mexicano (n. 1932). Ha publicado, entre otros títulos: *Delante de la luz cantan los pájaros* (1955), *Pedir el fuego* (1968), *El surco y la brasa* (Antología de traducciones, 1974) y *Comparecencias* (*Poesía 1960-1980*).

Montiel, Rocío. Joven escritora mexicana. Es egresada de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas (ENEP, Acatlán).

O

Oliva, Carlos. Joven escritor mexicano (n. 1955). Ha publicado: *Un lance de adagios jamás abolirá el azar* (1979) e *Insomnios de su enigmática desaparición* (1980).

Orozco, Olga. Escritora argentina (n. 1920). Algunas de sus obras son: *Desde lejos* (1946), *Las muertes* (1951), *Museo salvaje* (1974) y *Cantos a Berenice* (1977).

Ortega, Julio. Escritor peruano (n. 1942). Ha publicado, entre otros títulos: *De este reino* (1964), *Las Islas Blancas* (1966), *La contemplación y la fiesta* (1969) y *Figuración de la persona* (1970). Reside en Estados Unidos.

Oviedo, José Miguel. Crítico y ensayista peruano (n. 1934). Ha sido profesor en la Universidad de Essex y en la Universidad de San Marcos. Ha publicado, entre otros títulos: *César Vallejo, estudio crítico-biográfico* (1964), *Genio y figura de Ricardo Palma* (1965) y *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad* (1970). Reside en Estados Unidos.

P

Paredes, Alberto. Joven escritor mexicano (n. 1956). Forma parte del consejo de redacción de la revista *Sin embargo*.

Paz, Octavio. Poeta mexicano (n. 1914). Es miembro del Colegio Nacional. Ha sido fundador y director de varias revistas literarias. Ha publicado, entre otros títulos: *Libertad bajo palabra* (Obra Poética 1933-1957), *El laberinto de la soledad* (1950), *El arco y la lira* (1956) y *Los hijos del limo* (1974). Algunos de los premios que ha obtenido: Ollín Yoliztli y Cervantes. Es director de la revista *Vuelta*.

Pezzoni, Enrique. Escritor argentino. Fue Secretario de Redacción de la revista *Sur* y es Director Literario de la Editorial Sudamericana.

Pinto, Margarita. Joven periodista y crítica mexicana (Madrid, 1952).

Piñon, Nélida. Escritora brasileña (n. 1935). Ha publicado, entre otros títulos: *Fundador* (1976), *A força do destino* (1977), *Casa da Paixão* (1978) y *O calor das coisas* (1980).

Pitol, Sergio. Escritor mexicano (n. 1933). Ha publicado, entre otros títulos: *Del encuentro nupcial* (1971), *El tañido de una flauta* (1926), *Asimetrías* (1981) y *Nocturno de Bujara* (1981).

Puig, Manuel. Escritor argentino (n. 1932). Es autor, entre otros títulos de *La traición de Rita Hayworth* (1968) y de *Boquitas pintadas* (1970).

R

Real de Azúa, Santiago. Historiador uruguayo (n. 1946). Reside en París, donde es periodista de la Associated France Press.

Rivas Vélez, José Luis. Joven poeta mexicano (n. 1950). Es autor de *...fresca de risa* (1981).

Rodríguez, Horacio. Joven narrador argentino (n. 1946). Reside en México.

Rodríguez Monegal, Emir. Crítico uruguayo (n. 1921). Ha publicado, entre otros títulos: *Narradores de esta América* (1961), *El desterrado* (*Vida y obra de Horacio Quiroga*), (1967), *El otro Andrés Bello* (1968) y *El arte de narrar* (1968). Reside en los Estados Unidos.

Rossi, Alejandro. Escritor mexicano (n. 1932). Ha publicado: *Lenguaje y silencio* y *Manual del distraído* (edición mexicana de 1979 y edición española de 1981).

Ruiz, Bernardo. Joven escritor mexicano (n. 1953). Fue becario del IN-BA. Ha publicado: *Viene la muerte* (1976), *La noche y las horas* (1978) y *La otra orilla* (1980).

S

Sada, Daniel. Joven escritor mexicano (n. 1953). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. Es autor de *Lampa vida* (1981).

Sáinz, Gustavo. Escritor mexicano (n. 1940). Ha publicado, entre otros títulos: *Gazapo* (1965), *La princesa del Palacio de Hierro* (Premio Xavier Villaurrutia, 1974), *Compadre lobo* (1977) y *Corazón de palabras* (Antología de cuentos eróticos, 1981).

Salmerón, Fernando. Filósofo y ensayista mexicano (n. 1925). Fue rector de la UAM. Ha publicado, entre otros títulos: *Cuestiones educativas y páginas sobre México* (prólogo de José Gaos, 1962), *Las mocedades de Ortega y Gasset* (1959) y *La filosofía y las actitudes morales* (1971).

Sarduy, Severo. Escritor cubano (n. 1937). Ha publicado, entre otros títulos: *Gestos* (1963), *De donde son los cantantes* (1967), *Escrito sobre un cuerpo* (1969) y *Cobra* (1972). Reside en París.

Savater, Fernando. Escritor español (n. 1947). Es autor, entre otros títulos: de *La infancia recuperada* (1976) y *Manifiesto contra el todo* (1978). Ha traducido a E. M. Cioran en distintas ocasiones.

Sciascia, Leonardo. Escritor italiano (n. 1921). Es autor de *Gli zii di Sicilia* (1958), *A ciascuno il suo* (1966), *Candido* (1977) e *Il mare colore del vino* (1980).

Schapiro, Leonard. Ensayista norteamericano. Es autor de *El totalitarismo* y colabora regularmente en *The New York Review of Books*.

Sedeño, Livia. Escritora cubana (n. 1946). Ha publicado: *Los gnomos no tienen biblioteca* (1974), *Pie del labio ausente* (1976), y *En tiempo de Marzo en tiempo de Abril* (Premio Juan Rulfo, 1980). Reside en México.

Segovia, Francisco. Joven poeta mexicano (n. 1958). Es autor de *El error* (1981).

Segovia, Tomás. Escritor mexicano nacido en Valencia, España, en 1927. Es autor, entre otros títulos de *Terceto* (1972), *Figura y secuencias* (1979) y *Personajes mirando a una nube* (1981). Es profesor e investigador del Colegio de México.

Seligson, Esther. Escritura mexicana (n. 1941). Algunas de sus obras: *Tras la ventana un árbol* (1969), *Otros son los sueños* (Premio Xavier Villaurrutia, 1973), *Vigilia del cuerpo* (1977) y *Luz de dos* (1978).

Serrano, Francisco. Joven poeta mexicano (n. 1949). Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. Es autor de *Canciones egipcias* (1979) y en 1980 expuso en el Museo Carrillo Gil un trabajo interdisciplinario llamado *In-cubaciones*.

Simpson, Máximo. Escritor argentino. Reside en México.

Slavutski, Victoria. Periodista argentina (n. 1945). Ha desempeñado una intensa actividad en el diario *La opinión* de Buenos Aires. Reside en Estados Unidos.

Soberón, Guillermo. Es miembro del Colegio Nacional. Fue rector de la UNAM (1972-1980). Es autor de diversos trabajos monográficos sobre ciencias biomédicas.

Solis, Leopoldo. Economista mexicano (n. 1928). Es miembro del Colegio Nacional. Ha publicado, entre otros títulos: *La realidad económica mexicana: revisión y perspectivas* (1970), *La economía mexicana* (dos volúmenes, 1973), *Planes de desarrollo económico y social en México* (1975) y *Alternativas para el desarrollo* (1980).

Sucre, Guillermo. Escritor venezolano (n. 1933). Fue becario de la fundación Guggenheim. Es autor, entre otros títulos de *Mientras suceden los*

das (1961), *La mirada* (1970), *Borges el poeta* (1974) y *La máscara, la transparencia* (1975). Reside en Madrid.

T

Torres Fierro, Danubio. Escritor uruguayo (n. 1947). Fue Secretario de Redacción de *Plural* hasta 1976. Es autor de *Los territorios del exilio* (1979).

Turrent, Isabel. Historiadora mexicana (n. 1947). Ha colaborado en diversas revistas. Es profesora de Ciencias Políticas en el Colegio de México.

U

Ulacia, Manuel. Joven poeta mexicano (n. 1953). Es autor de *La materia como ofrenda* (1981). Estudia en la Universidad de Yale (Estados Unidos).

V

Varela, Blanca. Escritora peruana. Ha publicado, entre otros títulos: *Ese puerto existe* (1959), *Luz de día* (1963) y *Valses y otras falsas confesiones* (1972).

Velázquez, Jaime. Joven escritor mexicano (n. 1952). Es egresado de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas (UNAM). Ha publicado: *Viaje de regreso* (1976), *Adolescente* (poesía visual, 1977) y *Concreción del alba* (1980).

Verani Hugo J. Crítico uruguayo. Ha publicado: *Onetti: el ritual de la impostura*. Reside en Estados Unidos.

Villoro, Juan. Joven escritor mexicano (n. 1956). Fue becario del IN-BA. Es autor de *El mariscal de campo* (1978).

Villoro, Luis. Filósofo e historiador mexicano nacido en Barcelona en 1924. Ha publicado, entre otros títulos: *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia* (1953), *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1965), *Signos políticos* (1974) y está por aparecer su *Creer, saber, conocer*.

Volkow, Verónica. Joven poeta mexicana (n. 1955). Es egresada de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas (UNAM) y realizó sus estudios de postgrado en la Universidad de Columbia. Ha publicado: *La síbila de Cumas* (1977) y *Litoral de tinta* (1979).

W

Walzer, Michael. Ensayista norteamericano. Es colaborador habitual de *The New York Review of Books*.

Wasson, R. Gordon. Micólogo norteamericano. Entre sus libros: *El camino a Eleusis* (traducción española publicada por el Fondo de Cultura Económica)

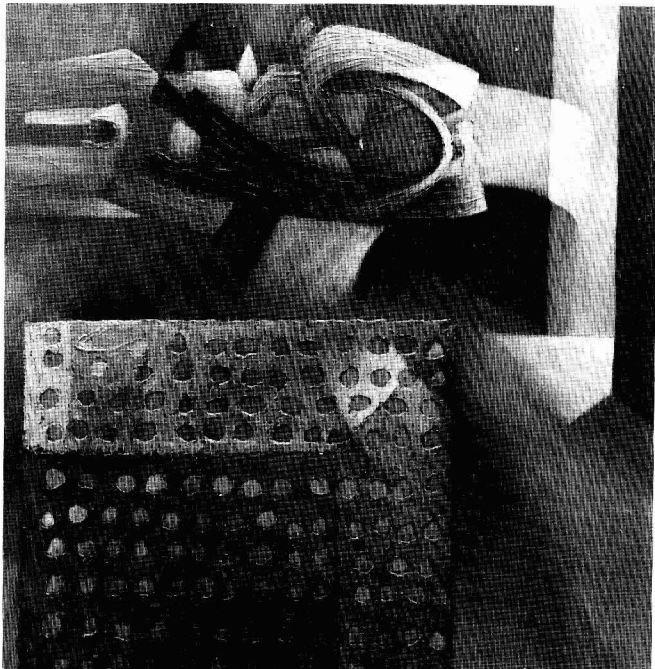
X

Xirau, Ramón. Escritor mexicano nacido en Barcelona en 1924. Es miembro del Colegio Nacional y director y fundador de la revista *Diálogos*. Ha publicado, entre otros títulos: *Tres poetas de la soledad* (1955), *Introducción a la historia de la filosofía* (1964), *Palabra y silencio* (1968) y *Dos poetas y lo sagrado* (1980).

Y

Yankelovich, Daniel. Es directivo de la empresa norteamericana Yankelovich, Skelly and White, especializada en encuestas de opinión pública.

Como en los "interiores", la tensión dialéctica de la serie, pone a prueba, oponiéndolas y conjugándolas, la forma definida y angular del cubículo y la forma caótica y gaseosa en cuyo interior hay como una crispación de figuras y colores. Mientras el cubículo sugiere fuertemente la estabilidad terrestre, la forma caótica puede aludir a la liquidez del sueño y la constante reelaboración del mito, lo que parece estar su-



Serie Cuarto de paso (XIX), acrílico, 120 x 120 cm, 1981



Serie Cuarto de paso (XIV), acrílico, 150 x 150 cm, 1981

brayado por la misma posición que ocupan en la mayoría de los cuadros: abajo y arriba, respectivamente. Pero, por supuesto, los significados de esa oposición son relativos a cada cuadro y cada espectador: se puede hablar también del contraste (o de la alianza) entre el intelecto y la pasión, la realidad y el arte, la materia y la idea, la fatalidad y la libertad, lo profano y lo sagrado, la permanencia y la fugacidad, etc. Algo primordial se "representa" aquí, pues las formas se anudan como símbolos de una ocurrencia cuya naturaleza precisa se nos vela. Los detalles del cubículo son mucho más teatrales que los de la serie "Interiores". Aunque el suelo ajedrezado ha desaparecido, la idea de escenario está reforzada por la presencia de escalinatas, altos muros, "techos", arcos por donde justamente se filtra la luz (como si fuesen bambalinas), puertas. Se trata de una arquitectura cuyo arreglo busca un efecto escenográfico, acentuado por los spots que la luz arroja sobre ella; en algún caso, como en XVII, las columnas están "decoradas" con delgadas franjas verdes y ocre que les dan un aire casi festivo: son paramentos del ritual. (Esta conversión del cubículo en escenario de intención ceremonial está ensayado por primera vez en el mural que el artista pintó para el edificio de la OEA, en Washington, D. C., a comienzos de 1981; la presente serie es una evolución en el sentido iniciado allí.)

Los grados de complementación y equilibrio entre las dos formas recorren una amplia escala, y van desde los casos en los que predomina una silenciosa serenidad hasta aquéllos en los que una nerviosa agitación recorre toda la composición. Las sugerencias de la forma caótica juegan en eso un papel muy importante. Mientras que el cubo traspasado por la luz es una reminiscencia del interior de la pintura renacentista, la otra forma es, dentro del vocabulario plástico de Szyzlo, un signo o clave sustantivo: es como la sombra arquetípica de las formas precolombinas que han seducido tanto su visión desde el comienzo. Mucho se ha dicho ya sobre ellas, de tal modo que bien puedo limitarme a señalar la función específica que cumplen aquí. Aluden a un mundo de formas elementales y puras: círculos, medias lunas, estelas, tótems, perfiles de ídolos, símbolos solares, ritos de creación. Pero también hablan de un drama: el de la destrucción y la desgarradura de la violación. Hay una hostilidad encerrada en esas formas que recuerdan garfios, hierros, dientes, garras, herramientas bárbaras, sexos erectos y vaginas abiertas. Todo allí hiere, punza, abre, perfora: violencia y erotismo. En el VII, que es un cuadro de gran tamaño, las figuras caóticas son dos, una pareja de apasionados contendientes que exhiben sus armas: el ojo percibe ese diálogo del cepo y la uña, de la dulce curva que se encrespa como la hoja de una guadaña, del clavo que es también raíz. De ese ardiente choque parece surgir una lluvia de semillas o esferas frutales presionadas por planos pesados y graves, que migran hacia el espacio superior, como corpúsculos en suspensión. Esa explosión seminal ocupa el centro de XIX, posiblemente el cuadro más bello de la serie, con sus rojos ígneos y sus rosados sexuales. Aquí la estructura cubicular se ha transpuesto en una forma semejante pero de significado distinto. Este elemento, fuertemente empastado y acribillado por los cráteres de la lluvia genésica, participa a la vez de las características del altar, la mesa y el lecho, lugares todos ellos de comunión sagrada y de reconciliación de los contrarios. Ese es, casi seguramente, el triple misterio que se oficia en "Cuarto de paso": espectáculo íntimo pero también universal, de uno y de todos, de ayer y de hoy, de siempre. Es decir, un hábito, un rito y un milagro que tiene que ver con la Creación. Esto quizás explique la insistencia del juego dialéctico con



Serie *Cuarto de paso*, acrílico, 120 x 120 cm, 1981

parejas opuestas, cada una emblema de espacios diversos: el mundo de arriba y el mundo de abajo, la voluntad de los dioses y la del hombre. En XVI, el primer plano está ocupado por dos tótems, cuyos atributos los identifican como masculino y femenino, majestuosamente erguidos y como contemplándose sobre un fondo en el que predominan los blancos.

Por el modo como usa los elementos más disímiles (precisamente *los más* disímiles), las referencias realistas, las alusiones históricas, y aún las sugerencias literarias y artísticas de las que se apropia como lector o espectador, para convertirlas en otra cosa —una atmósfera perturbadora, un elán poético, una visión sombría y exaltada—, la pintura de Szyszlo muestra su clara estirpe surrealista. No es el suyo un

surrealismo de sorpresas mecánicas ni de efectos superficiales, sino el fruto de una indagación en el otro lado, el más profundo y verdadero, de la experiencia humana y estética, del que trae estas imágenes suntuosas, grávidas y aéreas, saturadas de enigmas vitales y presagios celestes —semen y polvo de estrellas. Como en las verdaderas obras de arte, esas imágenes están sostenidas por un sistema de rigor arquitectónico y de gran precisión conceptual, que dejan abiertas, sin embargo, todas las vías de indagación y procesamiento simbólico al espectador. Rigor lógico, ardor, dispersión caótica: las telas de “Cuarto de paso” son sin duda lienzos del sueño rescatado por la vigilia.

Roberto Juarroz

POESIA VERTICAL

1

La vida se cansa a veces de sus formas,
relativiza sus contornos
y aparecen entonces
los semitextos enlazados
del diálogo inclusivo de las cosas.

Lo derecho conversa con lo izquierdo,
arriba con abajo
y la antigua materia,
la materia materia,
entrelaza libremente su ritmo,
las mil combinaciones
con que prescinde de ser vida.

Lo no vivo parece entonces lo más vivo,
su vigor nos corrige,
su densidad de formas
arremolina signos
de algo similar a un lenguaje.

Los cansancios de la vida
nos revelan así la consistencia
de otros modos del ser,
donde todo se comunica con todo.

Allí las distracciones cesan
(no hay un quien que se distraiga),
se precisan los contornos
(la fatiga no existe)
y la vida es un remoto conflicto
que hasta podría quizá ser olvidado.

2

Hay que empezar a abandonar cada tanto la escritura
y aprender a convivir con la página en blanco,
con su llanura demasiado lisa,
con su horizonte demasiado abierto.

Hay que dejar en suspenso nuestras figuraciones
para aproximarnos a nuestras transfiguraciones
y dialogar con ellas en el extremo del blanco,
sin tener siquiera la letra como testigo.

Carlos Barral

ENTRE LINEAS

...Perder las tardes en el bar o en el viejo café, tanto si uno había aprovechado las mañanas como si las había dilapidado, dejando correr el tiempo por entre la sospecha de la existencia de los demás, repetidores de chismes, bromas y alusiones tan constantes que congelaban el almanaque, o bebedores ceñudos y solitarios y jugadores de mesa de rincón, había sido frustrante y aburrido durante muchos meses, pero buscar cada día esa imaginaria compañía y encontrarse solo y desplazado entre gente fugaz, y atareada, era mucho peor, era angustiante. Perder el tiempo a solas es empresa imposible, al menos en los teatros del ocio colectivo. Eso era al menos lo que me repetía cada tarde, al canto de la enésima cerveza, cuando empezaba a encontrarme mal y comenzaba a detestarme.

Había intentado reemprender el trabajo, no el de las tallas del cobertizo que continuaban cubiertas con las viejas velas que Barral me había prestado, sino un trabajo de taller, un par de barro, algunos dibujos y un viejo cuadro empezado que aparentemente era un estudio de movimientos a partir de estudios de postura del herro Degas de la época en que me instalé. Era una armonía de grises, negros y azules tan casual que parecía a punto de cesar, lo que hacía muy difícil continuar pintando. Perdía muchos ratos haciendo y deshaciendo estúpidas pruebas. Era una tela muy grande, lo que es muy ventajoso porque permite muchos vagabundeos.

Los dos bloques cubiertos por las viejas velas quedaban estupendos así envueltos por ese algodón teñido y reteñido, lleno de historia, con costuras y remiendos y con esas trenzas de esparto de los matafiones y los cabos de rizo deshilachados. Si aquello hubiera sido, sólido, duradero, hubiese tenido la sensación de haber encontrado una forma de expresión, esa sensación falsa en la que sin embargo deben confiar tantos artistas crédulos, con fe en el progreso de las artes por vía de los inventos. Era una lata que los elegantísimos pliegues de esa lona con historia no fueran materia plástica, no fueran más que materia literaria.

Tampoco había abierto el taller de Angela, el viejo comedor apañado, y no había vuelto a ver las figuras más o menos terminadas y las escayolas que Ute y la mexicana habían acumulado allí. Pasaba mucho tiempo en el primer piso, en el estudio de la cojera, haciendo ver que leía o llenando páginas de un diario sin sentido, lleno de abstracciones y generalidades. Eso de la generalización es una enfermedad común del pensamiento artístico y sólo es tolerable en forma aforística y más bien eventual.

Veía a Barral muy poco a solas, pero con alguna frecuencia cuando tenía visitas, generalmente amigos comunes, lo

que era casi cada día. Yvonne procuraba que esas visitas fueran breves y aunque yo no me sentía implicado en la vigilancia de la fatiga del marido y más bien sospechaba que mi compañía, a menudo silenciosa, le hacía bien, procuraba no prodigarle, realmente preocupado por el evidente desmoronamiento del amigo. Muchos de esos visitantes llegaban al mediodía y se perdían unas horas en la playa, pero se comían la tarde del poeta, sacándole de su siesta y obligándole a una conversación que con frecuencia daba la impresión de impacientarlo. Pasaba de la pasividad a la agresividad verbal a propósito de cualquier cosa, de cualquier nadería, y se ponían vehemente hasta la asfixia. Bebía poco pero con gran ansiedad, espionando que nadie le viera para rellenar el culo del vaso, que diera la impresión de haber guardado un trago sobrante. Era evidente que envidiaba la embriaguez de los demás.

De esas visitas a Barral, cuya ceremonia compartía a veces y en parte —la de las últimas horas— y que empezaban a tener algo de macabro o de evangélico y caritativo, recuerdo con cierto detalle muy pocas, porque en general eran tan parecidas que se hacen la misma en la memoria. Pasó casi todo un día con nosotros —y digo con nosotros porque ese día lo empleé casi por entero en esa compañía— el ancianísimo y loquísimo Juan Larrea, que estaba de paso por España, entre otras cosas para ultimar una edición crítica de su más que admirado Vallejo, que Barral estaba llevando a cabo en su agonía editorial. Había aparecido ya, creo, el texto íntegro y restituido de los poemas, pero faltaba un segundo y enjundioso volumen de aparato crítico que el anciano tenía listo pero no podía entregar por no se sabe qué complicado problema de copia y corrección. Larrea viajaba con un nieto adolescente que por primera vez había salido de su Córdoba austral y serrana y que precisamente en esta visita veía de cerca el mar por primera vez. Al viejo eso le parecía un acontecimiento extraordinario, al muchacho, de expresión más bien estúpida, no, en absoluto. En cuanto el chico se alejaba, el viejo poeta se ponía a contar pestes de su convivencia con él y de su total incapacidad para comprender sus indiferencias, la banalidad de sus ambiciones y su afición patológica a las motocicletas. El niño había caído como un meteorito sobre su soledad a raíz de un accidente aéreo en el que perecieron sus padres, la hija y el marido. “*Le malheur vient des airs...*”, repetía, citando seguramente un poema muy conocido pero que yo ignoro y subrayando la cadencia con su bastón. Yvonne había sacado a la puerta de la casa una mesa montada sobre dos caballetes y había servido un aperitivo centrado alrededor de un porrón gigantesco de vidrio verde y encordado para colgar, como los que usan los pescadores en la mar. Ese instrumento, finalmente tan común, provocó la admiración del viejo, que empezó a disparar imágenes que revolvían Roma con Cartago o más bien el Medi-

terráneo con la civilización andina. Hablaba de cipos, más-caras y cóndores, como si fueran especies de la misma familia, cosa que me irrita mucho y que me llegó a poner mal educado. Pero no se daba cuenta; estaba como en trance. Mientras echaba tragos del vino casi salobre de la región, que encontraba delicioso, lo que me hacía pensar que era un vasco arrasado por el salvajismo criollo, que había olvidado la dulce Francia a pesar de sus fidelidades poéticas, descubrió que el nieto se había sentado de espaldas al mar en una dunilla, mientras pasaba, muy cerca de la costa, un velero de casco negro con todo el trapo al viento, envuelto en un revoltijo de gaviotas hambrientas. Apuntaba alternativamente con el bastón a esa especie de clíper de juguete y al niño meditando de espaldas al Mare Nostrum, repitiendo una y otra vez: "*Steamer balançant ta mâture, / Lève l'ancre pour une exotique nature!*" y, separando la cita con interjecciones: "Idiota, idiota, es un idiota". Y la verdad era que esta naturaleza, por definición la menos exótica del mundo, era exótica para el salvaje austral, pero se veía que no le interesaba y los barcos exhalando pájaros, tampoco. Barral tenía tal aspecto de fatiga que parecía más viejo que el ancianísimo, que lo era tanto que, según me contó después el propio Barral, la prensa y las revistas literarias lo habían dado por muerto repetidamente tres o cuatro veces en los últimos años, como si a las gentes que aún se acordaban de él les resultara difícil de creer que durase tanto. Después de ese aperitivo en la acera, se produjo súbitamente uno de esos milagros de luz y sombra, frecuentes en la baja primavera y que son como un combate de ángeles o de titanes en los cielos sembrados de nubes densas y de formas muy trabajadas. El viejo, entusiasmadísimo, quiso arrancar un paseo, pero Barral, que estaba esa

mañana a zumos de apio y mordisqueando la pipa apagada, se declaró en estado de incapacidad física, incluso para andar. Su confesión me produjo un pinchazo de angustia.

Recuerdo también alguna de las visitas de Gil de Biedma, rápidas y preocupadas, pero que alguna vez se prolongaron hasta entrada la noche, y una visita del novelista Juan Benet con Rosa Regás, su editora, antigua colaboradora de Barral. Pero la mayoría de aquellas cortesías con derecho a baño y a tragos abundantes, eran de escritores madrileños o sudamericanos, de esos que parecen llamarse todos igual y que hablan principalmente de estrategias editoriales y de dinero, casi con la misma impertinencia que la mayoría de los pintores. Esa raza de escritores, me comentaba un día mi amigo, que parecen no haber conversado nunca con anticipación sobre aquello acerca de lo que escriben, por lo que todos sus libros, cuando resultan buenos o al menos aceptables, parecen obra milagrosa, realmente inspirada por seres inmateriales que se expresan a través de tontos ejercitados en la artesanía literaria. Barral tenía razón; eran casi siempre aburridos y con frecuencia insoportables. Algunos de estos escribidores, como decía Vargas Llosa, generalmente los más anónimos y pesados, comparecían en compañía de colaboradoras actuales o pretéritas de Barral, más bien amigas vinculadas al oficio y que igual podían ser empleadas o exempleadas de su editorial, o funcionarias de otras firmas, aunque amigas, al fin y al cabo, y amigas de los autores. Venían cargadas de chismes que parecían divertir al editor y, en general, eran maledicentes y antipáticas. Pero yo me escurría de esas tertulias profesionales. Besuqueaba a las muchachas, tomaba una copa al vuelo y pretextaba falsas ocupaciones.



Juan Benet

Juan Larrea

Jaime Gil de Biedma

Francisco Rivera

EL CUADERNO DE BLAS COLL

I Ortónimos, pseudónimos y heterónimos

No cabe duda que *El cuaderno de Blas Coll* de Eugenio Montejo es un libro singular precisamente porque se inscribe, desde su mismo comienzo, en la tradición de la ironía romántica, cuyo principal teórico, Friedrich Schlegel, escribe, en uno de sus *Fragmentos* publicados en la revista *Athenaeum* en los últimos años del siglo XVIII, lo siguiente: “trasladarse arbitrariamente, no sólo con la razón y la fantasía sino con toda el alma, ora a ésta, ora a aquella esfera, como quien se traslada a otro mundo; renunciar libremente a ésta o a aquella parte del propio ser y limitarse totalmente a una tercera; buscar y encontrar, ora en éste, ora en aquel individuo su unidad y su totalidad, y olvidar intencionalmente los otros individuos: esto sólo puede hacerlo un espíritu que en cierto modo contenga en sí una pluralidad de espíritus y todo un sistema de personas, y en cuyo interior el Universo (...) haya llegado a su total desarrollo y madurez”. Montejo, en verdad, parece contener en sí una pluralidad de espíritus.¹

En el principio está el nombre de pila, el que se pone más o menos caprichosamente a un niño para distinguirlo dentro de su propia familia y al cual se adjuntan los apellidos para formar el nombre completo. En el principio, por lo tanto, están los nombres completos: Paul Valéry, Antonio Machado, Fernando Pessoa o Eugenio Hernández Alvarez. En un momento dado, por lo general en la adolescencia, época de la vida en que empezamos a preguntarnos quiénes somos y adónde vamos, pueden aparecer, por motivos difícilmente analizables, los pseudónimos. El joven Eugenio Hernández Alvarez, al tener que participar en un periódico mural en su escuela secundaria, se ve obligado a escoger, incitado por sus maestros, un pseudónimo con el que competir en concursos literarios. El pseudónimo —juego de niños, tímida búsqueda de identidad— se va quedando, lenta y misteriosamente, pegado a la escritura del poeta adolescente, tan íntimamente ligado a esa escritura que, pocos años después, sólo él permanece, borrando para siempre al ortónimo, sustituyendo ya definitivamente al nombre y a los apellidos del registro civil o la fuente bautismal.

Ahora bien, este fenómeno no tiene nada de particular. Azorín reemplazó a José Martínez Ruiz. En nuestra adolescencia no leíamos las prosas de Leopoldo Alas, sino las de Clarín. Hay, sin embargo, en relación con los nombres, una tercera categoría que sí presenta características singulares: una categoría inquietante que nos desorienta, a la que recurren ineluctablemente aquellos espíritus que, en cierto modo, como lo hace notar Schlegel, se ven como poseídos por *ein ganzes System von Personen*: la del “heterónimo” o creación y mantenimiento de otra o de varias otras personas disímiles

encarnadas en una sola, cuyo extremo ejemplo (extremo por la diversidad de nombres y la intensidad de su producción textual) se halla en el caso de Pessoa, poseedor de tres heterónimos principales (Ricardo Reis, Alvaro de Campos y Alberto Caeiro) y de un “ortónimo” igualmente real o irreal, “Fernando Pessoa”, y primer responsable de la vigencia tanto del concepto como de la palabra que lo define, si es que hay que creerle a Aurelio Buarque de Hollanda Ferreira quien, en su *Pequeno Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa* (Río de Janeiro, 1978), escribe: *Heterónimo*: “otro nombre, imaginario, que un hombre de letras presta a ciertas obras suyas, atribuyendo a ese autor creado por él cualidades y tendencias literarias propias, individuales, diferentes de las de su creador. La palabra, en este sentido, parece haber empezado a circular después de la aparición de Fernando Pessoa (...) Esta diferencia de características entre las obras de las criaturas y las de su creador es lo que distingue al *heterónimo* del pseudónimo.”

El “Blas Coll” de Eugenio Montejo no es, por consiguiente, un personaje de ficción, como evidentemente sí lo es Don Quijote con respecto a Cervantes o Madame Bovary con relación a Flaubert, sino, más bien, el complementario que marcha siempre con nosotros y suele ser nuestro contrario, al que se refirió Machado en un famoso texto, o el otro que llevamos dentro y que algunas veces, como lo sabía Sir Thomas Browne, puede estar enfadado con nosotros.

Hemos visto el nacimiento, en la primera juventud del poeta, del pseudónimo “Eugenio Montejo”, nombre que va cubriendo poco a poco al ortónimo del escritor hasta hacerlo desaparecer. Ahora nos preguntamos: ¿cómo y debido a cuáles razones nace el heterónimo “Blas Coll”? Me atrevo a decir que puedo fácilmente imaginarme el proceso acudiendo, no al objeto de estas líneas, sino a la introspección, es decir, recurriendo a lo que es factible llamar comunicación interior. Como profesor de lingüística (una de mis tantas “personas”), me encuentro obligado, al menos una vez por año, a explicar el tema del signo lingüístico o, más precisamente, a hacer una presentación del pensamiento científico de Ferdinand de Saussure sobre las características del signo verbal. Es sabido que, partiendo de los apuntes de las clases del profesor ginebrino recogidos por sus alumnos y publicados con el título de *Curso de lingüística general* (1916), la lingüística estructural ortodoxa ha llegado a la conclusión de que el signo lingüístico es arbitrario, es decir, de que no existe ninguna relación de obligatoriedad o necesidad en la vinculación de un significante y un significado para formar un signo en una lengua dada: el vínculo que une la serie de sonidos *k + á + s + a* con el significado HABITACION es totalmente inmotivado. Hasta aquí todo marcha muy bien. Pero, ¿qué ocurriría si a mí, en un instante de éxtasis místico, por ejemplo, se me antojara desear decir que el signo no es arbi-

trario, querer intensamente que las palabras fueran una representación icónica de las cosas? Pues, sencillamente, no osaría decirlo. El profesor Francisco Rivera simplemente no se atrevería a pronunciar semejante locura. ¿Qué hacer entonces, puesto que alguien dentro de mí siente esos extravagantes deseos? ¿Qué hacer? Dejar que lo diga otra persona; permitir que otra persona —el *man within* de Sir Thomas Browne o el Alberto Caeiro de Pessoa— lo piense, lo escriba en un cuaderno de notas y hasta lo publique... Después de todo, y en ello reside la amplitud de la escritura oblicua, se trata solamente de desvaríos inofensivos; de cosas que, científica o filosóficamente, no son correctas u ortodoxas, pero que no por ello dejan de tener su punta de belleza, de fantasía o de humor, y sobre todo, de cosas que al que las piensa, las escribe y las publica —y éste es siempre el Otro— le parecen interesantes. Se trata, repitámoslo hasta la saciedad, de opiniones que emanan de lo que podría catalogarse de locura benigna, puesto que no se le causa ningún daño a nadie con decirle que la palabra “mesa” (o la palabra *Haus*, o *maison*, o *spíti*) retrata a la perfección la cosa MESA, o que el fluir de las aguas de cierto río está cabalmente fotografiado en el nombre que se le ha asignado, o, por decirlo con las palabras de Borges:

Si (como el griego afirma en el *Cratilo*)
El nombre es arquetipo de la cosa,
En las letras de *rosa* está la rosa
Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.

Y esto no es producto de la cobardía, sino que, por el contrario, exige mucho coraje, como bien lo sabe Eugenio Montejo: “sin una buena dosis de atrevimiento”, me ha dicho el poeta en una conversación reciente, “sin una buena dosis de atrevimiento para franquear las aguas del ridículo, no se hace nunca literatura”. Y si le preguntáramos de dónde puede sacarse esa dosis de osadía, posiblemente nos contestaría que contrariando la personalidad, yendo en contra de lo que la psicología llama *persona*. La escritura va encerrándonos, a cada uno de nosotros, en un aljibe que cada día parece volverse más lóbrego y más profundo; la escritura nos constriñe a llevar una máscara, nos fuerza a inventarnos una cara o una careta, a defender ciertas opiniones y a rechazar otras, sólo porque éstas no concuerdan con la persona que tanto nosotros mismos como nuestros lectores conocemos. La escritura oblicua, el recurso a heterónimos, la habilidad de contener dentro de nosotros mismos *ein ganzes System von Personen*, todo esto nos salva de la petrificación de la máscara, nos permite realmente ser otros.

II Diálogo entre el poeta y su doble

Una vez que aceptamos la existencia separada de Blas Coll, no como ente de ficción, ni como ectoplasma, sino como una poderosa realidad psíquica dotada de voz propia, de biografía propia, nos resulta fácil y sumamente fascinante leer *El cuaderno* como lo que efectivamente es: la conversación entre dos seres humanos distintos capaces de producir dos textos diferentes. Y lo primero que encontramos al abrir el libro es un epígrafe de Leonardo que, en la edición de E. García de Zuñiga, dice así: “Toda acción natural está realizada por la naturaleza misma del modo y en el tiempo más breve posible.” Evidentemente, Eugenio Montejo, ya que no puede haber la más mínima duda con respecto a quién ha escogido la cita, ha colocado ese pensamiento allí para darnos a entender cuanto antes posible que el tipo de locura del que pa-

dece Blas Coll forma parte de una enfermedad mental más amplia y complicada que comienza a manifestarse en el *Cratilo* platónico, ha sido estudiada con abundancia de pormenores por Gérard Genette en un ensayo magistral intitulado *Mimologiques* (Editions du Seuil, 1976) y consiste en pensar que las lenguas son imperfectas porque, ya sea al nacer o a medida que van evolucionando, se van desviando más y más de su verdadera y única función, que es la de ser una copia fiel y auténtica de la naturaleza. Ahora bien, todos los que hemos estudiado la lingüística estructural sabemos que las lenguas no son un fenómeno natural, que lo que diferencia al hombre de los demás mamíferos superiores es precisamente el hecho de haber podido alcanzar la condición de *homo faber* gracias a la posibilidad única que para ello lo confirió su singularidad de convertirse en *homo loquens*, en un ser parlante. Pero como Blas Coll desconoce esta verdad tan palmaria y se aferra a la idea de la lengua como naturaleza, Montejo escoge la cita de Leonardo, mutilada y sacada de contexto, y, sin referirse para nada al texto italiano, la pone allí para hacer hincapié desde el umbral de la obra en el probable método que se encuentra detrás de los delirios de su doble.

Pero lo que en efecto escribe Leonardo es: “toda acción natural es hecha del modo más breve posible y por lo tanto la visión será hecha por línea brevísima, es decir, línea recta”, palabras del *uomo senza lettere* que nada tienen que ver con las lenguas ni con el lenguaje en general, sino con una preocupación del artista y científico florentino, la de poner por escrito, para desarrollarla luego con toda la lógica del caso, una intuición suya con respecto a la propagación de la luz en línea recta. El caprichoso epígrafe es, por consiguiente, doblemente tramposo y travieso, y con él, cuando no a partir de él, comienza el extraño diálogo entre el poeta Montejo, quien posee un fino sentido del humor, y el muy serio y reservado tipógrafo de Puerto Malo, cuyas descabelladas y ridículas anotaciones sobre el lenguaje en general y la lengua española en particular, especial objeto de su resentimiento, se entremezclan con los comentarios del descodificador para constituir *El cuaderno de Blas Coll*.

Muchos escritores, cuando nos sentamos a escribir, sentimos la necesidad de conversar con alguien mientras lo hacemos. Giórgos Seféris, en unos penetrantes fragmentos sobre Cavafy recogidos en su *Diario, 1945-1951*, ha expresado esta necesidad en los siguientes términos: “Me gustan las relaciones que se establecen entre los hombres. Otros creen que es más importante presentar hasta su diálogo como monólogo; es la manía de la originalidad. Yo convertiría mi propio monólogo en diálogo, si me resultara posible.”² Pero el caso de Eugenio Montejo con Blas Coll pertenece, como ya lo hemos visto, a otra categoría, pues nos encontramos aquí no ante una obra de arte introvertida, o “sentimental”, como diría Schiller, es decir, ante una creación en la que el artista se siente dueño y señor de lo que está haciendo, trabaja su material intencionadamente y lo somete a sus propósitos, sino ante una obra extravertida o “ingenua”, en la que el material causa la impresión de abrirse paso a la fuerza hasta llegar al artista, en la que la mente del artista está asombrada y como vacía durante el proceso de escritura, después del cual, y a pesar de todo esto, el autor tiene que reconocer que quien habla allí es él mismo.³ A este segundo tipo de proceso pertenecen la Segunda Parte del *Fausto*, todo el *Zaratustra* de Nietzsche, toda la producción poética de Pessoa, incluyendo los textos firmados con el ortónimo, y no —o al menos así lo concibo yo— el *Monsieur Teste* de Valéry ni los textos que Antonio Machado atribuye a Abel Martín, Juan de Mairena y otros maestros suyos.⁴

Tomemos uno de los apuntes de Blas Coll, el primero que pone Montejo en su edición del "cuaderno": "Nuestra lengua, como todas las de origen románico, ha consolidado su estructura durante el ascenso del cristianismo; ha sido creado no sólo sobre las ruinas de la cultura greco-latina, de la que se aprovecha, sino que su movimiento parece establecerse para impedir en ella todo lo que posibilitó el idioma de Ovidio, de Catulo, de Anacreonte. No es por tanto una lengua de goce, sino de penitencia: le falta concisión porque al hablante, al "pecador", se le castiga con ella; carece de declinaciones porque desdén el politeísmo..." Este pensamiento, francamente desatinado, puede ser refutado rápidamente si pensamos que el español no es la única lengua de origen románico (cosa que, por lo demás, sabe Blas Coll), que el portugués, el catalán, el occitano, el francés, el sardo, el retorrománico y el rumano, también debido a su origen, deberían ser incluidas entre las lenguas penitenciales; que el politeísmo nada tiene que ver con las declinaciones de una lengua, etc. No se necesita, insistamos, ser lingüista de profesión o docente de lingüística para percatarse de que el español no tiene que ser, como sistema lingüístico, una lengua de penitencia no apta para la expresión de los placeres del cuerpo. Todos sabemos que, hasta hace poco, la Iglesia y el Estado han ejercido una censura más o menos constante, más o menos estricta, sobre el "habla" literaria o, mejor dicho, sobre lo que se podía publicar; pero de este fenómeno de represión institucional no es lógicamente dado deducir que existen lenguas más o menos capaces de expresar *les transports de l'esprit et des sens*. La censura no puede estar en el sistema lingüístico, sino en la sociedad. Pero, desgraciadamente, ocurre que al descabezado de Blas Coll se le ha metido esta idea entre ceja y ceja... ¿Qué puede hacer Eugenio Montejo?

Empieza entonces el proceso extravertido de creación. Comienza el difícil enfrentamiento entre el poeta y su doble, el doloroso, pero al mismo tiempo supremamente cómico, forcejeo entre dos seres contrarios complementarios. Ante el desconocimiento disparate de Blas Coll, ante su absurda *idée fixe*, Eugenio Montejo se ve obligado a leer textos de lingüística, a consultar amigos que han estudiado más a fondo el problema del desmembramiento lingüístico del Imperio Romano (debo confesar que incluso el que escribe estas líneas ha sido varias veces objeto de interrogatorios de Montejo con respecto a las anotaciones de Coll), a comparar la longitud de palabras de igual origen en las diversas lenguas romances y todo esto durante meses y meses todo con el fin de suprimir, o al menos de desacreditar científicamente, los refractarios y delirantes mensajes del curioso tipógrafo de Puerto Malo. Muy a su pesar, todos los esfuerzos del poeta resultan vanos, pues Blas Coll se va imponiendo como personalidad distinta y es preciso, en honor a la verdad de su locura, que Montejo saque a la luz los fragmentos que ha podido descifrar hasta la fecha, ya que tengo entendido que hay muchos que aún no lo han sido.

Pero las relaciones entre Coll y Montejo pueden ser a veces hostiles y es por ello por lo que éste también se siente obligado a añadir comentarios de su propia cosecha: "Blas Coll concibió en su locura de exiliado la tentativa imposible de reformar la lengua de los suyos, empresa harto más difícil que cambiarles sus propias vidas. (...) Persiguió obsesivamente, mediante la reducción de las palabras y las estructuras lingüísticas, una ley de máxima economía verbal, en cuya búsqueda inmoló su razón y su vida, hasta concluir, de ser cierto lo que repiten las consejas de Puerto Malo, en un habla casi gutural, que se permitía responder de modo bas-

tante descortés a cualquier réplica con dos o tres sílabas algebraicas, tanto más inexplicables cuanto desoidas y faltas de connotación referencial."

Todo *El cuaderno de Blas Coll* tiene que ser leído como una conversación, a ratos cariñosa, con frecuencia hostil, entre el poeta y su doble, como un diálogo irónico (en el sentido de los románticos) entre un poeta muy serio y un bien intencionado pero loco tipógrafo de provincia que se propuso la más absurda de las tareas: la de modificar, por decisión propia y en contra de mil años de historia, el sistema fonológico y morfosintáctico del español en nombre de una supuesta concisión pagana. Sin embargo, es interesante observar algo con relación a los apuntes de Blas Coll: el obsesionado de Puerto Malo no se ocupa ni de anatomía comparada ni de termodinámica, ni de mineralogía ni de parapsicología; se ocupa sola y exclusivamente de problemas lingüísticos, lo cual me hizo pensar, en un momento dado, que Coll era simbólicamente el cratilista agazapado en el corazón de todo hombre. Pero luego llegué a una conclusión que toma en cuenta más detenidamente las actividades de Eugenio Montejo: constituido sólidamente como un ser humano distinto, con sus propias ideas y su empeñamiento propio, Blas Coll no por ello deja de ejercer cierta atracción para un poeta tan sensible a las sutilezas gramaticales y tan dedicado a la busca de lo apto en la construcción de esos objetos verbales que llamamos poemas. Considerado desde este punto de vista, Blas Coll sería más bien el cratilista que duerme en el inconsciente de todo poeta y que, forzosamente, en algún momento, tiene que despertarse dando gritos.

Blas Coll ha muerto, lo sabemos. Pero también sabemos que los muertos pueden tomar posesión de los vivos. El tipógrafo dejó muchísimas hojas escritas y no me sorprendería nada que su editor siguiera encontrando y descifrando más fragmentos con los que engrosar el texto. Blas Coll, además —y esto sí que me resulta francamente inquietante—, a veces se introduce subrepticamente en escritos firmados sólo por Eugenio Montejo: en su inteligente y calurosa reseña a mi traducción de Cavafy aparecida hace un par de años, Montejo escribe: "sería injusto el no reconocer a lo largo de sus traducciones el mejor empeño en servir las y embellecerlas mediante una lengua, por cierto, surgida en la órbita cristiana y, por ello, más presta a la mística penitencial que a los goces paganos".⁵ Cuando leí este párrafo, en que se desconoce el hecho de que la lengua en que escribe Cavafy es la misma de la liturgia ortodoxa griega (la misma sintaxis, la misma fonología), ignoraba la existencia de Blas Coll. Ahora comprendo perfectamente bien quién dictó esas frases a Montejo.

Notas

¹ Sobre Eugenio Montejo, *El cuaderno de Blas Coll*, Fundarte, Caracas, 1981, 67 pp. La cita de Schlegel y su traducción aparecen en Eustaquio Barjau, *Antonio Machado: Teoría y práctica del apócrifo*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975, p. 81.

² Giórgos Seféris, *Méres, 1945-1951*, Ikaros, Atenas, 1977, p. 171.

³ Interpretación basada en C. G. Jung, "Sobre la relación entre la psicología analítica y la creación poética", en *Über das Phänomen des Geistes in Kunst und Wissenschaft* (G. W. 15. Band, 1979).

⁴ Sería interesante ahondar en los procesos de "introversión" y "extra-versión" en lo que atañe a la escritura oblicua.

⁵ Cf. *Zona Franca*, 15/16, III Epoca, Sept.-Dic. 1979, p. 68.

Severo Sarduy

BARROCO FURIOSO

¿Dónde situar, hoy, los efectos de un discurso literario barroco? O más bien: la repercusión deformada, acentuada hasta el exceso o la manera del discurso que suscitó, en el siglo diecisiete, una voluntad furiosa de enseñar, un deseo de convencer, de mostrar de modo indubitable —a fuerza de iluminaciones teatrales y contornos precisos— lo que la palabra conciliar prescribía.

No se trata, sin embargo, de recopilar los residuos del barroco fundador, sino —como se produjo en literatura con la obra de José Lezama Lima— de articular los estatutos y premisas de un nuevo barroco que al mismo tiempo integraría la evidencia pedagógica de las formas antiguas, su legitimidad, su eficacia informativa, y trataría de atravesarlas, de irradiarlas, de minarlas por su propia parodia, por ese humor y esa intransigencia —con frecuencia contraculturales— propios de nuestro tiempo.

Ese barroco furioso, impugnador y nuevo, no puede surgir más que en las márgenes críticas o violentas de una gran superficie —de lenguaje, ideología o civilización—; en el espacio a la vez lateral y abierto, superpuesto, excéntrico y dialectal de América: borde y denegación, desplazamiento y ruina de la superficie renaciente española, éxodo, trasplante y fin de un lenguaje, de un saber.

De esa posibilidad de un barroco actual, el tratamiento de la información que practican los artistas latinoamericanos —conceptuales o no— podía ser uno de los indicios más significantes.

La figuración, o la frase clásica, conducen una información utilizando el medio más simple: sintaxis recta, disposición jerárquica de los personajes y escenografía de sus gestos destinada a destacar sin “perturbaciones” lo esencial de la *istoria*, el *sentido* de la parábola; el espectáculo del barroco, al contrario, pospone, difiere al máximo la comunicación del *sentido* gracias a un dispositivo contradictorio de la *mise-en-scène*, a una multiplicidad de lecturas que revela finalmente, más que un contenido fijo y unívoco, el espejo de una ambigüedad.

Lo mismo sucede, transpuesto al código de la representación actual, con el trabajo de los artistas conceptuales sudamericanos. Con una diferencia: la posposición del sentido —y más enérgicamente, su crítica— se obtiene por medio de un trabajo a la vez minucioso y frío sobre el soporte específico, sobre el significante gráfico de la información: en el plano del producto —periódicos plegados, estrujados, rotos, claveteados— y en el de la producción: programa de re-diagramación, descomposición y reorganización de diarios y revistas,



perturbación o “des-creación” de la comunicación masiva para generar falsas noticias o para demostrar hasta que punto es importante la codificación “profesional” de las que se pretenden verdaderas, la mecánica facticia de toda voluntad de información.

Borde o margen de la superficie: aparecen aislados, marcados por su propia recurrencia, los procedimientos que la técnica central —el barroco europeo— había codificado y que se encuentran, en la periferia, desprovistos de todo pretexto funcional, expulsados de la lógica representativa, excluidos de todo simulacro de verdad.

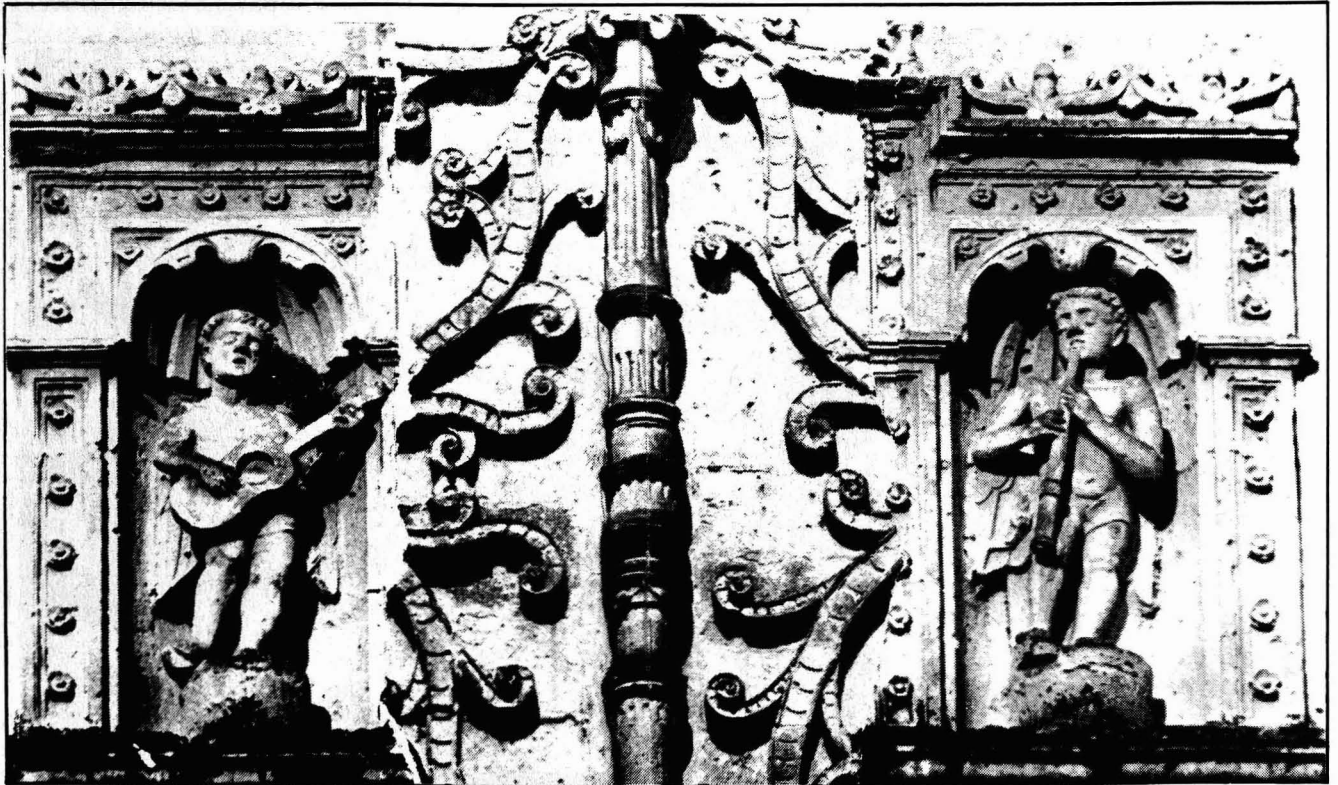
Si la anamorfosis —punto en que el sistema de la perspectiva bascula, va a caer en lo ilegible, en una confusión de trazos borrosos, límite y exceso de su funcionamiento —fue utilizada en el barroco fundador para codificar un suplemento de información —con frecuencia moral: alegoría o *vanitas*—, va a reaparecer en el barroco sudamericano reducida a su puro artificio crítico y señalada, fuera de toda pretensión didáctica, como procedimiento, denunciada su “naturaleza” de truco: ni concha marina engañosa que revelará, cuando de los embajadores no quede más que el fasto vaciado, el simulacro de la representación canjeado en superficie pura, la caravela grave y grisácea, aleccionadora, ni paisaje que, al desplazarnos, al retirarnos del punto de vista frontal, supuesto normal y único, habrá que reinterpretar, integrar en una nueva secuencia; no, la cabeza —se trata de un *Retrato* de Hugo Sbernini— está vista de frente y seccionada en múltiples campos de modo esquemáticamente archimboldesco, pero en el “Caballero de la nostálgica sonrisa” los puntos de vista de la anamorfosis, incompatibles, no van a sintetizarse en ninguna imagen totalizadora, intimidante o no, no van a conducirnos a ningún saber suplementario, sino, simplemente a desarrollar ante la mirada, como se despliega y se repliega sobre sí mismo el cuerpo asimilado a una superficie pura, sin espesor, la apariencia de la figura humana y su irrisión. El cuerpo puede inscribirse, adherirse a una banda

siempre capaz de ondular, de volver sobre sí misma, el eje de simetría del rostro aparece ligeramente desplazado, dislocado; esa proporción deshecha, ese aparecer disuelto como por un hundimiento leve conducen no a la revelación de una imagen obturada, suplantada por la pantalla de la visión frontal, sino a la revelación de la anamorfosis como artificio puramente retórico que el más ligero desajuste, desfocaliza, reduce a una máscara estrábica, impide significar.

En la otra vertiente del barroco —del Caravaggio—, la actitud realista tampoco tiene hoy el sentido que tuvo en el ámbito teatralizado del claro-oscuro: no se trata de convocar la realidad en el cuadro para, sometiéndola a una iluminación contrastada, brutal, extraer de ella, de su configuración simbólica o de sus referentes mitológicos o bíblicos, una lección, ni tampoco de revelar, por medio de la sobreexposición, el agrandamiento arbitrario o la hipertrofia de un detalle, una verdad moral opuesta a la simulación que el cuadro configura, sino de *realizar el cuadro* a tal punto que éste se presente, se acredite y justifique como un nuevo fragmento, una nueva porción de la realidad objetiva afirmando así —contrariamente a lo que parece connotar el hiperrealismo americano— que la supuesta realidad no vale ni más ni menos, que no hay jerarquías, en lo verosímil ni en lo ideológico, cuando la ilusión está programada, configurada con el mismo empenamiento y la misma minuciosidad que la realidad que, en ese grado de reflejo milimétrico, excesivo, ya no la precede.

Queda, como simple confirmación y regreso del barroco —pero esta vez no se trata de un barroco trasplantado, sino de “origen” ya sudamericano—, la reactualización del trabajo de grupo, el sueño evangélico de la colectividad, la organización celular de un orden ideal: proyectos de arquitectura, estudios y planos de comunidades, ciudades racionales y precisas; paradigma del falansterio.

Barroco ideológico que, aunque activado por otra urgencia y por otra subversión, no contradice —aunque sea sin saberlo— la acción jesuita de ayer.



Verónica Volkow
POEMA

Pero en el laberinto del oído
corre tu voz
tu voz que es el mar fantasma de mi oído
 cosas que ya son sonido
palabra que es perfil
 cuerda
de tus ojos y el color de tu pelo
red del contorno que extiende la huella

oigo mi nombre en tu voz
oigo los nombres de múltiples ciudades
y la historia de una vida que me cuentas
oigo una frase que me dices muy lenta
palabras que puedo repetir para mí misma como un canto
—molde de tiempo que persiste idéntico—
palabras que traen acuñada tu voz
tus dientes tu cuerpo
 como un bajo relieve secreto
 que suenan
a tu presencia sobre el mundo
 volumen
más allá de la voz inpronunciable

Nélida Piñón

I LOVE MY HUSBAND

Yo amo a mi marido. De la mañana a la noche. Apenas me despierto, le hago café. El suspira exhausto de la noche mal dormida y comienza a rasurarse. Le golpeo la puerta tres veces, antes de que el café se enfríe. El gruñe con rabia y yo vocifero con aflicción. No quiero que mi esfuerzo se confunda con un líquido frío que él se tragará como me traga dos veces por semana, especialmente el sábado.

Después le arreglo el nudo de la corbata y él protesta porque sólo soluciono una parte menor de su vida. Me río para que él salga más tranquilo, capaz de enfrentarse a la vida allá afuera y traer de regreso a la sala de visita un pan caliente y abundante.

El dice que soy exigente, que me quedo en casa lavando la vajilla, haciendo compras y todavía me quejo de la vida. Mientras, él construye su mundo, con pequeños ladrillos, y aunque algunos de estos muros se vengán abajo, los amigos lo felicitan por el esfuerzo de crear artesanías de barro, sólidas y visibles.

A mí también me felicitan por alimentar a un hombre que sueña con casas grandes, chozas y sucuchos, y así hace progresar al país. Es por esto que soy la sombra de un hombre que todos dicen que amo. Dejo que el sol entre en la casa, dorando los objetos comprados con el esfuerzo común. Aunque él no me felicite por los objetos brillantes. Al contrario, a través de la certeza de mi amor, dice que no hago más que malgastar el dinero que él ahorra en verano. Le pido que comprenda mi nostalgia de una tierra antiguamente trabajada por la mujer; él frunce el ceño como si le propusiera una teoría que avergüenza a la familia y a la escritura definida de nuestro departamento.

Qué más quieres, mujer, ¿no basta el que nos hayamos casado en comunidad de bienes? Y diciendo que yo era parte de su futuro, que no obstante sólo él tenía el derecho de construir, me di cuenta que la generosidad del hombre sólo me habilitaba para ser la dueña de un pasado con las reglas dictadas por la convivencia.

Comencé a pensar en la maravilla que sería vivir en el pasado, antes de que este tiempo pretérito nos sea dictado por el hombre que decimos amar. El aplaudió mi proyecto. Dentro de la casa, en el horno que era el hogar, sería fácil alimentar el pasado con hierbas y puré de avena para que él, tranquilamente, creara el futuro. Decididamente, él no podía preocuparse por la matriz de mi vientre, que debía pertenecerle sin que necesitara oler mi sexo para descubrir si alguien más aparte de él, habría estado allí, golpeando a su puerta, arañando sus paredes con inscripciones y fechas.

Un hijo mío debe ser sólo mío, confesó a los amigos el sábado del mes en que nos visitan. Y mi mujer sólo mía y ni siquiera de sí misma. La idea de que yo no podía pertenecerme, tocar mi sexo para exorcizar sus excesos, me provocó el

primer sobresalto en la fantasía del pasado en que vivía. De modo que el hombre, además de haberme hecho naufragar en el pasado, cuando se sentía libre para vivir una vida a la que apenas tenía acceso, necesitaba atarme de manos, para que mis manos no sintieran la dulzura de su propia piel, pues quizás esta dulzura me murmurara que había otras pieles igualmente dulces y privadas, cubiertas de pelo suave, que con la ayuda de la lengua podía lamerse su sal.

Miré mis dedos impresionada por las uñas largas pintadas de rojo. Uñas de tigre que aseguraban mi identidad, gruñían acerca de la verdad de mi sexo. Me acaricié el cuerpo, y pensé: ¿acaso soy mujer únicamente por las garras largas y por revestirlas de oro, de plata, del ímpetu de la sangre de un animal herido en el bosque? ¿O porque el hombre me adorna para que cuando me quite estas pinturas de guerrera del rostro se sorprenda con una cara extraña, que él mismo cubrió de misterio para no tenerme entera?

De repente el espejo me pareció el símbolo de una derrota que el hombre traía a la casa, y me volvía hermosa. ¿No es cierto que te amo, marido?, le pregunté mientras leía el periódico para informarse, y yo barría las letras de imprenta escupidas en el suelo a medida en que pasaba las noticias. Me pidió, déjame seguir, mujer. ¿Cómo quieres que hable de amor cuando se discuten las alternativas económicas de un país en que los hombres para mantener a las mujeres necesitan realizar un trabajo de esclavo?

Entonces le dije, si no quieres discutir el amor, que al final bien puede estar lejos de aquí, o detrás de los muebles donde a veces escondo el polvo luego de barrer la casa, ¿qué tal si después de tantos años mencionara la palabra futuro como si fuera un postre? Dejó el periódico a un lado y me pidió que volviera a decirlo. Mencioné la palabra futuro con cautela, no quería herirlo, pero ya no podía abandonar la aventura africana que se iniciaba. Seguida de un cortejo pintado de sudor y ansiedad yo derribaba a los jabalíes, hundía mis caminos en sus yugulares tibias, mientras Clark Gable, atraído por mi olor y el del animal en convulsión, iba de rodillas pidiendo mi amor. Cansada por el esfuerzo bebía agua del río, quién sabe si en busca de la fiebre que estaba en mis entrañas y no sabía cómo despertar. La piel ardiente, el delirio, y las palabras que manchaban mis labios por primera vez, estaba ruborizada por el placer y el pudor, mientras el brujo me salvaba la vida con su ritual y los pelos abundantes de su pecho. Con la vitalidad en los dedos, de mi boca parecía salir el soplo de la vida y abandonaba a Clark Gable atado a un árbol, devorado lentamente por las hormigas. Imitando a Nayoka, yo remontaba el río que casi me había dejado sin fuerzas, evitando las caídas de agua, proclamando a gritos libertad, la más antigua y preciosa de las herencias.

Mi marido, con la palabra futuro flotando sobre sus ojos y

el periódico caído, me preguntaba: ¿qué significa este rechazo a nuestro nido de amor, a nuestra seguridad, tranquilidad, en fin, a nuestra maravillosa paz conyugal? ¿Y tú crees, marido, que la paz conyugal se deja atar con los hilos tejidos por el anzuelo, sólo porque mencioné esta palabra que te entristece tanto que comienzas a llorar tímidamente, porque tu orgullo no te permite el llanto convulsivo, que está reservado a mi condición de mujer? Ah, marido, si esa palabra tiene una descarga que te enceguece, otra vez me sacrifico para no verte sufrir. ¿Será posible que apagando ahora el futuro, todavía haya tiempo de salvarte?

Sus lagunas brillantes sorbieron rápidamente las lágrimas, tragó el humo del cigarro con convicción y retomó la lectura. Difícilmente habría un hombre como él en nuestro edificio de dieciocho pisos y tres porterías. En las reuniones del condominio que presencié, él era el único que salvaba los obstáculos y perdonaba a los que lo habían contrariado. Me recriminé por mi egoísmo, por perturbar la noche de quien merecía reponerse para la mañana siguiente.

Para esconder mi vergüenza, le traje café y pastel de chocolate. El aceptó que me redimiese. Me habló de los gastos mensuales. Del balance de la firma ligeramente descompensado; había que cuidar los gastos. Si contara con mi colaboración dispensaría a su socio en menos de un año. Me sentí feliz de participar en un acto que nos haría prosperar en doce meses. Sin mi buena voluntad, él jamás habría volado tan alto. Yo me encargaba a la distancia de su capacidad de soñar. Cada sueño de mi marido era sostenido por mí. Y por ese derecho, yo le pagaba a la vida con un cheque que no se podría contabilizar.

El no necesitaba agradecerme. De tal modo había alcanzado la perfección de sus sentimientos que le bastaba continuar a mi lado para entender que me amaba; yo era el fruto más delicado de la tierra, un árbol en el centro del espacio de nuestra sala; él se subía al árbol, alcanzaba los frutos, acariciaba su cáscara, podando sus excesos.

Durante una semana le golpeé la puerta con un sólo toque matutino. Estaba dispuesta a hacerle un nuevo café si el primero se enfriaba, si se quedaba olvidado mirándose al espejo con la misma vanidad que me inculcaron en la infancia, después que se confirmó en el nacimiento que se trataba de una mujer más. Ser mujer es perderse en el tiempo, fue siempre la regla de mi madre. Quería decir ¿qué más vence al tiempo que la condición femenina? Mi padre la aplaudía, completando: el tiempo no es el envejecimiento de la mujer, sino su misterio jamás revelado al mundo. ¿Ya has visto, hija, qué cosa más hermosa, una vida nunca revelada, que nadie tomó sino tu marido, el padre de tus hijos? Las enseñanzas paternas siempre fueron graves, él daba un brillo de plata a la palabra vejez. Me venía la certeza de que al no cumplirse la historia de la mujer, al no serle permitida su propia biografía, en cambio le era asegurada la juventud.

Sólo envejece quien vive, dijo mi padre el día de mi casamiento. Y porque vivirás la vida de tu marido, a través de este acto te aseguramos que serás joven para siempre. Yo no sabía cómo controlar el júbilo que me envolvía como el peso de un escudo, y caminar hacia su corazón, sorprender su limpidez. O agradecerle un estado que yo nunca había ambicionado, tal vez por distracción. Y todo este trofeo justo en la noche que me convertiría en mujer. Pues hasta ese momento me susurraban que yo era una bella expectativa. Muy distinta a mi hermano, a quien en la pileta misma del bautismo ya le clavaron el glorioso estigma del hombre, aún antes de haber dormido con una mujer.

Siempre me dijeron que el alma de la mujer sólo surgía en el lecho, su sexo ungido por el hombre. Mi madre insinuó que antes de eso nuestro sexo parecía más una ostra nutrida de agua salada y por eso vago y resbaladizo, lejos de la realidad cautivante de la tierra. A mi madre le gustaba la poesía, sus imágenes siempre frescas y calientes.

Mi corazón ardía la noche del casamiento. Yo clamaba por el nuevo cuerpo que me habían prometido, por abando-



Roy Lichtenstein
Good morning darling, 1964

nar la cáscara que me revestía en la tranquila vida cotidiana. Las manos de mi marido me modelarían hasta mis últimos días, ¿cómo agradecerle su generosidad? Tal vez por eso seamos tan felices, como pueden serlo dos criaturas en que una de ellas es la única que lleva al hogar el alimento, la esperanza, la fe, la historia de una familia. El es el único que me trae la vida, aunque a veces yo la viva con una semana de atraso. Pero no importa. Hasta llevo ventaja, porque él siempre me la trajo traducida. No necesito interpretar los hechos, caer en errores, apelar a las palabras inquietantes que terminan por amordazar la libertad. Las palabras del hombre son las que necesitare a lo largo de la vida. No tengo que asimilar un vocabulario incompatible con mi destino y capaz de arruinar mi casamiento.

Así fui aprendiendo que mi conciencia está al servicio de

mi libertad al mismo tiempo que al servicio de mi marido. Es su responsabilidad podar mis excesos; la naturaleza me dotó con el deseo de naufragar a veces, de ir al fondo del mar en busca de esponjas. ¿Y para qué me servirían sino para absorber mis sueños, para multiplicarlos en el silencio burbujeante de sus laberintos llenos de agua de mar? Yo quiero un sueño que se alcance con el guante fuerte y que se transforme algunas veces en un pastel de chocolate, para que él lo coma con los ojos brillantes, y sonreiremos juntos.

Ah, cuando me siento guerrera, por tomar las armas y ganarme un rostro que no es el mío, me sumerjo en una exaltación dorada, camino por las calles sin dirección, como si a partir de mí y a través de mi esfuerzo debiera conquistarme otra patria, una nueva lengua, un cuerpo que sorbiera la vida sin miedo ni pudor. Y todo me tiembla adentro, miro a los que pasan con un apetito del que no me avergonzaré más tarde. Felizmente, es una sensación fugaz; luego busco el auxilio de las veredas familiares: en ellas mi vida está estampada. Las vidrieras, los objetos, los amigos, en fin, todo el orgullo de mi casa.

Estos mis actos de pájaro son indignos; herirían la honra de mi marido. Compungida, le pido disculpas en mi pensamiento, le prometo esquivar esas tentaciones. El parece perdonarme a la distancia, aplaude mi sumisión a la vida cotidiana feliz, que nos obliga a prosperar cada año. Confieso que esta ansiedad me avergüenza, no sé cómo contenerla. No la menciono sino a mí misma. Ni los votos conyugales impiden que por minutos naufrage en el sueño. Estos votos que ruborizan mi cuerpo pero que no marcaron mi vida, de tal forma que pudieran indicar las arrugas que me sobrevinieron a través de su arrebato.

Nunca le mencioné a mi marido estos galopes peligrosos y breves. El no podría soportar la confesión. O que le dijera que en esas tardes pienso en trabajar afuera, pagar las minucias con mi propio dinero. Claro que estos desatinos se me ocurren justamente porque el tiempo me sobra. Soy una princesa de la casa, él me lo dice algunas veces y con razón. Nada puede alejarme de la felicidad en que estoy para siempre sumergida.

No puedo quejarme. Todos los días mi marido contradice la versión del espejo. Yo me miro y él exige que me vea equivocada. No soy realmente las sombras, las arrugas que me veo. Como mi padre, también él responde por mi eterna juventud. Es gentil de sentimientos. Jamás festejó ruidosamente mi cumpleaños, para que yo me olvidara de contar los años. El piensa que no me doy cuenta. Pero la verdad es que al final del día ya no sé cuántos años tengo.

Y también evita hablar de mi cuerpo que se ha alargado con los años; ya no visto los modelos de antes. Tengo mis vestidos guardados en el ropero, para que sean discretamente apreciados. A las siete de la noche, todos los días, él abre la puerta sabiendo que del otro lado estoy a su espera. Y cuando el televisor exhibe cuerpos jóvenes, él hunde su cara en el periódico; sólo nosotros existimos en el mundo.

Agradezco el esfuerzo que hace para amarme. Me empeño en agradarlo, aunque a veces sin ganas, o porque me perturba un rostro extraño que no es el suyo, el rostro de un desconocido sí, cuya imagen nunca más quiero volver a ver. Siento entonces la boca seca, seca por la rutina que confirma el gusto del pan comido ayer y que me alimentará mañana. Un pan que él y yo comemos sin protestar, ungidos por el amor, atados por la ceremonia de un casamiento que nos declaró marido y mujer. Sí, yo amo a mi marido.

(Del libro *El color de las cosas*)



RESEÑAS

DE LIBROS

BORGES: LA REVUELTA SIGILOSA

Sueño, frío, miedo

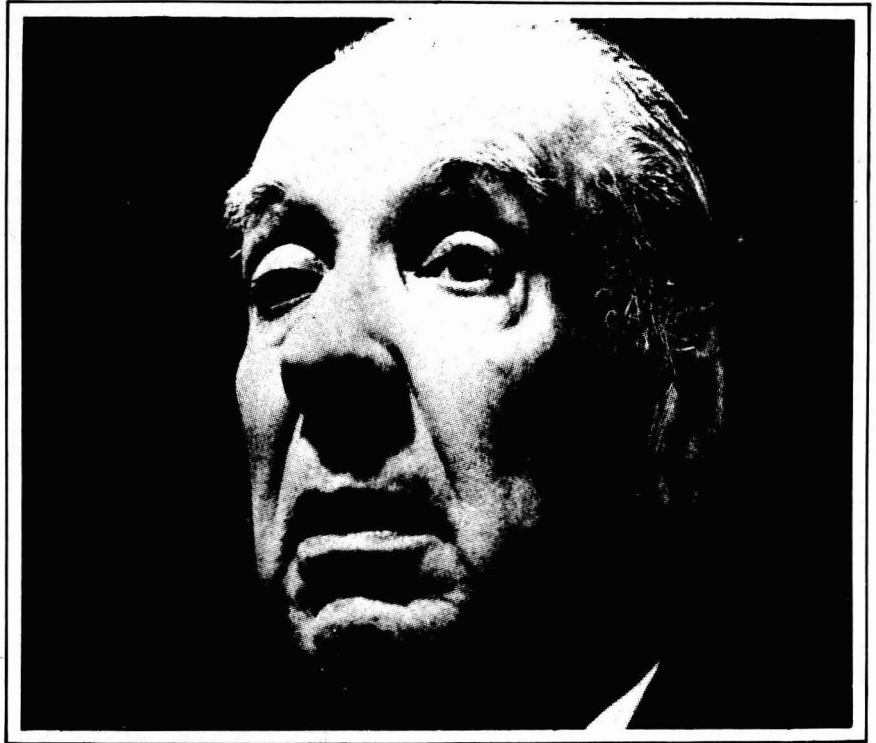
Averroes escribe la última frase en su comentario de Aristóteles. Sin saber qué es el teatro, cree haber descubierto que *tragedia* significa "panegírico" y *comedia*, "sátira". "Admirables tragedias y comedias abundan en las páginas del Corán", concluye. En ese instante, "sintió sueño, sintió un poco de frío" y desaparece bruscamente, "como si lo fulminara un fuego sin luz". Borges irrumpe en el final de ese relato, "la busca de Averroes", que escribe hacia 1945. Ha seducido al lector, le ha hecho tomar por cierta la historia narrada, y de pronto lo desengaña: declara que lo narrado no es sino una invención que, por lo demás, se declara imposible: imaginar a Averroes a partir de fuentes que irónicamente se denuncian como de segunda mano ("unos adarques de Renan, de Lane y de Asín Palacios") no es menos quimérico que para Averroes desentrañar el significado de los nombres de lo que no ha conocido nunca. Narrar ha sido una vez más para Borges revelar el proceso de una invención imposible y, por lo mismo, abierta a posibilidades infinitas. "En el instante en que yo dejo de creer en él, 'Averroes' desaparece." Así termina Borges el relato. Las comillas que enmarcan a su personaje lo abarcan a él mismo: lo *citan*, lo emplazan a acudir desde su mundo real al de una ficción que no aspira a confundirse con la realidad, lo vuelven puro (mero) símbolo de un proceso definido como una derrota: realidad e invención se enfrentan, se aniquilan mutuamente, abren un vacío que sólo puede colmar otro relato posible.

Derrota también significa "camino": apertura, puesta en marcha. En 1981,

es Descartes quien en *La cifra*, el último libro de Borges, dice: "Soy el único hombre en la tierra y acaso no haya tierra ni haya hombre. / Acaso un dios me engaña. / Acaso un dios me ha condenado al tiempo, esa larga ilusión. / Sueño la luna y sueño mis ojos que perciben la luna"... El fuego sin luz que fulminó a Averroes fue hartado más piadoso que el que no logró destruir la carne in-

Descartes que inicia la *derrota*, el camino de la invención, dice en el poema de Borges: "Siento un poco de frío, un poco de miedo." En 1981, vuelven casi las mismas palabras que describen a Averroes en 1945. Con una variante esencial: ha aparecido el miedo.

"...a nadie le gusta (como dijo Johnson) *deber nada a sus contemporáneos*." ("El acercamiento a Almostásim").



sustancial del mago que, en las ruinas del templo circular, soñó a su discípulo. El "Averroes" de "Borges" nunca llegó a saber lo que el mago supo "con alivio, con humillación, con terror... que otro estaba soñándolo". El terror de Descartes es diferente, no lo matizan el alivio ni la humillación. El mago se ha rendido a otro que sólo le otorga una mera apariencia. El Descartes de Borges olvida la convicción de sus *Meditaciones*, no desestima la posibilidad de error, siente la duda de que acaso en él se reúnan el soñador y el soñado, y acaso vuelva a él, insidiosamente y con un sentido nuevo, lo que escribió en la primera *Meditación*: "Veo tan a las claras que no hay indicios terminantes ni señales bastante ciertas que permitan distinguir con nitidez la vigilia del sueño, que me sorprende y tal es mi asombro que no logro persuadirme de que sueño." Este

"Ahora quiero acordarme del porvenir, no del pasado." ("La supersticiosa ética del lector".)

Borges repite. ¿Se repite? En este último libro suyo parece resonar como un eco unánime su obra anterior. Vuelven el sueño, los espejos, los laberintos, la atracción de los arquetipos invisibles junto a la de las cosas del mundo, meros simulacros. ¿Borges tematiza, insiste en sus gestos anteriores, ya sin el arrebato del riesgo y como manipulando las piezas de un *ars combinatoria* ya impostada? Las sucesivas relecturas de *La cifra* van dejando atrás la obvia corroboración de las repeticiones y quizá permitan al lector explicarse cierto desasosiego ante este libro. Borges avanza: inicia una nueva *derrota* fingiendo reescribirse sin reinterpretar, como

▲ Jorge Luis Borges: *La cifra*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1981. También en Alianza Editorial, Madrid, 1981.

asumiendo una antirrevuelta que, en verdad es una revuelta sigilosa, una suerte de alzamiento contra sí mismo. Si algo niega hoy a sus contemporáneos es el espectáculo de esa revuelta. Muy lejos han quedado ya aquellas lecturas miopes de su obra que echaban de menos "la realidad" en sus páginas y que hicieron decir a otro escritor argentino "construye cuentos en que fantasmas que habitan rimbos o bibliotecas o laberintos no viven ni sufren sino de palabra", un escritor que al mismo tiempo dijo sin darse cuenta de lo que decía: "A Borges le gusta confundir al lector: uno cree estar leyendo un relato policial y de pronto se encuentra con Dios y con el falso Basílides." Y muy cerca están las críticas sagaces que demuestran hasta qué punto Borges dinamitó los hábitos de lectura meramente consumidores, voraces y pasivos a la vez, y enseñó que leer es emprender la aventura de encontrar significados. Entre aquellas primeras censuras y el endiosamiento actual, ¿es Borges quien tematiza o es la crítica, que se nutre de él y se irrita si no encuentra en su obra "progreso", hallazgos sorprendentes sobre los cuates discurrir? Quizá Borges lo sepa y sonríe para sí. "El que lee mis palabras está inventándolas", dice en el final de un poema de *La cifra*: admonición, más que insistencia en la "nadería de la personalidad". "Soy un espejo. Un eco. Un epitafio", dice en otro final, ofreciendo esa "nadería" para que pueda colmarla una lectura emprendedora. Y en otro final: "Siento un poco de vértigo... No estoy acostumbrado a la eternidad."

Averroes, Descartes, Borges. Un "Borges" que vuelve a citarse, no ya para ingresar en el mundo de su invención, sino para salir de él, para de algún modo llamarse a la realidad: ahora quiere acordarse del porvenir y no del pasado. Un porvenir donde esperan la muerte, la amenaza del monumento falsamente eternizador, y cuya puerta es el miedo.

"Vemos y oímos a través de recuerdos, de temores, de previsiones... Nuestro vivir es una serie de adaptaciones, vale decir, una educación del olvido." ("La postulación de la realidad").
¿...Qué mayor gloria para un dios que la de ser absuelto del mundo?

("Una vindicación del falso Basílides").

Como toda revuelta, la de Borges es un movimiento que parte en un sentido, lo abandona y vuelve a él. Borges se contradice, o se reitera para contradecirse. El prólogo a *La cifra* echa de menos que en su poesía falta lo que admira en la de otros: "la cadencia mágica, la curiosa metáfora, la interjección" y como imi-



tando con sorna a sus primeros críticos declara: "Mi suerte es lo que se suele denominarse poesía intelectual." Recuerdense sus primeros, enconados embates contra la ociosa musicalidad del verso, la imagen ingeniosa ("meras incontinencias de lo visual"), el ímpetu expresivo. Ahora cita en su prólogo un "admirable ejemplo de una poesía puramente verbal" (Jaimes Freyre) y unas líneas "de poesía intelectual" (Fray Luis de León), donde "no hay una sola hermosa palabra, con la excepción dudosa de *testigo*, que no sea una abstracción". ¿Por qué ha de ser *testigo* menos abstracta que *amor*, *celo*, *odio*, *esperanza* o *recelo*? Acaso porque Borges, que abominó del confesionalismo en la poesía, de algún modo lo admite ahora en la suya, aunque añorando el silencio como forma más plena de expresión o,

como en su inolvidable definición del hecho estético, pensando en la virtud de la música, en ese estar "por decir algo, esa inminencia de una revelación, que no se produce". Lo cierto es que este libro suyo dice y contradice. "El testigo": así se llama un texto de *El hacedor* que quizá explique el rescate de ese término en la silva de Fray Luis. En aquellas páginas Borges imaginaba la agonía de un guerrero sajón: con él, decía, morirán muchas imágenes del mundo "y el mundo será un poco más pobre". Y se preguntaba: "¿Qué morirá conmigo cuando yo muera, qué forma patética o deleznable perderá el mundo?" No es ésta, desde luego, una manifestación del terror visceral a la muerte. Es un terror aún más atroz: el miedo de que el mundo material, contrario dialéctico de la invención, acaso sea tan insustancial como la invención misma. Alguna vez, siguiendo a Novalis, Borges declaró con entusiasmo: "El mayor hechicero... sería el que hechizara hasta el punto de tomar sus propias fantasmagorías por apariciones autónomas. ¿No sería este nuestro caso? Yo conjeturo que sí." Ahora Borges ha resuelto descreer en su facultad de hechicero, ahora se acuerda más que nunca de que las negaciones metafísicas son "desesperaciones aparentes y consuelos secretos". Sólo que ya no quiere decir, como en la *Nueva refutación del tiempo*, "El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges". Ahora Borges se cita, se reclama a una realidad en la que, *desgraciadamente*, no cree, y denuncia una invención en la que, *desgraciadamente*, ya no busca consuelo. No existe barrera que pueda atravesar: realidad e invención se declaran meras presunciones, en la ausencia de algo que las afirme como opuestas y que haga de esa oposición misma algo ajeno, exterior, anterior al sujeto que sólo existe en función de ella. Pasar de uno a otro ámbito no es un salto a través del vacío: es un salto al vacío deliberadamente creado. Un vacío donde el sujeto "Borges" se condena a no ser otra cosa que esas comillas que lo perfilan sin colmarlo.

Colmar, atiborrar: tal es la obsesión que crea el temor al vacío. Varios poemas de *La Cifra* se exhiben en enumeraciones nada caóticas que son una organización, una rigurosa taxonomía: compendios de lo que Borges no puede sino recordar, por un lado, y de lo que no

FRAGMENTOS DE VIDA, FRAGMENTOS DE MUERTE

puede olvidar, por el otro. Esas dos series sustentan *La cifra*: la serie del recuerdo inexorable pero imposible (porque se lo siente como nostalgia de lo que no se ha conocido nunca en contacto directo, sino como invención y lectura, erudición y enciclopedia), la serie del olvido no menos imposible (recuerdo tenaz de lo inmediatamente vivido en un mundo que también se declara sucedáneo, simulacro).

El miedo y la fascinación del vacío no son nuevos para el hombre. Lo insólito, lo que no deja de asombrar es la dureza de Borges para consigo mismo cuando se lo niega todo. No acude al clamor de Unamuno ("Oye mi ruego tú, Dios que no existes, / y en tu nada recoge estas mis quejas, / tú que a los pobres hombres nunca dejas / sin consuelo de engaño") ni lo asiste el ímpetu religioso de John Donne cuando lo asalta el peor de los pecados: la duda ("Júrame por Ti mismo que a mi muerte tu sol / seguirá brillando como brilla ahora y hasta ahora"). La lucidez y el desdén se enfrentan en Borges con el miedo, le prohíben la tentación de la huida, la extinción, el límpido vacío que aparece "al suprimirse lo hinchado", el nirvana. Su vacío es feroz: es el lugar donde una y otra vez niega su yo para afirmarlo, donde una y otra vez exhibe el barro elemental con que amasa su metafísica. Hay en *La cifra* un poema admirable, extraño, sobrecogedor, donde ya no aparecen los compendios del mundo y el no mundo, sino una topología de otra índole: un "afuera" y un "adentro" entre los cuales sí existe un límite infranqueable, una barrera que divide ambos espacios imponiéndose como valor absoluto, como el sentido único. El poema se llama "La prueba" y lo es, en verdad: escribirlo es hacer que el desdén exija el heroísmo para manifestarse. "Del otro lado de la puerta un hombre / deja caer su corrupción. En vano / elevará esta noche una plegaria / a su curioso dios, que es tres, dos, uno, / y se dirá que es inmortal. Ahora / oye la profecía de su muerte / y sabe que es un animal sentado"...

Afuera está lo otro, lo para siempre ignorado; adentro el yo que se afirma tenazmente en lo más deleznable: desecho, excremento, pura expectativa de "los vermes y el olvido".

Edouard Kouznetsov y Varlam Chalamov viajaron a través del tiempo y de la tierra en los campos de Gulag. Tras leer y releer sus obras, así como las memorias de Jean Cathala —traductor de ruso y observador atento de la vida soviética— Claude Roy concluye que escribir puede ser más que un simple tejido de vocablos: un primer recurso en contra de la ignominia.

Escribir para sobrevivir. En 1970, Edouard Kouznetsov espera en su celda, en una prisión de Moscú, ser juzgado —y condenado a muerte. (Sin quererlo, Franco lo salvará al condenar a muerte a los prisioneros de Burgos. La pena de K. será conmutada por quince años de arresto en un "campo de trabajos forzados".) El preso K. consiguió el derecho a escribir al explicar que redactaba su defensa.

¿Acaso no todos los libros que merecen ser escritos y leídos (tan distintos unos de otros como los hombres entre sí) no se reducen, en efecto, a eso: a ser un acto de defensa?

"*Tengo que estar alerta*", escribía Kouznetsov. "Escribo para salvaguardar mi persona. El campo es el sitio del peor envilecimiento, donde se obliga al hombre a dudar de todo aquello que tiene por verdadero." La "literatura" para el zek Kouznetsov es "una de las formas de resistencia consciente ante la imposibilidad de existir".

Durante 16 años, K. se dedica a ejercitar la mente, a practicar la duda metódica, a observar con mirada fría y "científica" la vida en los campos: el personal de la KGB, los presos políticos, los presos comunes, los asesinos, los borregos, los colaboracionistas, los hampones, los homosexuales, los moribundos y los verdugos; vigilándose fríamente, cuidándose sin tregua de cualquier asomo de distensión crítica de

cualquier huella de complacencia ante la ilusión ideológica, de cualquier flaqueo moral. Para él la sociología "en el campo", la poesía ("me las arreglo para hacer pequeños versos de todo"), la psicología, la literatura, todas son armas de defensa. "Ser fuerte es una tarea peligrosa —, la única respetable en los campos." K. escribe para concentrarse, para conservar la lucidez, para mantener la frente en alto, para no dejar de pensar y, así, nunca verse tentado a aceptar. Para él, el pensamiento más abstracto es *vital*. Sin duda pocos zeks han hecho frente a los matones de la administración del Gulag con los descubrimientos de Godel: el famoso "teorema de la insuficiencia de la aritmética". La pedantería, el saber altanero, no son propios de Kouznetsov. Pero experimenta un visible regocijo cuando frente a los guardias de la KGB —con su seguridad de bestias, su aplomo de concreto armado, su dogmatismo de perro policía— recuerda que, aún en aritmética formal, Godel demostró que "si un sistema es consistente no es completo". Y el prisionero, lejos de los libros y de las facultades universitarias, resume en cuatro líneas, con perfecta elegancia y claridad, la demostración compleja que Godel expone en treinta páginas completas en su *Philosophy of Mathematics*. "Todo conjunto conceptual de extensión suficiente, escribe K., incluye necesariamente preguntas a las que no se puede responder más que ampliando este conjunto, lo que por definición excluye la existencia de un sistema cerrado, absolutamente lógico."

En lo que quedó de su *Diario* tras 16 años en las prisiones —la celda de los condenados a muerte, los campos de Mordovi—, 16 años haciendo frente a los guardias, cuidando la claridad de la mente y la lucidez, se encuentran miles de casos en los que Edouard Kouznetsov asoma como un hombre admirable —y su libro aparece entonces como una obra que refleja orgullo. Pero en los ejemplos de valor y de fuerza de alma inteligente que caracterizan sus 16 años de zek, en las demostraciones cotidianas que prueban que "la dignidad del hombre está en su mente" poco define a Kouznetsov mejor que cuando, basándose en nociones matemáticas, forja un instrumento de supervivencia y toma un teorema para hacer de él, en la honda del David cautivo, la dura piedra

▲ Edouard Kouznetsov: *Journal d'un condamné à mort*. Varlam Chalamov: *Kolyma, récits de la vie des camps*. Jean Cathala: *Sans fleur ni fusil*.

que vence a Goliath golpeándolo en plena frente.

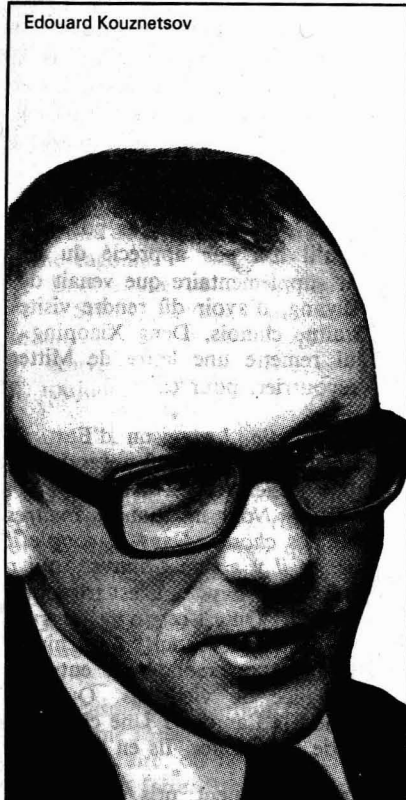
En un asilo de ancianos de Moscú, senil, inconsciente, mudo, más muerto que vivo, uno de los más grandes escritores rusos de esta época termina su tránsito por esta tierra: "la última victoria de la KGB", dicen los amigos de Varlam Chalamov. En efecto, la KGB silenció la voz del viejo y prohibió sus libros en su país, los doscientos relatos en los que narra el viaje al fondo del infierno que fue su vida. Al igual que Kouznetsov, fue en la universidad donde Chalamov fue arrestado por primera vez, "por su actitud hostil". La fecha, 1929; la edad, 22 años. En cinco años descubrirá los "campos de reeducación", que occidente tomará como modelo (los campos nazis se iniciaron en 1933 y a Europa le tomará años salvar el retraso penitenciario). En 1937, culpable de haber calificado a Iván Bounine de "autor clásico", Chalamov es nuevamente arrestado. Se le condena a cinco años en los campos de Kolyma, en el extremo norte de Siberia. En 1942, a punto de ser liberado, su pena es prolongada aduciendo "propaganda antirrevolucionaria". No fue liberado sino en 1953, tras permanecer preso veinte años en el Gulag. Durante ese largo tiempo Chalamov sufrió frío en el cuerpo y en el alma. Nunca más logró sentir calor. Habla de su vida —la vida de millones de hombres— con voz neutra, precisa, que nunca tiembla: helada. La voz de un Chejov que no habría elegido valerosamente denunciar los baños de Skahaline y que fuera encerrado en ellos durante un tercio de su existencia. La voz de un Beckett que no habría recreado "desde adentro" el universo de la desesperanza absoluta, pero que lo experimentara en su propia carne, viviendo su muerte día tras día. Chalamov no escribió "fragmentos de vida": habla de miles de instantes de muerte. Esta epopeya que deja una marca indeleble sobre la existencia humana —una existencia metódicamente deshumanizada por los planificadores de la servidumbre— no es un libro insostenible: escribirlo sostuvo a Chalamov. El libro sostiene la revuelta y la lucidez de quienes han visto truncado su destino, los millones de *zeks* muertos bajo los golpes— de frío, de desgaste, de desesperanza. Con una desesperación, escribe Chalamov, "que es más fácil de sopor-

tar si se escribe. Una vez que se ha hecho, se le puede olvidar". Y una vez que lo ha hecho un testigo de la calidad de Chalamov, la especie humana no tiene derecho de olvidarlo. Sin embargo, la humanidad logra hacerlo...

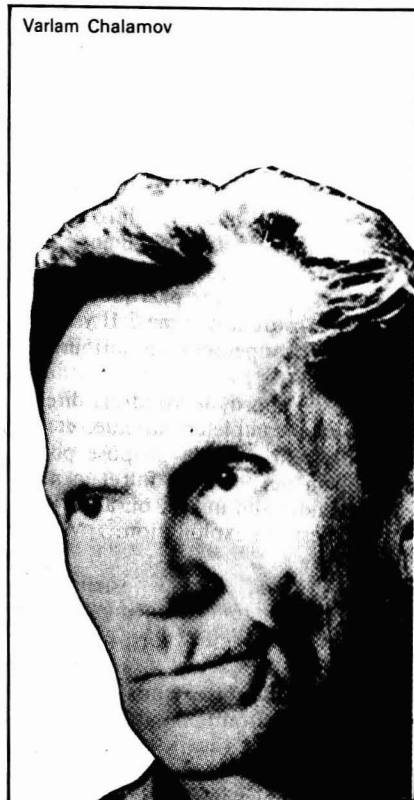
Ver lo que se ve, saber lo que se sabe. Chalamov y algunos cientos de miles de otros esclavos estaban presos en

te, mientras se encuentran en reuniones filosóficas, que el fuego de la revuelta de Pougatchev se propaga a su alrededor. Y Voltaire afirma saber dónde se encuentra el paraíso terrenal: "donde sea que esté Catalina II". Recientemente, Marcelin Pleynet ponderó en su *Viaje a China* durante la Revolución Cultural, lo que Sollers, Roland

Edouard Kouznetsov



Varlam Chalamov



el campo en el verano de 1944, época de la Gran Alianza que para muchos fue la Gran Ilusión, cuando Henry Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, fue invitado por las autoridades soviéticas a visitar Kolyma. Honesto e inocente, Wallace se entusiasmó con lo que vio en las minas de oro de Siberia. "Stalin, escribió a su regreso, hizo de la extracción del oro una industria de guerra privilegiada." Y agregó, inconsciente de un humor negro involuntario, "e inmovilizó a los hombres" ("and he has frozen men in it"), literalmente, congelando hombres. Se sabe que la práctica de aldeas a la Potemkin no data de hoy. Pero tampoco ha cesado. Si en Rusia Diderot descubre "en los espíritus un cierto terror pánico", Catalina II le oculta fácilmente

Barthes, Julia Kristeva y él vieron verdaderamente: lo contrario de lo que creyeron ver. Pleynet no vio la realidad, como lo hicieron sus compañeros, y escribió "fuera lo que fuera, se basaba en lo que yo quería pensar". En vano se mienten quienes vienen de lejos...

A menudo he oído a Louis Guilloux asegurar que al ir a la Unión Soviética, informado previamente por diez testigos dignos de confianza, Gide sabía o presentía lo que diría en su *Retorno de la URSS* y que por eso no fue a Moscú más que a confirmar sus temores. ¿Por qué no? No hay que creer en las palabras ni en los testigos dispuestos a dejarse degollar (que a menudo tienen la vergonzosa tendencia a degollar a otros) ni tampoco a los testigos que han viajado lejos: no ven más que lo que desean

EL APOCALIPSIS DE ARIDJIS

ver. El arte del testimonio, como el de la pintura, también es la "cosa mental" de la que hablaba da Vinci. De lo que Miguel Angel decía: "Si pinge col cervello, non con la mano" (se pinta con la mente no con la mano). Porque antes que ver con los ojos, se ve con la inteligencia. Sin embargo, desafortunadamente las estrategias de la razón y del sentimiento, alteran a menudo la vista más perfecta.

Nada ilustra mejor esta terrible verdad que la vida del extraordinario traductor de Kouznetsov, Jean Cathala, cuyas memorias, que abarcan hasta 1944, acaban de ser publicados. Este apasionante documento es el testimonio de un hombre que conoció la Unión Soviética y que vivió en ella la mayor parte de su vida. No es el descubrimiento del Gulag lo que hace de Cathala, hoy, uno de los críticos de la Rusia staliniana y brejneviana más implacables y sólidamente informados: estuvo deportado durante tres años antes de convertirse en defensor y partidario del comunismo soviético, tras encontrar de nuevo a Maurice Thorez en Moscú y denunciar finalmente el sangriento y siniestro fracaso. No fue lo que vio lo que abrió los ojos de Jean Cathala, sino lo que pensó. Su vista reflejó los campos, la iniquidad, la mentira —sin haberlas visto. La reflexión fue lo que finalmente abrió su mente, sus ojos. En unas cuantas líneas penetrantes y crueles resume este caso de esquizofrenia intelectual generalizada: "No es mi ignorancia de entonces lo que me sorprende hoy sino, por el contrario, haber sabido tanto (...) No era consciente de lo que sabía (...) Al oír hablar de Thorez me desdoblé inadvertidamente. De ahí en adelante había un Yo que sabía y otro que creía. La línea estaba cortada. Incluso sus memorias no se comunicaban."

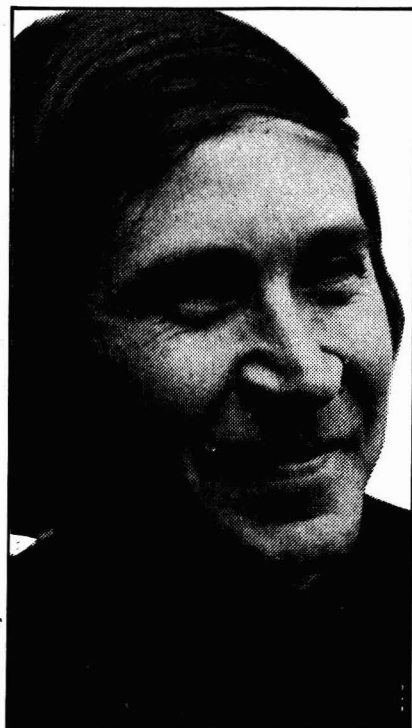
El ejemplo de Kouznetsov (al igual que Kafka o Proust), y de Chalamov (o de Chejov o de Lowry), es que escribir puede ser más que un simple tejido de palabras: un esfuerzo por reunir los yo desunidos para restablecer la comunicación entre memorias separadas y para asumir finalmente lo que no se sabía saber.

Claude Roy

N. de R. Este texto se reproduce con autorización de *Le Nouvel Observateur*. La traducción es de Leonor Corral.

A medida que nos acercamos al año 2 000, las visiones que lo predicen —ciencia ficción, utopías— se hacen menos extrañas o distantes, menos fantásticas y buscan el horror al parecer inevitable ya no en las reservas de la imaginación sino en lo que nos propone la realidad, aceptando con cierta atonía las al parecer incontrolables fuerzas del "progreso". Homero Aridjis se acerca también a ese hito cada vez más próximo retomando el paroxismo milenarista tal cual conviene a nuestro tiempo. *Espectáculo del año dos mil* reúne dos textos de extensión casi igual: el primero, que da nombre a la obra; el segundo, *Moctezuma*, dividido en *Moctezuma en la casa de lo negro*, *Moctezuma en la casa de las aves* y *La matanza en el templo mayor: la muerte de un dios*. El libro se cierra con un texto bastante más breve: *El último Adán*. Los tres constituyen un tríptico impetuoso y a la vez desolado que retrocede en el tiempo deteniéndose en momentos de precipitación trágica en que el horror, distintas formas del horror, aparece como la manifestación —¿inevitable?— de la vida humana. El primer texto imagina, en el último día del año 1999, la aparición de "una luz radiante, en forma de niño", en el bosque de Chapultepec. Describe la multitud, repite lo que dicen las distintas voces que se destacan, asiste al minuto final del siglo. Va de la versión escrita de un moderno Bosco a un noticiero de la crueldad y del absurdo, con algo de carnaval de Ensor. ¿Cine, pintura?: en todo caso registro en el que lo plástico desborda, con la dinámica que tienen ciertos cuadros palinsquemáticos, en los que aparecen representadas simultáneamente acciones sucesivas. El texto lleva lo más lejos posible el recurso enumerativo. El escritor se transforma en un ojo que recorre el espacio imaginario mediante un lente de curvatura perturbadora. Se deforma el espacio, se aproxima lo distante; y el tiempo, al acercarse también lo remoto. Junto a la muchedumbre contemporánea que desfila ante el misterio, acuden Cristóbal Colón, Dante Alighieri, Her-

▲ Homero Aridjis: *Espectáculo del año dos mil*. Joaquín Mortiz, México, 1981.



Homero Aridjis

nán Cortés y la Malinche, etc. Puede suponerse una comparecencia meramente caótica; también cabe buscar los méritos, en diversas categorías, de cada elegido. Sacerdotes, viejos y jóvenes, un astrólogo, el Tipo con el calcetín en la cabeza, varios locutores, vendedores de globos, de máscaras de oxígeno, de pastillas, de títeres, de sombreros zapatistas, de revistas, de matracas, de periódicos, de micas para credenciales, de silbatos; y voces varias de mujeres, de hombres, del orden público, etc., constituyen la banda sonora de este cuadro móvil. Esta primera parte del apocalipsis de Aridjis incluye, entre tantos elementos, el humor paródico. Los seres inocentes o menesterosos o sufrientes se entregan al milagro como a una única posibilidad de salvación o de justicia, pero otros —los vendedores— todavía tratan de sacar partido, una irrisoria ventaja material, a las puertas mismas del misterio que se va a revelar. El vendedor de billetes de lotería propone: "Disfrute su premio en la eternidad... Lleve dinero, por las dudas...!" El lenguaje tiene el dinamismo que debe tener el lente de un camarágrafo ágil. Aridjis proyecta las luces de su enumeración desde un punto fijo o se desplaza aquí y allá en un espacio que se concibe limitado, arrastrándonos hacia el minuto límite y la culminación es-

perada. Pero dejemos el suspenso en pie. *El último Adán*, en las páginas finales del libro, propone una nueva versión del fin de Sodoma y Gomorra. Entre estos dos textos, que comparten una visión cristiana, se intercala el Moctezuma, que canta, no menos dramáticamente, la muerte de la civilización azteca en la muerte del rey que confió en dioses equivocados: "Mi más grande error —dice Moctezuma— fue el haber creído que el hombre que venía para destruirme era un dios que volvía para salvarme. Ahora soy ceniza, soy aire." Es muy natural que Aridjis se vuelva hacia la conmovedora figura de Moctezuma, esa figura que extrae su fuerza trágica no sólo de su error sino de su capacidad de concentrar, de despertar la crueldad del conquistador. Cierra así un ciclo que había abierto Artaud al proponer que el primer espectáculo del Teatro de la Crueldad se llamara *La conquista de México* y tuviera por centro a aquel rey. Más allá de la utilización de esta figura, Aridjis supo atender, formal y espiritualmente, al mensaje profundo de Artaud, no demasiado aprovechado en nuestra lengua, cuando decía: "Me entrego a la fiebre de los sueños, pero para extraer de ella nuevas leyes. Busco la multiplicación, la fineza, el ojo intelectual en el delirio, no el vaticinio azaroso." Ya es el momento de subrayar lo que el título de Aridjis nos señala desde la primera palabra: *espectáculo*. Sin duda en espera del director que sea capaz de transformar lo que en este libro, inevitablemente, depende de la palabra, transfiriendo esta poesía del lenguaje en una poesía del sonido, la imagen, las luces, el ritmo, en resumen, en una poesía espacial. Así, este espectáculo se acercaría a la *materia como revelación*, como reclamaba Artaud. Forma prototeatral, omite los casi omnipresentes —en el teatro convencional— caracteres, las elucidaciones psicológicas. Es visible, en cambio, la búsqueda de un sentido trascendente, digámoslo claro, religioso. En ese sentido, *Espectáculo del año dos mil* se proyecta en un plano paralelo a la realidad, así como un misterio alude a la realidad y no es esa realidad. En la primera parte, la multitud que presencia el espectáculo de la Luz que aparece en el Bosque se convierte ella misma en espectáculo: el coro final, entre el repicar de campanas y el Gloria de Vivaldi está

formado por "la multitud entera"; el Bosque es ya el Mundo, el coro suma letanías mazatecas o cantos yaquis, cantos hebreos, tibetanos, gregorianos. Quizás, entre tanta destrucción, entre tantos furores letales, Aridjis pone una esperanza, una esperanza de despertar comunitario. Como al final de *El último Adán* —final también del libro— pone esperanza en el amor: "Sin embargo, contra la sombra general que los devora, ellos se mantienen juntos, abrazados, besados, no sólo en lo visible sino en lo secreto... Sí, descarnados los cuerpos, sólo queda el amor." Con intuiciones del horror, y en tanto recrea, desde los datos que el presente esconde, la apocalipsis que parece estarnos destinada, Aridjis erige un texto que subyuga por el carácter tenso, sulfuroso, despiadado de su poesía.

Ida Vitale

DENTRO Y FUERA DE LA UTOPIA

Espero que tanto Enrique González Pedrero como el paciente e impaciente lector me permitan, al principio de esta reseña, casi carta, algunos recuerdos personales. Vienen a cuento.

En 1940, todavía apenas adolescente, acompañé a mi padre, Joaquín Xirau, a Morelia, donde él impartió un cursillo. Visitamos Pátzcuaro y varios de los pueblos alrededor del lago —recuerdo especialmente Huecorio—. Más tarde, estudiante en Mascarones, fui un mes, dos meses al año a Morelia durante aquellas deliciosas vacaciones invernales que tan bien se llevaban con el clima de México. Esto significa que conozco relativamente bien Michoacán. Señala, ante todo, la impresión primera que mi padre tuvo de aquel su primer viaje: vio, todavía muy en vivo, la presencia de Don Vasco, presencia que hace notar Enrique González Pedrero. En uno de los pueblos, donde se tejían redes, mi padre preguntó a uno de los tejedores por qué había escogido aquel oficio. Contestó el tejedor: "por que nos

lo dijo Don Vasco". Fue allí, en tierras michoacanas donde mi padre me dijo una frase que después han repetido autores que han estudiado su obra: "En México he descubierto a España." Algo semejante les sucedió a Gallegos Rocafull, a José Gaos, a Pedroso, (a él González Pedrero dedica esta *La cuerda floja*). ¿Qué significaba aquel descubrimiento? El de entender una España humanista a caballo entre los fines de la Edad Media y los comienzos del Renacimiento. De este "descubrir" surgieron estudios y libros. En el caso de Joaquín Xirau, especialmente los que dedicó a Juan Luis Vives y a Ramón Lull (o, castellanizadamente, Raimundo Lulio). Muchos años más tarde yo mismo preparé una antología de los humanistas del siglo XVI donde volví a apasionarme por Vasco de Quiroga.

Pregunta: ¿qué tiene que ver todo esto con el libro de González Pedrero? Algo definitivo. El libro, dedicado al papel de la "utopía" dentro o fuera de la "utopía" —el no "hay lugar", que diría Quevedo —y el "hay lugar"— contiene un capítulo especialmente hermoso sobre Don Vasco, en quien González Pedrero ve la mezcla de idealismo y realismo que hacen al verdadero político. Tal es la razón por la cual empieza esta reseña con la mención del capítulo IV; en él González Pedrero percibe con toda claridad que en Don Vasco se entremezclaron la utopía —hecha topía—, y la libertad, el idealismo y el realismo, los sueños y los hechos. Es el caso que muchas utopías, por buenas que sean las intenciones de quienes las construyen, acaban en sistemas totalitarios —imaginados o reales—. La utopía de Vasco de Quiroga es sorprendente porque, al tener en cuenta el mundo real entremezclado con el mundo de la utopía, llega a *realizarse* sin menoscabo de la persona humana, individual y libre. Naturalmente, González Pedrero tiene en cuenta los espléndidos estudios de Silvio Zavala sobre la influencia de Moro en Vasco de Quiroga. Pero si en el político y santo inglés la utopía acaba por ser negación de la libertad, en Don Vasco se percibe, por decirlo con sus propias palabras, un "arte de policía mixta" que admite la conjunción libertad-justicia. No abundaré en lo que González Pedrero describe con precisión: la necesidad reiterada, por parte de Don Vasco, de tratar a los indígenas

▲ Enrique González Pedrero, *La cuerda floja* Fondo de cultura Económica, Colección Popular, México, 1982, 184 pp.



Enrique González Pedrero

como personas libres, la afirmación de los derechos de los pueblos conquistados, la condena de la codicia de los conquistadores, de la esclavitud y del mismo derecho de conquista cuya única misión debe ser la del cristiano que no impone un imperio sino que ama a los hombres que descubre. De hecho Vasco de Quiroga repite varias veces que los verdaderos cristianos son los indios y que los españoles se comportan como enemigos del cristianismo. Tal vez habría que insistir aquí sobre un punto: el de la tradición cristiana que, entre protestantes intolerantes por un lado y una iglesia intolerante por el otro, tratan de edificar una *philosophia Christi*, entre ellos, sin duda, Tomás Moro, pero también y principalmente Juan Luis Vives y su amigo Erasmo.

En este capítulo IV, González Pedrero hace notar que Vasco de Quiroga se adelanta a Tocqueville cuando éste descubre "la gran contra Utopía americana: la realización del Contrato Social en el Pacto Federal de los Estados Unidos". Tiene razón González Pedrero: Vasco de Quiroga descubrió un "modelo" de gobierno para la Nueva España que, por desgracia, no pudo o no quiso llevar a cabo el Virreinato, ni, más tarde, la República independiente. En una época de lucha entre dos potencias imperiales, ¿no será todavía la vía "mixta" de Don Vasco una posibilidad para el México de hoy? Así lo desea y lo sueña —no sin realismo— González Pedrero.

No creo haberme apartado, en lo que llevo escrito, de la intención central de

La cuerda floja. Quiero, sin embargo precisarla y recordar los temas principales del libro.

La cuerda floja empieza con esta frase: "La política es una alianza de realidad e imaginación, de lo que está ahí y de lo que no está en ninguna parte: la Utopía". Al analizar a Maquiavelo, González Pedrero recuerda su realismo político independiente de toda moral. Pero hace ver, al remitirnos a la última parte del *Príncipe* ya a este libro extraordinario e inacabado que es el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, que en Maquiavelo, el realista, no dejan de estar presentes el sueño, la utopía. Una cosa son los medios —los que se describen en *El príncipe*—, otra cosa es el fin —la Unidad de Italia bajo el ejemplo de la República romana—. ¿Hay contradicción en Maquiavelo? No lo cree así González Pedrero al hablarnos de medios y fines. En este punto no sé si voy del todo de acuerdo. Hace años escribí: "Filosofía del cambio, no puede ser la filosofía de Maquiavelo una teoría del progreso. Es, sin duda, una filosofía del conflicto." (Cf. *Ciudades*). El hecho es que Maquiavelo anda en la cuerda floja, en esta cuerda floja por la cual deambulan los políticos y debajo de la cual no existe red alguna.

Especialmente interesante y original el estudio de Tomás Moro. Lo que demuestra González Pedrero es que en aquella tierra insular donde se consiguen la igualdad y la justicia, no existe libertad; demuestra también que, al referirse a la guerra justa, Tomás Moro

prepara sin saberlo la política del imperio británico y (el expansionismo está justificado en la *Utopía*). El hecho es, y aquí tiene razón Popper, que los enemigos de la "sociedad abierta" proceden frecuentemente mediante utopías y que estas utopías son como lo fue la de Platón totalitarias. Así en sus inicios, así en el periodo helénico, así en Tomás Moro, así también en Marx quien no pudo prever que la socialización de los bienes de producción tuviera que conducir a sociedades totalitarias. Los extremos se tocan: Moro, el idealista, coincide con Maquiavelo al dar una importancia capital al Estado. También Moro anda en la cuerda floja. ¿Hay que dejar de transitar por esta cuerda? No lo cree así González Pedrero. Estamos, en nuestros días, en plena flojedad de la cuerda. El hombre actual vive enajenado —Este y Oeste—, las ideologías han fallado. ¿Qué hacer? González Pedrero se da cuenta de que después de los descubrimientos de Freud no es ya posible pensar en la política, como quiso pensar en ella Hobbes, como una actividad totalmente racional. La presencia de un inconsciente que en parte guía nuestros actos se asemeja a la presencia de la *fortuna* en la obra de Maquiavelo. Pero si el hombre no actúa racionalmente y si está muchas veces movido por pulsiones inconscientes, no deja de haber "reglas del juego". Las reglas de la política tienen algo del "ajedrez", de la "guerra", de la "muerte". ¿Cómo pensar en una política humanista cuando sabemos que nuestras pasiones forman parte integral de nuestra persona? En el caso de México González Pedrero elige la libertad en un "difícil equilibrio" que entraña "una distribución justa del ingreso y del trabajo, sin menoscabo de democracia y libertad." *Ni libertad con miseria, ni trabajo para todos con tiranía*. En cierto modo debemos tener en cuenta a Vasco de Quiroga y ser capaces de integrar "el sueño de la realidad". En efecto debemos soñar pero, sobre todo en este mundo nuestro donde mandan las utopías negativas —las que describen Orwell, Huxley, Kayser— es necesario de toda necesidad evitar las pesadillas y la muerte del alma. Sí, acaso renovar, para nuestros tiempos, la "policía mixta" de Don Vasco...

Ramón Xirau

“DE LO ALTO A LO HONDO” GONZALO ROJAS

En *Oscuro* (1977), su anterior recopilación de poemas, Gonzalo Rojas hizo explícito su deseo de no sujetarse a las cronologías, por lo que eligió un orden temático que ahora repite bajo un nuevo título, *Del relámpago*: lenguaje, erotismo e historia. Destruyendo las fechas, no sólo se libraba de la idea de una agregación poemática, sino que encontraba un punto de confluencia: impedía que la sucesión de los días determinara el sentido de sus invenciones. El antes y el después debían corresponder entonces a una sucesión de las páginas y otro tanto debía ocurrir con los lugares en que habían sido escritos los poemas: en una u otra geografía, antes o después, todo pertenecía ya al orden del libro, la oscuridad inicial de la que surgen los poemas se reproducía y el producto sería viejo y nuevo al mismo tiempo, pues lo que importaba era “ese ejercicio ciego pero incesante —larvario tal vez— en tres de sus vertientes visibles que vienen manando desde la mocedad”.

En este juego había un reto para la memoria. Eludir el tiempo y la estructura del libro sólo era posible por la intervención de otro orden. Ese manar constante encuentra sus similitudes y sus diferencias por azar, en los huecos de la memoria —uno de los refugios de la sensibilidad más desgastados actualmente—. El fin perseguido, inevitable, era encontrar la libertad para los poemas. Así se entiende que el libro sólo sea soporte de una manera de vivir —herencia surrealista— en la poesía, y su orden último pertenezca a la memoria, como sucede con los cantos populares de trama consabida.

Al distinguir las diferentes voces —quizás etapas— que aquí se suceden, se tiene la sensación de que el poeta no ha pasado de la obscuridad a la luz en un viaje cumplido. Ha confirmado su creencia en una oscuridad donde lo único naturalmente visible es el relámpago (“palabra viva y necesaria”). Oscilante entre la ceguera y la creación, el genio

ve su rostro iluminado en un espejo. El poeta se ve al mismo tiempo que mira el relámpago, indeciso entre estas formas de la luz y la velocidad con que vuelve a lo oscuro: momentáneo vidente. Su obra confirma que los temas son reincidencias y los modos, luces repentinas, incesantes.

El espejo, en este sistema (“el estudio de la poética tiene sus postulados propios”, escribe Blanchot a propósito de Valéry), es una hoja de papel imaginada —una de las figuras que concentra mayor misterio—, es frágil y poderoso y a su fuerza abismal se une la contingencia de que quien se asoma en él ignora la razón de su acto porque el arte es, sobre todo, un secreto. El espejo es, pues, el lugar de la escritura; puede romperse o puede encandilar: “fascinación mortal la del azogue”, dice Rojas, y ahí el tema del otro (“era poderoso ver cuatro en la figura de estos dos”, “las personas son máscaras, las acciones juegos de enmascarados”), por ejemplo, se desarrollan admirablemente en el poema “Cama con espejos”, del que reproduzco los primeros versos:

Ese mandarín hizo de todo en esta
cama con espejos, con

dos espejos:

hizo el amor, tuvo la arrogancia
de creerse inmortal, y tendido aquí
miró su rostro por

los pies,

y el espejo de abajo le devolvió el
rostro de lo visible;

así desarrolló una tesis entre dos
lucos: el de arriba

contra el de abajo, y acostado casi
en el aire

llegó a la construcción de su gran
vuelo de madera.

El que se mira los pies, parece querer decirnos el poeta, pronto se desprende de sí mismo para volar. Pero a qué tema pertenecen estas líneas. El juego de inversiones lo es en realidad de identidades. La historia es un extremo del cuerpo, son los pies, el final del libro, lo terrestre. El lenguaje ocupa el otro extremo, la cabeza, el cielo. A ambos los une el amor, las mujeres hermosas. Pero quién es el que camina y quién el que piensa. De esta especie de trilogía proceden las voces que conforman la sabiduría poética de Gonzalo: a veces la ca-

beza está en los pies y a veces es el amor el que desarrolla tesis.

Del verso “sucio fue el día de la mariposa muerta” al que dice “todavía recuerdo mi clase de retórica”, no hay un trayecto lineal en el que un extremo sea prosaico y el otro metafísico. Una sangre lúdica recorre tenazmente esta poesía.

A pesar de que el poeta ha negado las cronologías (todos saben que nació en Lebu, Chile, en 1917), a pesar de que se ha negado a hacer su propia antología, algunos cirujanos se han atrevido a intentar la mutilación de este cuerpo. Es el mismo el que camina y el que piensa y el que goza. Y es el ritmo el que cambia. No creo, como se dice, que sea uno el poema escrito a lo largo de los años por Rojas, que “se extiende y va cambiando de título”. Es uno el libro, sí, y cambia de título e incluye poemas inéditos, pero en su interior los poemas juegan su juego libremente, dice Gonzalo: “en un proceso rítmico vertebrante, como la circulación de la sangre o de la savia”. Es otro el orden de cada libro, y cada nuevo libro es más grande y complejo y los poemas que contiene siguen otro orden y por ello digo que apelan a la memoria: una parte del epílogo que en *Oscuro* se encuentra en la página 214, en *Del relámpago* aparece fragmentariamente en la página 30. Sólo el poeta puede saber dónde cortar y de ahí que su “negocio único tenga que ser la libertad”.

Y aquí llegamos a entender el acierto inmediato de este libro: las vertientes también son artificio y los temas se esconden en su infinita riqueza, en la que los poemas parecen continuarse cuando terminan por completo. Es difícil saber hasta qué punto la poesía de Gonzalo entra a formar parte de sus lectores, provocando que al reconocerlo en otro lugar, páginas adelante, en otra fecha, se crea que es el único y el mismo sin más: “Cada poema nace en mí como un zumbido, en cualquier sitio, en cualquier instante”, dice Gonzalo Rojas, al que por fin tenemos en México.

Jaime G. Velázquez

En nuestro número anterior cometimos un error que ahora reparamos: el nombre del traductor del texto de R. Gordon Wasson es Felipe y no Francisco Garrido

LAS PALABRAS DE CINTIO VITIER

En el nuevo libro de Cintio Vitier (miembro del legendario Grupo Orígenes), la poesía va directamente a la vida cotidiana, a su encuentro y celebración ("La casa está hecha. La ciudad comienza/ por el rasgueo de una guitarra, / hija y madre de la memoria". p. 21). Y en Cuba, lo sabemos desde hace veinte años, eso significa hablar de la rutina revolucionaria: "cada mañana es como si empezara/ Cuba toda otra vez por todo el aire". (p. 36). El poemario se titula *La fecha al pie*. ... La meta es ponerle fecha a los poemas. Escribir poesía como quien lo hace con los ojos abiertos al momento histórico y cumple de este modo la jornada con las musas; Vitier entiende que "el discurso de la historia" lo hacen al parejo el guerrero y el intelectual, y dentro de los últimos, el poeta:

Asaltar un cuartel ¿se relaciona
con el haz y el envés de las palabras?
Esto no lo pensaron, y no obstante,
los héroes crearían un lenguaje.

(p. 32)

Es, complicado de historia, el tan viejo problema de la relación entre el escritor y sus palabras, que sigue al poeta Vitier con puntual fidelidad. Fabricar el objeto estético de palabras y tener que hacerlo desde la Cuba posterior a 1959, esa que ya tiene una historia y escribe su discurso. El punto (de tránsito, nunca final) a que llega el poeta se ilustra cabalmente con "Ese niño ardiendo (Viet Nam)":

Ese niño que lentísimo corre ardiendo
en busca de la gota de vida que le niegan,
la bocanada de aire que lo inflama,
el pecho imposible de su madre, y que tropieza
y cae, y que ya muerto sigue ardiendo,
arrastrándose (inmóvil), no hay palabras,

▲ Cintio Vitier: *La fecha al pie*, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1981, 120 pp.

las palabras tendrían que ser (carne,
huesos, ojos,
y arder y arrastrarse por la tierra,
tendríamos que arder con las palabras
quemadas (como él,
y aun así no sabríamos que decirle.

(p. 13)

Y, de una forma que puede decirse más íntima, en donde todo —vida personal e historia— es huella trabajada por el verbo, el poema "Una brazada de flores", que, en su cuidada estrategia de enumeración caótica, trae fuertes ecos borgianos:

Una brazada de flores,
Una oveja con su blanca pelliza,
un montón de estrellas revueltas en el heno,
un navío entrando en el puerto de la Habana,
un árbol batido por la gloria,
la posesión que nunca acaba,
la galería del olor del alba de la mariposa,
la mañanita de invierno en que Martí sale
febril, tus ojos, tus labios, tu alma tus dedos,
amor.

(p. 43)

El trajín entre las palabras y Vitier es incesante; toca la zona melancólica de las confesiones, como en "Ramón Rubiera" ("No hablamos nunca (en realidad) de poesía/ Juntos dábamos clases inútiles/ de un francés raído que no le interesaba a nadie/ —rodeados por la rugiente noche". p. 55), se remansa un poco en la experiencia católica (notablemente en la pureza formal de "Villancico"), pero siempre es ese trajín misterioso y complejo, apuntalado en el centro de la historia por la flecha de una fecha:

El día era hermoso,
extravagante y natural como una jirafa
bebiendo en el río.
Sólo le faltaba la letra de su canción.
Llegó el periódico,
estallaron las bombas, la luz del tele tipo
atravesó el espacio de las aves.
Las nubes, los colores, iban de política.
(Del poema "La fecha al pie", p. 83)

El libro ha repartido y organizado sus fuerzas en cuatro secciones, y la estrategia ha sido adecuada. La primera marca en particular la actitud de poesía política en el tono ya mencionado: poemas que celebran alguna batalla, héroe o acontecimiento notable ("histórico") —ahí se habla de Martí, Ho Chi Minh y del 26 de julio; por el otro lado —acaso más interesante— están los poemas de la "microhistoria" cotidiana, la "suite de un trabajo productivo", para decirlo con el título de uno de esos textos. Las dos vertientes son recorridas por la preocupación de formar con ello un lenguaje, un nuevo lenguaje estético que no olvide la política y colabore en hacer "la forma de la patria", que así se llama la sección. La segunda es "El alma en vilo": se habla de intimidades en un tono semejante al que procuran los poemas de la microhistoria. Aquí Vitier se propone mostrar —conformar— cómo parte sustancial de la vida privada proviene de experiencias colectivas y también toma su forma de la patria. Antes de "El Bosque de Birnam", poema extenso que por sí solo constituye la cuarta sección, en su complejo intento de ensamblar todas las preocupaciones del libro de manera unitaria, viene una sección donde el lector ve claramente algo que ya esperaba pues había advertido subterráneamente: el poeta y sus palabras; el imperativo de llevar a la poesía esa masa de historia y biografía, producir —como objetivo final— un sistema de vida y su constancia literaria. "La poesía y el poema" que el libro de Vitier persigue obsesionado; ecos del farrago de vida que de repente se vuelven sólidos y hacen el poema y la poesía de lo disperso. En el fondo de todo no está la historia, ni el amor, ni las glorias y desgracias que con su tránsito hacen una biografía; más allá Cintio Vitier habla del misterio angustioso que es vivir en contacto con palabras inficionadas de literatura. Nos acercamos a la zona secreta de Vitier y algo descubrimos. Le dice "A la poesía, para cumplir, con ella, mis 50 años", en un poema que tiene, "su fecha y su número preciso": 19 de septiembre de 1971 (ahora Vitier tiene 60 años):

¿Qué está pasando ahora que los músicos
acabaron de tocar aquel danzón terrible?
Mi vida vuelve a ser el arenal de hueso

donde salí del libro, ay, sellado. ¿Y tú, serás mi hija?

¿Y tú, serás mi patria que no terminaré de ver?

¿Dirás lo que dijiste aquella noche, cuando la finca empezaba a ser el paraíso

entrando en el futuro de los naranjales, bajo la risa de las estrellas.

Alberto Paredes

DE MÚSICA

CONCIERTO EN LA CATEDRAL

En junio de 1979, después de un largo y complicado proceso de reconstrucción, los órganos de la Catedral Metropolitana sonaron de nuevo. Desde entonces a la fecha, se han ofrecido algunos conciertos —muy pocos en realidad— en estos magníficos instrumentos. Y de esos conciertos, probablemente el más interesante ha sido el último, que tuvo lugar hace algunas semanas. El concierto en cuestión fue organizado como un homenaje a la memoria de Francisco de la Maza, infatigable protector del patrimonio artístico nacional; la elección de la Catedral y sus órganos para un homenaje de esta naturaleza no pudo ser más atinada, ya que esos dos órganos son verdaderas joyas que sin duda merecen ser tocadas con más frecuencia.

Las primeras dos obras del programa fueron ejecutadas por Arturo Cisneros en el órgano del lado poniente. A pesar de que el programa indicaba que la primera de ellas es anónima, la verdad es que se sabe que el autor es el compositor español del siglo XVII Antonio Martín y Coll. Sus *Cuatro piezas de clarines* (y no de *clarinetes*, como decía el programa) están escritas para explotar el re-

gistro *clarino* del órgano, es decir, aquel cuya voz se parece a la trompeta. En la interpretación de la obra fue posible apreciar el penetrante sonido de los registros del órgano y la sólida técnica de Cisneros. De esas *Cuatro piezas de clarines* existe, por cierto, una interesantísima grabación, un su arreglo para órgano y trompeta barroca, en la que la interacción entre el instrumento de aliento y el registro correspondiente del órgano produce una de las combinaciones acústicas más poderosas y sugestivas de la música ceremonial barroca.

Después se interpretó una *pastoral* de Bach, de escritura más transparente que otras de sus obras para órgano y que, sin embargo, permitió escuchar momentos sorprendentes de construcción contrapuntística.

Las dos piezas ejecutadas a continuación fueron lo más interesante del programa. Para ellas, Rogelio Jasso ocupó el órgano del lado oriente, y ambos organistas interpretaron dos conciertos para dos órganos de Antonio Soler. Esos conciertos forman parte de la colección de conciertos para dos teclados (en algunos de ellos participa el clavecín) que son quizá los más conocidos de la obra de Soler. Escuchar por primera vez los dos órganos de la Catedral simultáneamente es una experiencia musical asombrosa. La primera necesidad que se plantea es, de inmediato,

hallar un lugar en la nave de la Catedral que permita un balance dinámico adecuado. Ello implicó un recorrido por la Catedral que permitió hacer descubrimientos sorprendentes, principalmente el hecho de que las mejores condiciones acústicas se dan en los sitios más inesperados. Finalmente, y al seleccionar un lugar central, equidistante de ambos órganos, sirvió para recordar que el aparentemente moderno concepto de la estereofonía se remonta muy atrás en la historia musical de occidente. Fue muy curioso observar que el público, instintivamente, buscó una mejor colocación para escuchar las obras antifonales de Soler, concentrándose notablemente en la parte central de la nave de la Catedral. Las dos obras con las que el programa terminó fueron ejecutadas nuevamente en el órgano del lado poniente por Arturo Cisneros. Primero, una *Fuga* de Luigi Cherubini, que fue la pieza que provocó la reacción más entusiasta del público, debida probablemente al enérgico desarrollo de la forma y al final poderoso y vibrante. Para terminar, se escuchó un *Preludio* del compositor contemporáneo Gastón Litaize. Como era de esperarse, una buena parte del público frunció el ceño al oír armonías distintas e inesperadas, y no del todo dulces. Sin embargo, el *Preludio* de Litaize resultó ser una obra muy sólida y de una claridad armónica



notable. El hecho de que se haya incluido esta obra en el programa indica una saludable actitud por parte de los programadores, a quienes se agradece que nos permitan recordar que no sólo de Bach vive el órgano. Y a pesar de que el programa terminó con música contemporánea, el público, finalmente, reaccionó con entusiasmo, al grado de que el concierto se prolongó media hora más gracias a varios *encores* ofrecidos por los organistas. Otra vez, entre las piezas fuera de programa, hubo alguna muy contemporánea, como muestra de la variedad de repertorio de Arturo Cisneros y de su actitud ante la música escrita para su instrumento.

Además de sus valores estrictamente musicales, este concierto en la Catedral permitió apreciar algunas cosas interesantes. Por primera vez fue notable la campaña de difusión previa que se hizo respecto al evento; ello ocasionó una afluencia de público inesperadamente numerosa, que de hecho llenó la Catedral para escuchar los órganos. Observar a este público, que no era el habitual de las salas de concierto, dejó la impresión de que la actitud preponderante entre los asistentes era la curiosidad. Y cuando se puede fomentar la curiosidad de nuestro público hacia manifestaciones musicales fuera de lo común, se ha dado un gran paso. No faltaron, por supuesto, actitudes más comunes: una reportera de una cadena televisiva entrevistó a uno de los organizadores del concierto (entrevista que escuché a prudente distancia), y la pregunta que hizo con más insistencia fue: "¿Y cuánto cuestan los órganos?" El entrevistado, claramente contrariado, trató de explicar a la reportera lo absurdo que es intentar tasar monetariamente ciertas cosas; a pesar de ello, la entrevistadora insistió en saber una cifra. Esto demuestra que, en ciertos medios, la información con respecto a la música está gobernada por principios que muy poco tienen que ver con la música misma. Por fin, una pregunta: ¿será posible que ahora que existe la intención aparente de rescatar del olvido a los órganos de la Catedral, en alguna ocasión se explore el vasto repertorio en el que el órgano es acompañado por coros, metales y percusiones, para aprovechar así al máximo no sólo los instrumentos, sino también las posibilidades acústicas de la Catedral Metropolitana?



II

Por lo general, cuando en nuestros canales de televisión se transmiten conciertos (ya sean en vivo o grabados previamente), la imagen suele ser bastante monótona y repetitiva, la calidad del sonido bastante pobre, y la producción muy floja en general. Esto sucede con la mayoría de los programas producidos en México, y con algunos de los que nos llegan del extranjero. Es por ello que cuando se produce una excepción notable a esta regla, vale la pena comentarla. Hace algunas semanas, el Canal 11 transmitió una película documental alemana de primerísima calidad; se trató de un concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Herbert von Karajan. El solo hecho de poder ver a esta orquesta y a este director, aunque sea sólo en película, vale la pena por sí mismo; si además la cinta en cuestión exhibe sobresalientes valores de producción, la experiencia es doblemente instructiva. El programa del concierto filmado estuvo compuesto por dos obras: la obertura *Der Freischütz*, de Carl Maria von Weber, y el poema sinfónico *Don Quijote* de Richard Strauss. Lo primero que destaca en la película es la riqueza de la imagen. Estamos acostumbrados a ver nuestros conciertos cubiertos por tres cámaras de televisión, colocadas siempre en los

mismos puntos de la sala de conciertos; por contraste, la cinta alemana nos demuestra, a pesar de nuestra posible incredulidad, que hay una variedad enorme en cuanto a los ángulos posibles para filmar a una orquesta y a su director. Es obvio que la filmación se realizó con un buen número de cámaras, y como es de esperarse nunca vemos a alguna de ellas en la imagen de las otras. En segundo lugar, es notable la calidad del sonido. Si por lo general el sonido suele ser uno de los puntos más débiles de las transmisiones por televisión, cuando se trata de música es francamente desastroso. La película en cuestión, sin embargo, presenta una pista sonora impecable, con una riqueza tímbrica notable, y con una limpieza que es aún más valiosa si se considera el hecho de que la película fue filmada durante un concierto en vivo.

En tercer lugar, ese film constituye un alarde asombroso de edición, y no sólo eso, sino que en cada una de las dos obras del programa nos presenta una proposición distinta del montaje filmico-musical. En la obra de Weber, los cortes y los movimientos de cámara están ligados íntimamente al contenido rítmico de la música, de manera que las cámaras parecen convertirse en otros tantos instrumentos musicales. En la obra de Strauss (que por cierto lleva a Mstislav Rostropovich como solista) la



línea general del montaje está más cercana a las características programáticas del poema sinfónico; así, las disoluciones, las superimposiciones y los movimientos ópticos son empleados para reforzar puntos importantes de la narración musical de Strauss. Por encima de todo ello, claro, está el interés de ver dirigir a Karajan (quien por cierto tiene el crédito de supervisión artística en la película) y de oír a la que probablemente sea la mejor orquesta del mundo. Si bien nunca será igual la música a través de una película que en el ámbito vivo de una sala de conciertos, no deja de ser cierto que un documental tan magistralmente hecho como éste puede ser un instrumento de comunicación muy eficaz, como archivo y como transmisor de un acontecimiento musical singular.

III

Una de las formas más directas de calibrar las tendencias actuales del medio musical mexicano, en lo que se refiere a la parte interpretativa, es hacer un breve análisis de las programaciones de nuestros conjuntos sinfónicos. En su primera temporada de este año, las tres principales orquestas de la ciudad han anunciado programaciones que, además de contener algunas obras e intérpretes interesantes, también describen

con cierta precisión la política musical de cada una de ellas. Lo primero que destaca es la profusión de obras de Stravinsky con motivo del centenario de su nacimiento: entre la Orquesta Sinfónica Nacional y la Orquesta Filarmónica de la UNAM han programado dieciséis obras del compositor ruso. La Filarmónica de la Ciudad de México, por otra parte, no ha incluido en esta temporada ninguna obra de Stravinsky. Siguiendo con los homenajes, está la celebración del 250 aniversario del nacimiento de Haydn, señalada por los OSN con un programa especial dedicado a sus obras, mientras que la OFUNAM ha incluido tres sinfonías de Haydn en sus programas. Nuevamente, la OFCM se mantiene al margen del homenaje. Finalmente, está la celebración del centenario del nacimiento de Manuel M. Ponce, para el que la OSN ha programado cinco de sus obras, mientras las otras dos orquestas no han incluido nada de Ponce en sus programas.

También es interesante analizar la inclusión de música contemporánea en las programaciones de nuestras tres orquestas. La Sinfónica Nacional ha dedicado dos programas íntegros de la música de hoy, como una aportación al desarrollo del IV Foro Internacional de Música Nueva; la OFUNAM participa en el mismo evento con un programa

completo de música nueva. En la programación de la OFCM, la música contemporánea brilla por su ausencia. Por lo que respecta a la música mexicana, la OSN ha anunciado ocho obras de autores mexicanos (incluidas tres que forman parte de un homenaje a Julián Carrillo); la OFUNAM ha programado diez obras mexicanas, ocho de ellas incluidas en dos programas dedicados por entero a la música de nuestros compositores; y la OFCM ofrece dos obras mexicanas: *Sensemaya* de Revueltas, y la *Sinfonietta* de Moncayo.

Buscando en el resto de la programación de estos tres conjuntos sinfónicos, podemos hallar algunas otras cosas interesantes. En el caso de la OSN, hallamos las *Canciones del cuerno mágico del doncel*, de Mahler, y la sinfonía *Romántica* de Bruckner. La OFUNAM, por su parte, ha incluido en sus programas el *Concertino* para saxofón de Ibert; la *Octava sinfonía* de Bruckner y el *Requiem* para cuerdas de Takemitsu, ambos bajo la dirección del enérgico Shiguenobu Yamaoka. De la programación de la OFCM destacan como obras interesantes los *Salmos húngaros* de Kodaly, el *Gloria* de Poulenc, la *Sexta sinfonía* de Mahler y el estreno en México del *Concierto* para corno de Franz Strauss.

Juan Arturo Brennan

DE ARTES PLÁSTICAS

ANDREW WYETH Y EL REALISMO DE LA INACCION

"Viento del mar" es el título de una témpera de Andrew Wyeth cuyas dimensiones no sobrepasan los escasos 19 x 28 centímetros. Sin embargo, la escena que se observa en su interior podría constituir el punto de partida de una innumerable cantidad de relatos. Y es que, apartándose de las tendencias abstractas y neofigurativas, el pintor

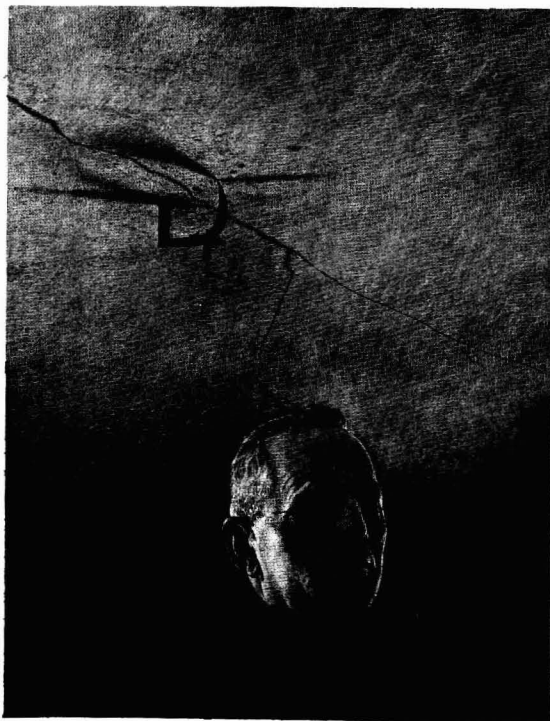
norteamericano se acoge a una nueva concepción del realismo que, por otra parte, ya ha transitado un buen camino, bastante conocido, entre los movimientos artísticos de las últimas décadas. En su particular modalidad, Wyeth, al igual que otros, y como si manejara una cámara fotográfica, selecciona y destaca ciertos fragmentos y objetos de la realidad exterior a la obra distribuyéndolos en el campo del cuadro, en base a ciertas ideas estéticas que trataremos de desglosar, aproximadamente, en los párrafos que siguen.

En la témpera citada, "Wind from the sea", cuya fecha de ejecución se fija en 1947, el artista se ha colocado y coloca al observador frente al rectángulo abierto de una ventana que ostenta una cortina transparente; más allá de la misma se extiende un campo cercado por el follaje en el que se descubren las copas puntiagudas de algunos pinos. ¿Dónde está el mar?, ¿por qué es evocado en el título?, ¿por qué se alude a algo que, a primera vista, no pertenece al marco de visión de la obra? La propuesta del pintor, sin duda, está dirigida a establecer un tácito encadenamiento entre la escena visible y la escena oculta, entre lo que el cuadro muestra y lo que el espectador imagina, inducido por el enunciado que da nombre al trabajo. Lo que equivale a decir, que me-

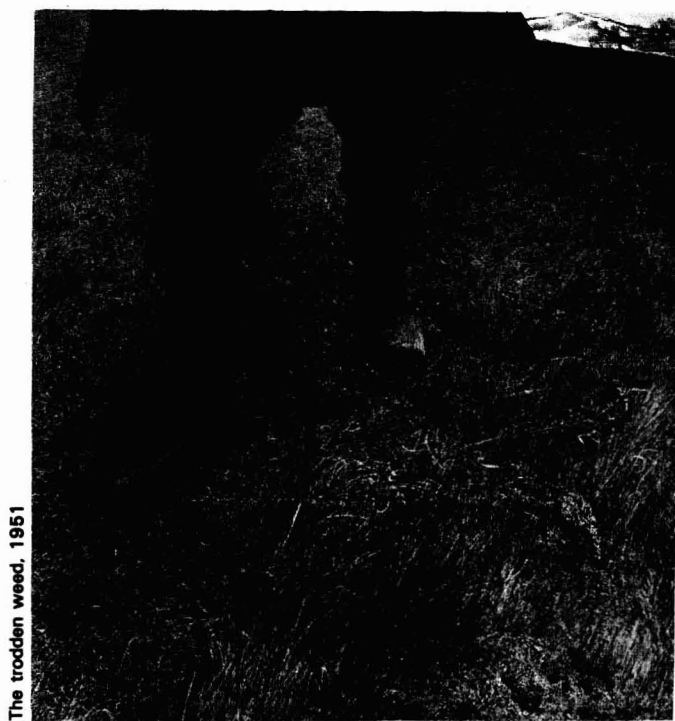
dante este recurso, que desplaza hacia una referencia literaria lo que no está contenido dentro de los límites de lo pintado, Wyeth refuta la idea de que una obra realista lo dice todo e invita a una contemplación pasiva; al mismo tiempo, reafirma la capacidad de sugerencia que puede poseer una estructura plástica marcadamente verosímil. Claro está que, en este caso, lo sugerido es ubicado fuera de las fronteras del cuadro mientras que, en su seno, es posible encontrar otro tipo de significaciones.

En ese sentido, la parte superior de la ventana muestra, a modo de postigo a medias abierto, una serie de compartimentos que bien podrían constituir, si se los tomara aisladamente, pinturas matérico abstractas. El observador actual entonces, y frente a esta estructura actual, puede realizar una lectura similar a la que promueven, por ejemplo, esos segmentos cubiertos con pinceladas de aspecto informalista que ostentan las ventanas del panel de "La Circuncisión" en el "Tríptico de los Uffizi" de Mantegna. Es decir: estamos en presencia de una vuelta a la figuración; figuración que aunque concebida en la organización de sus componentes de un modo distinto —para aventurar una primera y provisoria idea cabe hablar de una síntesis desconocida por lo menos antes del siglo XX— nos lleva como es-

pectadores contemporáneos, a mecanismos de lectura análogos a los que utilizamos ante una pintura del "Quattrocento". Una figuración, insistimos, que, a diferencia de las múltiples tendencias generadas a fines del siglo pasado y en la centuria presente, no violenta las formas. Aquí no hay ningún enjambre de manchas verdes para connotar la vegetación; hay, por el contrario, un sereno y perfectamente reconocible perfil de árboles, una franja oscura que no es otra cosa que el conglomerado de hojas que conforman a aquéllos, separando la masa clara del cielo del dorado esplendor del parque. Pero, he ahí la sorpresa, una delgada zona en estirado ángulo horizontal, a un costado, de color blanco, cual si fuera la hoja acerada de una cuchilla, mueve a reflexiones dudosas: ¿es eso una tenue prolongación del mar?, ¿es apenas la punta de un lago? ¿es agua o simplemente una línea de tierra que la luz torna casi fosforescente? Vemos entonces como, aún una pintura indiscutiblemente realista produce sentidos ambiguos. Retomando, si esa pequeña área representa a una punta del mar, el referente del enunciado "mar" del título se encuentra dentro del espacio figurado, aunque sea como un mínimo esbozo; si no lo es dicho referente está afuera, incorporado a la imaginación del autor y de los



Karl, 1948



The trodden weed, 1951



Winter, 1946

observadores. En cambio, el otro referente, el expresado por el vocablo "viento", se encuentra indudablemente en el seno del cuadro. Pero, ¿de qué modo concreta su presencia un elemento tan etéreo, tan inasible como el viento?: a través de esa cortina movida intensamente por la brisa, lo que equivale a decir que lo hace a través de un objeto.

Cabe, a propósito, reflexionar un poco acerca de ciertos modos de figuración en los siglos pasados. En una pintura renacentista, así como en cualquier cuadro de mediados del XIX o en las pinturas académicas que aún hoy persisten, los cortinados completan el entorno, son parte del decorado, de la utilería que da mayor verosimilitud a la escena en la que se despliegan los personajes, las situaciones, la anécdota. Volviendo al panel de "La Circuncisión" de Mantegna, es evidente que en él se puede desgranar todo un desarrollo temático. En el cuadro de Wyeth, por el contrario, no hay personajes; la cortina, así, se convierte en principal protagonista, es la única que despliega cierta acción; ésta, la acción, ha sido desplazada de la figura humana al objeto y es el objeto, en este caso la cortina, ubicada en el primer plano, quien determina, en cierto modo, y rememorando a Robbe Grillet, la visión. Claro porque detrás de la cortina la superficie del parque, la fronda y el cielo mismo se llenan con las blancas vetas de su tejido, adquie-

ren una nueva textura, un nuevo tono. La imagen, entonces, es tamizada por el objeto cortina y el referente viento sólo se presentiza gracias a ella.

Insistimos, no aparecen personajes; los protagonistas humanos están fuera del foco de visión, están delante del cuadro, en el imaginario interior de esa casa por cuya ventana se ve el paisaje. Los personajes son los espectadores y es el autor frente a una doble ventana, la pintada y el cuadro como, volviendo a la concepción tradicional, "ventana al mundo". Pero al pintar una ventana Wyeth instaura una confrontación: el cuadro como ventana —la ventana pintada, remitiéndonos mediante ese ejercicio al cuadro como objeto pintado, como hecho cultural y, por lo que revela la imagen, como hecho cultural de esta época, hecho que expresa las pautas y modos de realización de nuestro momento. Vale decir, donde no hay anécdota o ésta es escasísima, donde la naturaleza y las cosas dejan de ser apoyo para las situaciones narradas y graficadas; donde, en resumen, lo figurado —de manera análoga a lo que en su propio código postula el "Golpe de dados" de Mallarmé— reclama nuestra atención sobre su color, su textura, su capacidad para materializar algo tan evanescente como el viento.

Por otro lado, en el tramado de la cortina vislumbramos flores y pájaros. Antes decíamos que no existen, dentro del esquema compositivo y protagoni-

Weather side, 1965



camente, formas humanas y animales, lo que se ve es el grafismo de un pájaro en el interior del objeto que es el único portador de movimiento o, dicho en otros términos, de la metáfora de una mínima acción. El o los pájaros, son, así, dibujo dentro del dibujo, forma dentro de la forma.

No es la pintura que acabamos de analizar, "Wind from the sea", el único trabajo en el que Wyeth plasma a la naturaleza vista desde un interior y a través de sus aberturas. En "Ground Hog Day" (1959) el primer plano es ocupado por una mesa sobre la cual reposan un plato, un cuchillo y una taza con su platillo; se muestra, además, el empapelado de los muros y, más allá de la ventana, la parcial superficie de la granja. O sea, esta última es aprehendida con el cristal seccionado de la ventana de por medio. Otra vez es el objeto quien determina la calidad de lo natural contemplado.

Finalmente, en "Seed Corn" (1948), el primer plano presenta un piso de madera listada a la usanza de las viejas casonas de campo y, casi participando de un mismo segundo plano el muro con una puerta ventana en su centro y, a los costados de ésta, algunos elotes que penden de hilos. Al otro lado de la puerta está el cielo y, asomando apenas más arriba de su base, un tejado, la tierra labrada y la línea del horizonte. Los elotes adquieren una consistencia de objetos y el trozo de campiña fue pue-

to casi sólo para atestiguar, muy secundariamente, que lo que importan son los cuerpos macizos y concretos de sus frutos, al lado de los cuales se destaca otro objeto que resalta su perfil, su marco, su existencia: la ventana.

¿Por qué esta reiteración de ventanas? La ventana induce a la contemplación, que es la antítesis de la acción. Cuando nos movemos lo que nos rodea es mirado de soslayo, sólo cuando nos detenemos se hace factible el reconocimiento de la naturaleza y de las cosas en su corporeidad, en su materialidad. Después de largas décadas de experimentar en el terreno de una gradual desrealización de las formas hasta llegar a planteos absolutamente abstractos, pareciera que el arte, mediante el pincel de autores como Andrew Wyeth, Edward Hopper y David Hockney, entre otros, necesitara retomar la visión y la forma de lo real exterior. Y en lo que a Wyeth concierne se opera un retorno a la naturaleza para relevarla en sí misma, sin sumarle una rueda de situaciones anecdóticas que la diluirían. Y en concordancia con esa postura, con ese "voyerismo" el pintor intenta imbuir a la imagen de una serenidad, de una detención del tiempo que deje aflorar el espacio, los intersticios entre seres y cosas. Por eso, seguramente, la base temática de su producción es el campo y sus habitantes, así como el recogido interior de las viviendas, cabañas, y establos. Por eso, finalmente, ese resplandor de los sienes entre puertas y

paredes de madera donde fulgura un saco de harina, una cubeta, un tronco; porque realizando un proceso de inversión el artista aglutina el discurso en los volúmenes inanimados, en el viento y en la luz.

En su notable serie de "Alvaro y Cristina Olson", una témpera elaborada en 1947, muestra a Cristina sentada a la entrada de su casa con los ojos absortos en el exterior. No es casual que los ancianos, cuyos días son una quieta memoria de la actividad pasada, abunden en las pinturas de Wyeth. Y si estos ancianos aún despliegan algunas tareas, los cuadros no los manifiestan en el momento en que las efectúan; los utensilios de trabajo de Alvaro y Cristina, a propósito, se encuentran en otro bastidor, separados de ellos, pero esa composición lleva sus nombres propios, como si objetos y personas conformaran una misma entidad. Más que la acción el pintor explicita el signo de la acción o el signo del movimiento. Veamos, si no, "The Trodden Weed" (1951), donde sobre un suelo colmado de arbustos secos se elevan sólo las pesadas botas y el borde de la capa de un caminante.

Por otra parte, cuando en "Tenant Farmer" (1961), el perro ahorcado que cuelga de un árbol y la casa concentran la atención de quien se aproxima al cuadro, están pidiendo a la mirada que los unifique en una asociación analógica: la inmovilidad del can se espejea en la inmovilidad de la casa, nadie asoma

por ningún visillo, la muerte del animal remite al silencio del edificio y viceversa y la soledad y parálisis de ambos confluyen con el blanco vacío de la nieve que los circunda. No hay rastros de quienes mataron al perro, no se sabe si fue un suicidio involuntario, no hay, tampoco, huellas de quienes habitan la vivienda. Todo está puesto ahí para ser presenciado sin distracciones, para que el espectador absorba el formato, el volumen, el perfil y la masa de lo pintado.

Haciendo un repaso comprobamos que entre los componentes de la obra de Andrew Wyeth son frecuentes los viejos, el campo semidesierto, los utensilios de labranza, etc. Y reuniéndolos a todos la declinación de la vida, el silencio, el vacío y la soledad; un estado temporal, en suma, que se ubica en el final de toda acción y que sintetiza de modo extremo la no acción. En suma, así como cierta literatura de vanguardia más que narrar significa la operación de narrar en sí, constituyéndose en una suerte de metalenguaje en el espacio mismo de lo narrado, hablando sobre lo que se dice al tiempo que se dice; esta pintura, en su contundente realismo, connota la forma de aquello que "representa", sin utilizarlo como vehículo o apoyo para el desplazamiento de episodios diversos; antes que el movimiento se patentiza el signo del movimiento, antes que la ejecución de la muerte del perro el signo de la muerte misma.

Lelia Driben



Distant thunder, 1961



Christina's world, 1948



DISTRIBUIDORA DE LIBROS DE LA UNAM



ESTETICA Y HUMOR DE LO SINIESTRO. Héctor Trillo	250.00
OBRAS II SATIRA POLITICA, José Juan Tablada	80.00
LA METAFISICA DIALECTICA DE EDUARDO NICOL, Juliana González	130.00
DICCIONARIO ALFABETICO LEGISLATIVO DEL COMERCIO DE FILIPINAS Y NUEVA ESPAÑA Felix Lope y Vergara	40.00
HISTORIA DEL DERECHO ROMANO Y DE LOS DERECHOS NEOROMANISTAS. Tomo I Beatriz Bernal José de Jesús Ledesma	120.00
RELACIONES DE MEXICO Y ESTADOS UNIDOS. Una visión interdisciplinaria. Alonso Gómez -Robledo	160.00
EL MEXICANO. Raúl Béjar Navarro	100.00
DOS MUSICOS ESLAVOS. Jorge Velasco	120.00
EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES. Varios autores	130.00
LA RANURA DEL OJO. Francisco Torres Córdova	60.00
ARQUEOLOGIA Y ARQUITECTURA DEL ECUADOR PREHISPANICO. Daniel Schávelzon	800.00
PRESTAMOS DE LENGUAS INDIGENAS EN EL ESPAÑOL AMERICANO DEL SIGLO XVII. Hugo A. Mejía	70.00
TEMAS SELECTOS DE FISIOLOGIA CELULAR. Varios autores	150.00



textos inéditos de **friedrich nietzsche** •
virginia woolf: lunes o martes • **huber-**
to batis: memorias de cuadernos del viento
 poemas de **ferreira de loanda**,
sandro penna, **germán dehe-**
sa y **héctor carreto** • **vladimi-**
ro rivas iturralde: dos imá -
 genes • **cintio vitier**: la revolu -
 ción no ha perdido su rumbo •
 textos de **ángel cappelle-**
tti, **ricardo pozas hor-**
casitas y **humberto**
guzmán • **bestiario**

sa del
 mpo 17/18

(reseña de libros y crítica
 de arte) • ilustra: **al-**
fredo larrauri •
 revista de la dirección de
 difusión cultural • direc-
 tor: carlos montema-
 yor • publicación
 mensual • vol. II,
 enero/febrero de
 1982 • medellín
 28, col. roma,
 méxico 7, d.f.
 tels. 511 61 92
 y 511 08 09;
 ext. 17 •

casa del
 tiempo 17/18

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

publicaciones
El Colegio de México

Artes/Letras/Ciencias humanas

DIALOGOS

Número 102 / noviembre-diciembre 1981

Ensayo:

Roland Barthes, Alfonso
 Reyes, Hugo Hiriart,
 Ernesto Mejía Sánchez,
 Luce López Baralt,
 Satish Chandra

Correspondencia:

Miguel de Unamuno

Poesía:

Antonin Artaud, Mahmud
 Darwish, Manuel Ulacia,
 Pablo Arrangoiz

Relato:

María Luisa Puga

Ilustra:

Federico Silva

Ejemplar: 40 pesos / Suscripción anual (6 números): 190 pesos

De venta en librerías y en El Colegio de México, Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 10740 México, D.F., teléfono 568 60 33, extensión 366



REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO **D**